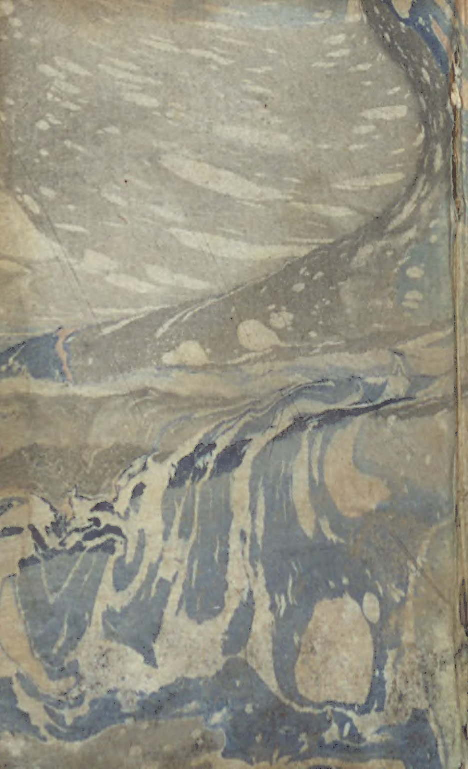
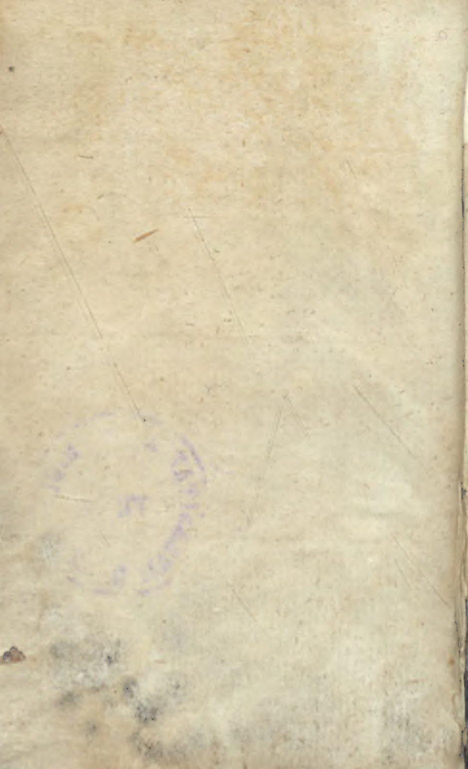






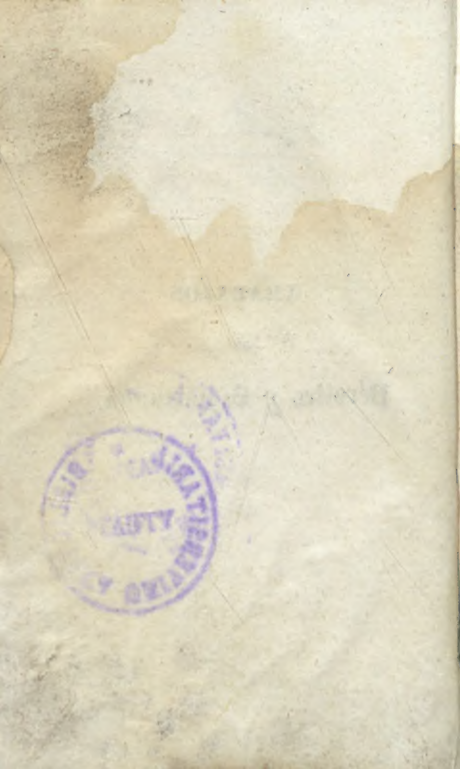


TRABAJOS

DE

Pérsiles y Sigismunda.





TBABAJOS

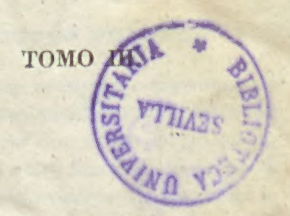
DE

Pérsiles y Sigismunda.

HISTORIA SEPTENTRIONAL.

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

TOMO III.



BARCELONA.

IMPRENTA DE A. BERGNES Y COMP.,

CALLE DE ESCUDELLERS, N. 13.

1833.



TRABAJOS

DE

Pérsiles y Sigismunda.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Como están nuestras almas siempre en continuo movimiento, y no pueden parar ni sosegar sino en su centro que es Dios, para quien fueron criadas, no es maravilla que nuestros pensamientos se muden, que este se tome, aquel se deje, uno se prosiga, y otro se olvide; y el que mas cerca anduviere de su sosiego, ese será el mejor, cuando no se mezcle con error de entendimiento. Esto se ha

dicho en disculpa de la ligereza que mostró Arnaldo en dejar en un punto el deseo que tanto tiempo habia mostrado de servir á Auristela; pero no se puede decir que le dejó, sino que le entretuvo, en tanto que el de la honra, que sobrepuja al de todas las acciones humanas, se apoderó de su alma; el cual deseo se le declaró Arnaldo á Periandro una noche antes de la partida, hablándole aparte en la isla de las Ermitas: allí le suplicó (que quien pide lo que ha menester no ruega, sino suplica) que mirase por su hermana Auristela, y que la guardase para reina de Dinamarca; y que aunque la ventura no se le mostrase á él buena en cobrar su reino, y en tan justa demanda perdiese la vida, se estimase Auristela por viuda de un príncipe, y como tal supiese escoger esposo, puesto que ya él sabia, y muchas veces lo habia dicho, que por sí sola sin tener dependencia de otra

grandeza alguna, merecia ser señora del mayor reino del mundo, que no del de Dinamarca. Periandro le respondió que le agradecia su buen deseo, y que él tendria cuidado de mirar por ella como por cosa que tanto le tocaba y que tan bien le venia.

Ninguna de estas razones dijo Periandro á Auristela, porque las alabanzas que se dan á la persona amada, halas de decir el amante como propias, y no como que se dicen de persona agena. No ha de enamorar el amante con las gracias de otro; suyas han de ser las que mostrare á su dama: si no canta bien, no le traiga quien la cante; si no es demasiado gentil hombre, no se acompañe con Ganimedes; y finalmente soy de parecer, que las faltas que tuviere no las enmiende con agenas obras. Estos consejos no se dan á Periandro, que de los bienes de la naturaleza se llevaba la gala, y en los

de la fortuna era inferior á pocos. En esto iban las naves con un mismo viento por diferentes caminos, que este es uno de los que parecen misterios en el arte de la navegacion; iban rompiendo como digo, no claros cristales, sino azules, mostrábase el mar colchado, porque el viento tratándole con respeto, no se atrevia á tocarle á mas de la superficie, y la nave suavemente le besaba los labios y se dejaba resbalar por él con tanta ligereza, que apenas parecia que le tocaba: de esta suerte y con la misma tranquilidad y sosiego navegaron diez y siete dias, sin ser necesario subir ni bajar, ni llegar á templar las velas, cuya felicidad en los que navegan, si no tuviese por descuentos el temor de borrascas venideras, no habia gusto con que igualalle.

Al cabo de estos ó pocos mas dias al amanecer de uno dijo un grumete que desde la gavia mayor iba descubriendo

la tierra: Albricias, señores, albricias pido, y albricias merezco: tierra, tierra, aunque mejor diria, cielo, cielo; porque sin duda estamos en el paraje de la famosa Lisboa: cuyas nuevas sacaron de los ojos de todos tiernas y alegres lágrimas, especialmente de Ricla, de los dos Antonios y de su hija Constanza; porque les pareció que ya habian llegado á la tierra de promision, que tanto deseaban. Echóle los brazos Antonio al cuello, diciéndole: Agora sabrás, Bárbara mia, del modo que has de servir á Dios con otra relacion mas copiosa, aunque no diferente de la que yo te he hecho; agora verás los ricos templos en que es adorado; verás juntamente las católicas ceremonias con que se sirve, y notarás como la caridad cristiana está en su punto; aquí en esta ciudad verás como son verdugos de la enfermedad muchos hospitales que la destruyen, y el

que en ellos pierde la vida envuelto en la eficacia de infinitas indulgencias, gana la del Cielo; aquí el amor y la honestidad se dan las manos y se pasean juntos; la cortesía no deja que se le llege la arrogancia; y la braveza no consiente que se le acerque la cobardía; todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales, y son enamorados, porque son discretos; la ciudad es la mayor de Europa y la de mayores tratos; en ella se descargan las riquezas del Oriente, y desde ella se reparten por el universo; su puerto es capaz no solo de naves que se puedan reducir á número, sino de selvas movibles de árboles que los de las naves forman; la hermosura de las mugeres admira y enamora; la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen; finalmente, esta es la tierra que da al Cielo santo y copiosísimo tributo. No digas mas, dijo á esta sazon Periandro: deja, Anto-

nio, algo para nuestros ojos, que las alabanzas no lo han de decir todo; algo ha de quedar para la vista, para que con ella nos admiremos de nuevo; y así creciendo el gusto por puntos, vendrá á ser mayor en sus estremos.

Contentísima estaba Auristela de ver que se le acercaba la hora de poner pie en tierra firme, sin andar de puerto en puerto y de isla en isla, sujeta á la inconstancia del mar y á la movible voluntad de los vientos, y mas cuando supo que desde allí á Roma podia ir á pie enjuto, sin embarcarse otra vez si no quisiese. Mediodia seria cuando llegaron á Sangian, donde se registró el navío, y donde el Castellano del castillo y los que con él entraron en la nave se admiraron de la hermosura de Auristela, la gallardía de Periandro, del trage bárbaro de los dos Antonios, del buen aspecto de Ricla y de la agradable belleza de

Constanza: supieron ser estranjeros, y que iban peregrinando á Roma; satisfizo Periandro á los marineros que los habian traido magníficamente, con el oro que sacó Ricla de la isla Bárbara, ya vuelto en moneda corriente en la isla de Policarpo; los marineros quisieron llegar á Lisboa á grangearlo con alguna mercancía; el Castellano de Sangian envió al Gobernador de Lisboa, que entonces era el Arzobispo de Braga por ausencia del Rey, que no estaba en la ciudad, la nueva de la venida de los estranjeros, y de la sin par belleza de Auristela, añadiendo la de Constanza, que con el trage de bárbara no solamente no la encubria, pero la realzaba; exageróle asimismo la gallarda disposicion de Periandro, y juntamente la discrecion de todos, que no bárbaros, sino cortesanos parecian. Llegó el navio á la ribera de la ciudad, y en la de Belen desembarcaron; porque quiso

Auristela, enamorada y devota de la fama de aquel santo Monasterio, visitarle primero y adorar en él al verdadero Dios libre y desembarazadamente, sin las torcidas ceremonias de su tierra. Habia salido á la marina infinita gente á ver los estranjeros desembarcados en Belen: corrieron allá todos por ver la novedad, que siempre se lleva tras sí los deseos y los ojos.

Ya salia de Belen el nuevo escuadron de la nueva hermosura: Ricla medianamente hermosa pero estremadamente á lo bárbaro vestida; Constanza hermosísima y rodeada de pieles; Antonio el padre, brazos y piernas desnudas, pero con pieles de lobos cubierto lo demas del cuerpo; Antonio el hijo iba del mismo modo, pero con el arco en la mano, y la aljaba de las saetas á las espaldas; Periandro con casaca de terciopelo verde y calzones de lo mismo á lo

marinero, un bonete estrecho y puntiagudo en la cabeza, que no le podia cubrir las sortijas de oro que sus cabellos formaban: Auristela traia toda la gala del Septentrion en el vestido, la mas bizarra gallardía en el cuerpo, y la mayor hermosura del mundo en el rostro: en efecto, todos juntos y cada uno de por sí, causaban espanto y maravilla á quien los miraba; pero sobre todos campeaba la sin par Auristela y el gallardo Periandro. Llegaron por tierra á Lisboa, rodeados de plebeya y cortesana gente; lleváronlos al Gobernador, que despues de admirado de verlos no se cansaba de preguntarles quienes eran, de donde venian, y á dónde iban. A lo que respondió Periandro. que ya traia estudiada la respuesta que habia de dar á semejantes preguntas, viendo que se le habian de hacer muchas veces: y así cuando queria ó le parecia que le con-

venia, relataba su historia á lo largo, encubriendo siempre sus padres, de modo que satisfaciendo á los que le preguntaban, en breves razones cifraba, si no toda, á lo menos gran parte de su historia. Mandólos el Visorey alojar en uno de los mejores alojamientos de la ciudad, que acertó á ser la casa de un magnífico caballero portugues, donde era tanta la gente que concurria para ver á Auristela, de quien solo habia salido la fama de lo que habia que ver en todos, que fue parecer de Periandro mudasen los trages de bárbaros en los de peregrinos, porque la novedad de los que traian era la causa principal de ser tan seguidos, que ya parecian perseguidos del vulgo; además que para el viaje que ellos llevaban de Roma, ninguno les venia mas á cuento: hizose así, y de allí á dos dias se vieron peregrinamente peregrinos. Acaeció pues, que al salir un dia de casa, un

hombre portugués se arrojó á los pies de Periandro, llamándole por su nombre; y abrazándole por las piernas le dijo: ¿Qué ventura es esta, señor Periandro, que la dés á esta tierra con tu presencia? No te admires en ver que te nombro por tu nombre: que uno soy de aquellos veinte que cobraron libertad en la abrasada isla Bárbara, donde tú la tenias perdida; halléme á la muerte de Manuel de Sousa Coutiño, el caballero portugués: apartéme de tí y de los tuyos en el hospedaje donde llegó Mauricio y Ladislao en busca de Transila, esposa del uno y hija del otro: trájome la buena suerte á mi patria; conté aquí á sus parientes la enamorada muerte; creyéronla, y aunque yo no se la afirmara de vista, la creyeran, por tener casi en costumbre el morir de amores los portugueses: un hermano suyo que heredó su hacienda, ha hecho sus exequias, y en una capilla

de su linaje le puso en una piedra de mármol blanco, como si debajo de ella estuviera enterrado, un epitafio que quiero que vengais á ver todos así como estais, porque creo que os ha de agradar por discreto y por gracioso. Por las palabras bien conoció Periandro que aquel hombre decia verdad, pero por el rostro no se acordaba haberle visto en su vida; con todo eso se fueron al templo que decia, y vieron la capilla y la losa, sobre la cual estaba escrito en lengua portuguesa este epitafio, que leyó casi en castellano Antonio el padre, que decia así:

AQUI YACE VIVA LA MEMORIA
DEL YA MUERTO
MANUEL DE SOUSA COUTIÑO,
CABALLERO PORTUGUES,
QUE A NO SER PORTUGUES
AUN FUERA VIVO!

NO MURIO A LAS MANOS
DE NINGUN CASTELLANO,
SINO A LAS DE AMOR,
QUE TODO LO PUEDE.
PROCURA SABER SU VIDA
Y ENVIDIARAS SU MUERTE,
PASAJERO.

Vió Periandro que habia tenido razon el portugués de alabarle el epitafio, en el escribir de los cuales tiene gran primor la nacion portuguesa. Preguntó Auristela al portugues ¿que sentimiento habia hecho la monja, dama del muerto, de la muerte de su amante? El cual la respondió que dentro de pocos dias que la supo, pasó de esta á mejor vida, ó ya por la estrecheza de la que hacia siempre, ó ya por el sentimiento del no pensado suceso. Desde allí se fueron en casa de un famoso pintor, donde ordenó Periandro que en un lienzo grande le

pintase todos los mas principales casos de su historia : á un lado pintó la isla Bárbara ardiendo en llamas, y allí junto á la isla de la prision, y un poco mas desviado la balsa, ó enmaderamiento donde le halló Arnaldo cuando le llevó á su navío; en otra parte estaba la isla Nevada, donde el enamorado portugués perdió la vida: luego la nave que los soldados de Arnaldo taladraron; allí junto pintó la division del esquife y de la barca; allí se mostraba el desafío de los amantes de Taurisa y su muerte; acá estaban serrando por la quilla la nave que habia servido de sepultura á Auristela y á los que con ella venian; acullá estaba la agradable isla donde vió en sueños Periandro los dos escuadrones de virtudes y vicios; y allí junto la nave donde los peces náufragos pescaron á los dos marineros, y les dieron en su vientre sepultura: no se olvidó de que pintase

verse empedrados en el mar helado, el asalto y combate del navío, ni el entregarse á Cratilo; pintó asimismo la temeraria carrera del poderoso caballo, cuyo espanto de leon le hizo cordero, que los tales con un asombro se amansan; pintó como en rasguño y en estrecho espacio las fiestas de Policarpo, coronándose á sí mismo por vencedor en ellas: resolutamente, no quedó paso principal en que no hiciese labor en su historia, que allí no pintase, hasta poner la ciudad de Lisboa y su desembarcacion en el mismo trage en que habian venido: tambien se vió en el mismo lienzo arder la isla de Policarpo, á Clodio traspasado con la saeta de Antonio, y á Zenotia colgada de una entena; pintóse tambien la isla de las Ermitas y á Rutilio con apariencias de santo. Este lienzo se hacia de una recopilacion que les escusaba de contar su historia por menudo; porque Antonio el

mozo declaraba las pinturas y los sucesos, cuando le apretaban á que los dijese: pero en lo que mas se aventajó el pintor famoso, fue en el retrato de Auristela, en quien decian se habia mostrado á saber pintar una hermosa figura, puesto que la dejaba agraviada, pues á la belleza de Auristela, si no era llevado de pensamiento divino, no habia pincel humano que alcanzase. Diez dias estuvieron en Lisboa, todos los cuales gastaron en visitar los templos y en encaminar sus almas por la derecha senda de su salvacion: al cabo de los cuales, con licencia del Visorey y con patentes verdaderas y firmes de quienes eran y adonde iban, se despidieron del caballero portugués su huésped y del hermano del enamorado Alberto, de quien recibieron grandes caricias y beneficios, y se pusieron en camino de Castilla; y esta partida fue menester hacerla de noche, temerosos

que si de dia la hicieran, la gente que les seguiria la estorbaba, puesto que la mudanza del trage habia hecho ya que amainase la admiracion.

CAPITULO II.

Empiezan los peregrinos su viaje por España : sucédenles nuevos y estraños casos.

Pedian los tiernos años de Auristela y los mas tiernos de Constanza con los entreverados de Ricla, coches, estruendo y aparato para el largo viaje en que se ponian; pero la devocion de Auristela, que habia prometido de ir á pie hasta Roma desde la parte do llegase en tierra firme, llevó tras sí las demas devociones, y todos de un parecer asi varones como hembras votaron el viaje á pie, añadiendo, si fuese necesario, mendigar de puerta en puerta: con esto cerró la del dar Ricla, y Periandro se escusó de no

disponer de la cruz de diamantes que Auristela traia, guardándola con las inestimables perlas para mejor ocasion: solamente compraron un bagaje que sobrellevase las cargas que no pudieran sufrir las espaldas; acomodáronse de bordones, que servian de arrimo y defensa y de vainas de unos agudos estoques. Con este cristiano y humilde aparato salieron de Lisboa, dejándola sola sin su belleza, y pobre sin la riqueza de su discrecion, como lo mostraron los infinitos corrillos de gente que en ella se hicieron, donde la fama no trataba de otra cosa sino del estremo de discrecion y belleza de los peregrinos estranjeros.

De esta manera, acomodándose á sufrir el trabajo de hasta dos ó tres leguas de camino cada dia, llegaron á Badajoz, donde ya tenia el Corregidor castellano nuevas de Lisboa como por allí habian de pasar los nuevos peregrinos; los cua-

les entrando en la ciudad, acertaron á alojarse en un meson do se alojaba una compañía de famosos recitantes, los cuales aquella misma noche habian de dar la muestra, para alcanzar la licencia de representar en público, en casa del Corregidor; pero apenas vieron el rostro de Auristela y el de Constanza, cuando les sobresaltó lo que solia sobresaltar á todos aquellos que primeramente las veian, que era admiracion y espanto; pero ninguno puso tan en punto el maravillarse, como fue el ingenio de un poeta que de propósito con los recitantes venia, así para enmendar y remendar comedias viejas, como para hacerlas de nuevo, ejercicio mas ingenioso que honrado, y mas de trabajo que de provecho: pero la escelencia de la poesía es tan limpia como el agua clara, que á todo lo no limpio aprovecha; es como el sol que pasa por todas las cosas inmundas, sin que se le

pegue nada; es habilidad que tanto vale cuanto se estima; es un rayo que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando; es instrumento acordado que dulcemente alegra los sentidos, y al paso del deleite lleva consigo la honestidad y el provecho: digo en fin, que este poeta, á quien la necesidad habia hecho trocar los Parnasos con los mesones, y las Castalias y las Aganipes con los charcos y arroyos de los caminos y ventas, fue el que mas se admiró de la belleza de Auristela, y al momento la marcó en su imaginacion y la tuvo por mas que buena para ser comedianta, sin reparar si sabia ó no la lengua castellana; contentóle el talle, dióle gusto el brio, y en un instante la vistió en su imaginacion en hábito corto de varon: desnudóla luego, y vistióla de ninfa; y casi al mismo punto la envistió de la majestad de reina, sin dejar trage de risa

ó de gravedad de que no la vistiese, y en todas se le representó grave, alegre, discreta, aguda y sobremanera honesta, estremos que se acomodan mal en una farsanta hermosa.

¡Válame Dios! y con cuanta facilidad discurre el ingenio de un poeta, y se arroja á romper por mil imposibles! sobre cuan flacos cimientos levanta grandes quimeras! Todo se lo halla hecho, todo fácil, todo llano, y esto de manera que las esperazas le sobran cuando la ventura le falta, como lo mostró este nuestro moderno poeta, cuando vió descoger acaso el lienzo donde venian pintados los trabajos de Periandro: alli se vió él en el mayor que en su vida se habia visto, por venirle á la imaginacion un grandisimo deseo de componer de todos ellos una comedia; pero no acertaba en que nombre le pondria, si la llamaria comedia ó tragedia, ó tragicomedia, porque

si sabia el principio, ignoraba el medio y el fin, pues aun todavía iban corriendo las vidas de Periandro y de Auristela, cuyos fines habian de poner nombre á lo que de ellos se representase; pero lo que mas le fatigaba era pensar como podria encajar un lacayo consejero y gracioso en el mar y entre tantas islas, fuego y nieves, y con todo esto no se desesperó de hacer la comedia, y de encajar el tal lacayo á pesar de todas las reglas de la poesía y á despecho del arte cómico; y en tanto que en esto iba y venia, tuvo lugar de hablar á Auristela y de proponerla su deseo, y aconsejarla cuan bien la estaria si se hiciese recitanta: díjola que á dos salidas al teatro la lloverian minas de oro acuestas, porque los príncipes de aquella edad eran como hechos de alquimia, que llegada al oro es oro, y llegada al cobre es cobre; pero que la mayor parte rendian su voluntad á las ninfas de los tea-

tros, á las diosas enteras y á las semideas, á las reinas de estudio y á las fregonas de apariencia; dijole que si alguna fiesta Real acertase á hacerse en su tiempo, que se diese por cubierta de faldellines de oro, porque todas ó las mas libreas de los caballeros habian de venir á su casa rendidas á besarla los pies; representóla el gusto de los viajes, y el llevarse tras si dos ó tres disfrazados caballeros que la servirian tan de criados, como de amantes; y sobre todo encarecia y puso sobre las nubes la escelencia y la honra que la darian en encargarla las primeras figuras; en fin, la dijo que si en alguna cosa se verificaba la verdad de un antiguo refran castellano, era en las hermosas farsantas, donde la honra y provecho cabian en un saco. Auristela le respondió, que no habia entendido palabra de cuantas le habia dicho, porque bien se veia que ignoraba la lengua castellana, y que

puesto que la supiera, sus pensamientos eran otros, que tenian puesta la mira en otros ejercicios, si no tan agradables, á lo menos mas convenientes. Desesperóse el poeta con la resoluta respuesta de Auristela; miróse á los pies de su ignorancia, y deshizo la rueda de su vanidad y locura.

Aquella noche fueron á dar muestra en casa del Corregidor, el cual como hubiese sabido que la hermosa junta peregrina estaba en la ciudad, los envió á buscar, y á convidar viniesen á su casa á ver la comedia, y á recibir en ella muestras del deseo que tenia de servirles, por las que de su valor le habian escrito de Lisboa: aceptólo Periandro con parecer de Auristela y de Antonio el padre, á quien obedecian como á su mayor. Juntas estaban muchas damas de la ciudad con la Corregidora, cuando entraron Auristela, Ricla y Constanza, con Perian-

dro y los dos Antonios, admirando, suspendiendo, alborotando la vista de los presentes, que á sentir tales efectos les forzaba la sin par bizarría de los nuevos peregrinos, los cuales acrecentando con su humildad y buen parecer la benevolencia de los que los recibieron, dieron lugar á que les diesen casi el mas honrado en la fiesta, que fue la representacion de la fábula de Céfalo y de Pócris, cuando ella zelosa mas de lo que debia, y él con menos discurso que fuera necesario, disparó el dardo que á ella la quitó la vida, y á él el gusto para siempre: el verso tocó los estremos de bondad posibles, como compuesto, segun se dijo, por Juan de Herrera de Gamboa, á quien por mal nombre llamaron el Maganto, cuyo ingenio tocó asimismo las mas altas rayas de la poética esfera: acabada la comedia, desmenuzaron las damas la hermosura de Auristela parte por parte,

y hallaron todas un todo á quien dieron por nombre: *Perfeccion sin tacha;* y los varones dijeron lo mismo de la gallardía de Periandro, y de recudida se alabó tambien la belleza de Constanza y la bizarría de su hermano Antonio. Tres dias estuvieron en la ciudad, donde en ellos mostró el Corregidor ser caballero liberal, y tener la Corregidora condicion de reina, segun fueron las dádivas y presentes que hizo á Auristela y á los demas peregrinos, los cuales mostrándose agradecidos y obligados, prometieron de tener cuenta de darla de sus sucesos, de donde quiera que estuviesen. Partidos pues de Badajoz, se encaminaron á nuestra Señora de Guadalupe, y habiendo andado tres dias, y en ellos cinco leguas, les tomó la noche en un monte poblado de infinitas encinas y de otros rústicos árboles: tenia suspenso el cielo el curso y sazon del tiempo en la balanza igual

de los dos equinoccios; ni el calor fatigaba, ni el frio ofendia; y á necesidad tan bien se podia pasar la noche en el campo como en el aldea: y á esta causa, y por estar lejos un pueblo, quiso Auristela que se quedasen en unas majadas de pastores boyeros, que á los ojos se les ofrecieron.

Hízose lo que Auristela quiso, y apenas habian entrado por el bosque doscientos pasos, cuando se cerró la noche con tanta oscuridad, que los detuvo y les hizo mirar atentamente la lumbre de los boyeros, porque su resplandor les sirviese de norte para no errar el camino; las tinieblas de la noche y un ruido que sintieron, les detuvo el paso, y hizo que Antonio el mozo se apercibiese de su arco, perpetuo compañero suyo; llegó en esto un hombre á caballo, cuyo rostro no vieron, el cual les dijo: ¿Sois de esta tierra, buena gente? No por cier-

to, respondió Periandro, sino de bien lejos de ella; peregrinos estranjeros somos, que vamos á Roma, y primero á Guadalupe. Sí, que tambien, dijo el de á caballo, hay en las estranjeras tierras caridad y cortesía: tambien hay almas compasivas donde quiera. ¡Pues no! respondió Antonio: mirad, señor, quien quiera que seais, si habeis menester algo de nosotros, y veréis como sale verdadera vuestra imaginacion. Tomad, dijo pues el Caballero, tomad, señores, esta cadena de oro, que debe de valer doscientos escudos, y tomad asimismo esta prenda que no debe de tener precio, á lo menos yo no se le hallo, y darla heis en la ciudad de Trujillo á uno de dos caballeros que en ella y en todo el mundo son bien conocidos; llámase el uno don Francisco Pizarro y el otro don Juan de Orellana, ambos mozos, ambos libres, ambos ricos, y ambos en todo estremo

generosos: y en esto puso en las manos de Ricla, que como muger compasiva se adelantó á tomarlo, una criatura que ya comenzaba á llorar, envuelta ni se supo por entonces si en ricos ó en pobres paños, y diréis á cualquiera de ellos que la guarden, que presto sabrán quien es, y las desdichas que á ser dichoso le habrán llevado si llega á su presencia: y perdonadme, que mis enemigos me siguen, los cuales si aquí llegaren y preguntaren si me habeis visto, diréis que no, pues os importa poco el decir esto; ó si ya os pareciere mejor, decid que por aquí pasaron tres ó cuatro hombres de á caballo que iban diciendo: A Portugal, á Portugal; y á Dios quedad, que no puedo detenerme, que puesto que el miedo pone espuelas, mas agudas las pone la honra; y arrimando las que traia al caballo, se apartó como un rayo de ellos; pero casi al mismo punto vol-

vió el Caballero y dijo: No está bautizado; y tornó á seguir su camino. Veis aqui á nuestros peregrinos, á Ricla con la criatura en los brazos, á Periandro con la cadena al cuello, á Antonio el mozo sin dejar de tener flechado el arco, y al padre en postura de desenvainar el estoque que de bordon le servia, y á Auristela confusa y atónita del estraño suceso, y á todos juntos admirados del estraño acontecimiento, cuya salida fue por entonces que aconsejó Auristela que como mejor pudiesen llegasen á la majada de los boyeros, donde podria ser hallasen remedios para sustentar aquella recien nacida criatura, que por su pequeñez y la debilidad de su llanto, mostraba ser de pocas horas nacida. Hizose asi, y apenas llegaron á la majada de los pastores, á costa de muchos tropiezos y caidas, cuando antes que los peregrinos les preguntasen si

eran servidos de darles alojamiento aquella noche, llegó á la majada una muger llorando. triste, pero no reciamente, porque mostraba en sus gemidos que se esforzaba á no dejar salir la voz del pecho: venia medio desnuda, pero las ropas que la cubrian eran de rica y principal persona; la lumbre y luz de las hogueras, á pesar de la diligencia que ella hacia para encubrirse el rostro, la descubrieron, y vieron ser tan hermosa como niña, y tan niña como hermosa, puesto que Riela, que sabia mas de edades, la juzgó por de diez y seis á diez y siete años: preguntáronle los pastores si la seguia alguien ó si tenia otra necesidad que pidiese presto remedio; á lo que respondió la dolorosa muchacha: Lo primero, señores, que habeis de hacer, es ponerme debajo de la tierra, quiero decir, que me encubrais de modo que no me halle quien me buscare. Lo segun-

do, que me deis algun sustento, porque desmayos me van acabando la vida. Nuestra diligencia, dijo un pastor viejo, mostrará que tenemos caridad; y aguijando con presteza á un hueco de un árbol que en una valiente encina se hacia, puso en él algunas pieles blandas de ovejas y cabras que entre el ganado mayor se criaban; hizo un modo de lecho, bastante por entonces á suplir aquella necesidad precisa; tomó luego á la muger en los brazos y encerróla en el hueco, á donde le dió lo que pudo, que fueron sopas en leche, y le dieran vino si ella quisiera beberlo; colgó luego delante del hueco otras pieles, como para enjugarse. Ricla viendo hecho esto, habiendo conjeturado que aquella sin duda debia de ser la madre de la criatura que ella tenia, se llegó al pastor caritativo, diciéndole: No pongais, buen señor, término á vuestra caridad, y usadla con esta

criatura que tengo en los brazos antes que perezca de hambre; y en breves razones le contó como se la habian dado. Respondióla el pastor á la intencion, y no á sus razones, llamando á uno de los demas pastores, á quien mandó que tomando aquella criatura la llevase al aprisco de las cabras, y hiciese de modo como de alguna de ellas tomase el pecho. Apenas hubo hecho esto, y tan apenas que casi se oian los últimos acentos del llanto de la criatura, cuando llegaron á la majada un tropel de hombres á caballo preguntando por la muger desmayada, y por el Caballero de la criatura; pero como no les dieron nuevas ni noticia de lo que pedian, pasaron con estraña priesa adelante, de que no poco se alegraron sus remediadores: y aquella noche pasaron con mas comodidad que los peregrinos pensaron, y con mas alegria de los ganaderos por verse tan bien acompañados.

CAPITULO III.

La doncella encerrada en el árbol da razon de quien era.

Preñada estaba la encina, digámoslo asi: preñadas estaban las nubes, cuya oscuridad la puso en los ojos de los que por la prisionera del árbol preguntaron: pero al compasivo pastor, que era mayoral del hato, ninguna cosa le pudo turbar para que dejase de acudir á proveer lo que fuese necesario al recibimiento de sus huéspedes: a criatura tomó los pechos de la cabra, la encerrada el rústico sustento, y los peregrinos el nuevo y agradable hospedaje: quisieron todos saber luego que causas habian traido allı á la lastimada y al pa-

recer fugitiva, y á la desamparada criatura; pero fue parecer de Auristela que no le preguntasen nada hasta el venidero dia, porque los sobresaltos no suelen dar licencia á la lengua aun á que cuente venturas alegres, cuanto mas desdichas tristes; y puesto que el anciano pastor visitaba á menudo el árbol, no preguntaba nada al depósito que tenia, sino solamente por su salud: fuele respondido que aunque tenia mucha ocasion para no tenerla, la sobraria, como ella se viese libre de los que la buscaban, que era su padre y hermanos: cubrióla y encubrióla el pastor, y dejóla, y volvióse á los peregrinos, que aquella noche la pasaron con mas claridad de las hogueras y fuego de los pastores, que con aquella que ella les concedia: y antes que el cansancio les obligase á entregar los sentidos al sueño, quedó concertado que el pastor que habia llevado la criatura á pro

curar que las cabras fuesen sus amas, la llevase y entregase á una hermana del anciano ganadero, que casi dos leguas de allí, en una pequeña aldea vivia: diéronle que llevase la cadena, con órden de darla á criar en la misma aldea, diciendo ser de otra algo apartada. Todo esto se hizo así, con que se aseguraron y apercibieron á desmentir las espías, si acaso volviesen, ó viniesen otras de nuevo á buscar los perdidos, á lo menos los que perdidos parecian. En tratar de esto, y en satisfacer la hambre, y en un breve rato que se apoderó de sus ojos el sueño y de sus lenguas el silencio, se pasó el de la noche, y se vino á mas andar el dia, alegre para todos, y no para la temerosa, que encerrada en el árbol apenas osaba ver del sol la claridad hermosa. Con todo eso, habiendo puesto primero cerca y lejos del rebaño de trecho en trecho centinelas que avisasen si alguna

gente venia, la sacaron del árbol para que la diese el aire, y para saber de ella lo que deseaban; y con la luz del dia vieron que la de su rostro era admirable, de modo que puso en duda á cual darian de ella y de Constanza, despues de Auristela, el segundo lugar de hermosa, porque donde quiera se llevó el primero Auristela, á quien no quiso dar igual la naturaleza: muchas preguntas la hicieron, y muchos ruegos precedieron antes, todos encaminados á que su suceso les contase; y ella de puro cortés y agradecida, pidiendo licencia á su flaqueza, con aliento debilitado así comenzó á decir:

Puesto, señores, que en lo que deciros quiero, tengo de descubrir faltas que me han de hacer perder el crédito de honrada, todavía quiero mas parecer cortés, por obedeceros, que desgraciada por no contentaros. Mi nombre es Feli-

ciana de la Voz, mi patria una villa no lejos de este lugar, mis padres son nobles mucho mas que ricos, y mi hermosura en tanto que no ha estado tan marchita como agora, ha sido de algunos estimada y celebrada. Junto á la villa que me dió el Cielo por patria, vivia un hidalgo riquísimo, cuyo trato y cuyas muchas virtudes le hacian ser Caballero en la opinion de las gentes; este tiene un hijo, que desde agora muestra ser tan heredero de las virtudes de su padre, que son muchas, como de su hacienda, que es infinita: vivia ansimismo en la misma aldea un caballero con otro hijo suyo, mas nobles que ricos en una tan honrada medianía, que ni los humillaba ni los ensoberbecia Con este segundo mancebo noble ordenaron mi padre y dos hermanos que tengo, de casarme, hechando á las espaldas los ruegos con que me pedia por esposa el rico hidalgo;

pero yo, á quien los Cielos guardaban para esta desventura en que me veo, y para otras en que pienso verme, me dió por esposa al rico; yo me entregué por suya á hurto de mi padre y de mis hermanos, que madre no la tengo por mayor desgracia mia: vímonos muchas veces solos y juntos, que para semejantes casos nunca la ocasion vuelve las espaldas, antes en la mitad de las imposibilidades ofrece su guedeja.

De estas juntas y de estos hurtos amorosos se acortó mi vestido y creció mi infamia, si es que se puede llamar infamia la conversacion de los desposados amantes. En este tiempo, sin hacerme sabidora, concertaron mis padres y hermanos de casarme con el mozo noble, con tanto deseo de efectuarlo, que á noche le trajeron á casa acompañado de dos cercanos parientes suyos, con propósito de que luego luego nos diésemos las manos;

sobresaltéme cuando ví entrar á Luis Antonio, que este es el nombre del mancebo noble, y mas me admiré cuando mi padre me dijo que me entrase en mi aposento y me aderezase algo mas de lo ordinario, porque en aquel punto habia de dar la mano de esposa á Luis Antonio: dos dias habia que habia entrado en los términos que la naturaleza pide en los partos, y con el sobresalto y no esperada nueva quedé como muerta, y diciendo entraba á aderezarme á mi aposento, me arrojé en los brazos de una mi doncella, depositaria de mis secretos, á quien dije hechos fuentes mis ojos: ¡Ay, Leonora mia y como creo que es llegado el fin de mis dias! Luis Antonio está en esa antesala esperando que yo salga á darle la mano de esposa; mira si es este trance riguroso y la mas apretada ocasion en que pueda verse una muger desdichada; pásame, hermana mia,

si tienes con qué, este pecho; salga primero mi alma de estas carnes, que no la desvergüenza de mi atrevimiento: ¡ay, amiga mia, que me muero, que se me acaba la vida! Y diciendo esto, y dando un gran suspiro, arrojé una criatura en el suelo, cuyo nunca visto caso suspendió á mi doncella, y á mí me cegó el discurso de manera, que sin saber qué hacer, estuve esperando á que mi padre ó mis hermanos entrasen, y en lugar de sacarme á desposar me sacasen á la sepultura.

Aquí llegaba Feliciana de su cuento, cuando vieron que las centinelas que habian puesto para asegurarse, hacian señal de que venia gente; y con diligencia no vista el pastor anciano queria volver á depositar á Feliciana en el árbol, seguro asilo de su desgracia; pero habiendo vuelto las centinelas á decir que se asegurasen, porque un tropel de gente

que habian visto, cruzaba por otro camino, todos se aseguraron, y Feliciana de la Voz, volvió á su cuento, diciendo: Considerad, señores, el apretado peligro en que me ví anoche; el desposado en la sala esperándome, y el adúltero, si así se puede decir, en un jardin de mi casa atendiéndome para hablarme, ignorante del estrecho en que yo estaba y de la venida de Luis Antonio: yo sin sentido por el no esperado suceso, mi doncella turbada con la criatura en los brazos, mi padre y hermanos dándome priesa que saliese á los desdichados desposorios: aprieto fue este que pudiera derribar á mas gallardos entendimientos que el mio, y oponerse á toda buena razon y buen discurso. No sé qué os diga mas, sino que sentí estando sin sentido, que entró mi padre diciendo: Acaba, muchacha, sal como quiera que estuvieres, que tu hermosura suplirá

tu desnudez, y te servirá de riquísimas galas; dióle, á lo que creo, en esto á los oidos el llanto de la criatura, que mi doncella, á lo que imagino, debia de ir á poner en cobro ó á dársela á Rosanio, que este es el nombre del que yo quise escoger por esposo. Alborotóse mi padre, y con una vela en la mano me miró el rostro, y coligió por mi semblante mi sobresalto y mi desmayo; volvióle á herir en los oidos el eco del llanto de la criatura, y echando mano á la espada, fue siguiendo adonde la voz le llevaba: el resplandor del cuchillo me dió en la turbada vista, y el miedo en la mitad del alma; y como sea natural cosa el desear conservar la vida cada uno del temor de perderla, salió en mí el ánimo de remediarla; y apenas hubo mi padre vuelto las espaldas, cuando yo, asi como estaba, bajé por un caracol a unos aposentos bajos de mi casa, y de ellos con facilidad

me puse en la calle, y de la calle en el campo, y del campo no sé en qué camino, y finalmente aguijada del miedo y solicitada del temor, como si tuviera alas en los pies, caminé mas de lo que prometia mi flaqueza: mil veces estuve para arrojarme en el camino de algun ribazo que me acabara con acabarme la vida, y otras tantas estuve por sentarme ó tenderme en el suelo y dejarme hallar de quien me buscase: pero alentándome la luz de vuestras cabañas, procuré llegar á ellas á buscar descanso á mi cansancio, y si no remedio, algun alivio á mi desdicha; y así llegué como me vistes, y así me hallo como me veo, merced á vuestra caridad y cortesía. Esto es, señores mios, lo que os puedo contar de mi historia, cuyo fin dejo al Cielo, y le remito en la tierra á vuestros buenos consejos.

Aquí dió fin á su plática la lastimada

Feliciana de la Voz, con que puso en los oyentes admiracion y lástima en un mismo grado. Periandro contó luego el hallazgo de la criatura, la dádiva de la cadena, con todo aquello que le habia sucedido con el caballero que se la dió. Ay! dijo Feliciana, ¿ si es por ventura esa prenda mia? y si es Rosanio el que la trajo? y si yo la viese, si no por el rostro, pues nunca le he visto, quizá por los paños en que viene envuelta sacaria á luz la verdad de las tinieblas de mi confusion; porque mi doncella no apercibida ¿ en qué la podia envolver sino en paños que estuviesen en el aposento que fuese, de mi conocidos? Y cuando esto no sea, quizá la sangre hará su oficio, y por ocul tos sentimientos le dará á entender lo que me toca. A lo que respondió el pastor: La criatura esta ya en mi aldea en poder de una hermana y de una sobrina mia; yo haré que ellas mismas nos la

traigan hoy aquí, donde podrás, hermosa Feliciana, hacer las esperiencias que deseas: en tanto sosiega, señora, el espíritu, que mis pastores y este árbol servirán de nubes que se opongan á los ojos que te buscaren.

CAPITULO IV.

Pareceme, hermano mio, dijo Auristela á Periandro, que los trabajos y los peligros no solamente tienen jurisdicion en el mar, sino en toda la tierra; que las desgracias é infortunios así se encuentran con los levantados sobre los montes, como con los escondidos en sus rincones: esta que llaman fortuna, de quien yo he oido hablar algunas veces, de la cual se dice que quita y da los

bienes, cuando, como y á quien quiere, sin duda alguna debe de ser ciega y antojadiza, pues á nuestro parecer levanta los que habian de estar por el suelo, y derriba los que están sobre los montes de la luna. No sé, hermano, lo que me voy diciendo, pero sé que quiero decir que no es mucho que nos admire ver esta señora, que dice que se llama Feliciana de la Voz, que apenas la tiene para contar su desgracia: contemplola yo pocas horas ha en su casa, acompañada de su padre, hermanos y criados, esperando poner con sagacidad remedio á sus arrojados deseos; y ahora puedo decir que la veo escondida en lo hueco de un árbol, temiendo los mosquitos del aire y aun las lombrices de la tierra: bien es verdad que la suya no es caida de principes, pero es un caso que puede servir de ejemplo á las recogidas doncellas que le quisieren dar bueno de sus vidas.

Todo esto me mueve á suplicarte, ó hermano, mires por mi honra, que desde el punto que salí del poder de mi padre y del de tu madre, lo deposité en tus manos, y aunque la esperiencia con certidumbre grandísima tiene acreditada tu bondad, ansí en la soledad de los desiertos, como en la compañía de las ciudades, todavía temo que la mudanza de las horas no mude los que de suyo son fáciles pensamientos; á tí te va en esto lo que sabes: mi honra es la tuya, un solo deseo nos gobierna, y una misma esperanza nos sustenta; el camino en que nos hemos puesto es largo, pero no hay ninguno que no se acabe, como no se le oponga la pereza y la ociosidad: ya los Cielos, á quien doy mil gracias por ello, nos han traido á España, sin la compañía peligrosa de Arnaldo; ya podemos tender los pasos, seguros de naufragios, de tormentas y de salteadores, porque

segun la fama que sobre todas las regiones del mundo de pacífica y de santa tiene ganada España, bien nos podemos prometer seguro viaje. ¡O hermana, respondió Periandro, y como por puntos vas mostrando los estremados de tu discrecion! Bien veo que temes como muger, y que te animas couro discreta; yo quisiera por aquietar tus bien nacidos recelos, buscar nuevas esperanzas que me acreditasen contigo, que puesto que las hechas pueden convertir el temor en esperanza y la esperanza en firme seguridad y desde luego en posesion alegre, quisiera que nuevas ocasiones me acreditaran; en el rancho de estos pastores no nos queda qué hacer, ni en el caso de Feliciana podemos servir mas que de compadecernos de ella; procuremos llevarnos esta criatura á Trujillo, como nos lo encargo el que con ella nos dió la cadena al parecer por paga.

En esto estaban los dos, cuando llegó el pastor anciano con su hermana y con la criatura que habia enviado por ella á la aldea, por ver si Feliciana la reconocia, como ella lo habia pedido: lleváronsela, miróla y remiróla, quitóle las fajas, pero en ninguna cosa pudo conocer ser la que habia parido, ni aun, lo que mas es de considerar, el natural cariño no le movia los pensamientos á reconocer el niño, que era varon el recien nacido. No, decia Feliciana, no son estas las mantillas que mi doncella tenia diputadas para envolver lo que de mí naciese, ni esta cadena, que se la enseñaron, la ví yo jamás en poder de Rosanio: de otra debe ser esta prenda, que no mia, que á serlo no fuera yo tan venturosa, teniéndola una vez perdida tornar á cobrarla; aunque yo oí decir muchas veces á Rosanio que tenia amigos en Trujillo, pero de ninguno me acuerdo el nombre. Con

todo eso, dijo el pastor que pues el que dió la criatura mandó que la llevasen á Trujillo, sospecho que el que la dió á estos peregrinos fue Rosanio ; y así soy de perecer, si es que en ello os hago algun servicio, que mi hermana con la criatura y con otros dos de estos mis pastores se ponga en camino de Trujillo á ver si la recibe alguno de esos dos caballeros á quien va dirigida. A lo que Feliciana respondió con sollozos y con arrojarse á los pies del pastor, abrazándolos estrechamente, señales que la dieron de que aprobaba su parecer: todos los peregrinos le aprobaron asimismo, y con darle la cadena lo facilitaron todo. Sobre una de las bestias del hato se acomodó la hermana del pastor que estaba recien parida, como se ha dicho, con órden que se pasase por su aldea y dejase en cobro su criatura, y con la otra se partiese á Trujillo, que los peregrinos

que iban á Guadalupe, con mas espacio la seguirian : todo se hizo como lo pensaron , y luego, porque la necesidad del caso no admitia tardanza alguna. Feliciana callaba, y con silencio se mostraba agradecida á los que tan de veras sus cosas tomaban á su cargo. Añadióse á todo esto que Feliciana habiendo sabido como los peregrinos iban á Roma , aficionada á la hermosura y discrecion de Auristela, á la cortesía de Periandro, á la amorosa conversacion de Constanza y de Ricla su madre, y al agradable trato de los dos Antonios padre é hijo , que todo lo miró, notó y ponderó en aquel poco espacio que los habia comunicado, y lo principal por volver las espaldas á la tierra donde quedaba enterrada su honra, pidió que consigo la llevasen como peregrina á Roma, que pues habia sido peregrina en culpas, queria procurar serlo en gracias, si el Cielo se las concedia en

que con ellos la llevasen. Apenas descubrió su pensamiento, cuando Auristela acudió á satisfacer su deseo, compasiva y deseosa de sacar á Feliciana de entre los sobresaltos y miedos que la perseguian : solo dificultó el ponerla en camino estando tan recien parida, y así se lo dijo ; pero el anciano paster dijo que no habia mas diferencia del parto de una muger, que del de una res, y que así como la res sin otro regalo alguno despues de su parto se quedaba á las inclemencias del cielo, ansí la muger podia sin otro regalo alguno acudir á sus ejercicios, sino que el uso habia introducido entre las mugeres los regalos y todas aquellas prevenciones que suelen hacer con las recien paridas. Yo aseguro, dijo mas, que cuando Eva parió el primer hijo, que no se echó en el lecho, ni se guardó del aire, ni usó de los melindres que agora se usan en los partos. Esfor-

zaos, señora Feliciana, y seguid vuestro intento, que desde aquí le apruebo casi por santo, pues es tan cristiano. A lo que añadió Auristela: No quedará por falta de hábito de peregrina, que mi cuidado me hizo hacer dos cuando hice este, el cual daré yo á la señora Feliciana de la Voz, con condicion que me diga qué misterio tiene el llamarse de la Voz, si ya no es el de su apellido. No me le ha dado, respondió Feliciana, mi linaje, sino el ser comun opinion de todos cuantos me han oido cantar, que tengo la mejor voz del mundo, tanto que por escelencia me llaman comunmente Feliciana de la Voz; y á no estar en tiempo mas de gemir que de cantar, con facilidad os mostrara esta verdad; pero si los tiempos se mejoran y dan lugar á que mis lágrimas se enjuguen, yo cantaré, si no canciones alegres, á lo menos endechas tristes, que cantándolas encanten, y llo

rándolas alegren. Por esto que Feliciana dijo, nació en todos un deseo de oirla cantar luego luego; pero no osaron rogárselo, porque como ella habia dicho, los tiempos no lo permitian. Otro dia se despojó Feliciana de los vestidos no necesarios que traia, y se cubrió con los que le dió Auristela de peregrina; quitóse un collar de perlas y dos sortijas, y si los adornos son parte para acreditar calidades, estas piezas pudieran acreditarla de rica y noble; tomólas Riela como tesorera general de la hacienda de todos, y quedó Feliciana segunda peregrina, como primera Auristela, y tercera Constanza, aunque este parecer se dividió en pareceres, y algunos le dieron el segundo lugar á Constanza, que el primero no hubo hermosura en aquella edad que á la de Auristela se le quitase.

Apenas se vió Feliciana en el nuevo hábito, cuando le nacieron alientos nue-

vos y deseos de ponerse en camino: conoció esto Auristela, y con consentimiento de todos, despidiéndose del pastor caritativo y de los demas de la majada, se encaminaron á Cáceres, hurtando el cuerpo con su acostumbrado paso al cansancio; y asi alguna vez alguna de las mugeres le tenia, le suplia el bagaje donde iba el repuesto. ó ya el márgen de algun arroyuelo ó fuente do se sentaban, ó la verdura de algun prado que á dulce reposo las convidaba; y así andaban á una con ellos el reposo y el cansancio, junto con la pereza y la diligencia, la pereza en caminar poco. la diligencia en caminar siempre: pero como por la mayor parte nunca los buenos deseos llegan á fin dichoso sin estorbos que los impidan, quiso el Cielo que el de este hermoso escuadron, que aunque dividido en todos, era solo uno en la intencion, fuese impedido con el estorbo que agora oi-

reis. Dábales asiento la verde yerba de un deleitoso pradecillo, refrescábales los rostros el agua clara y dulce de un pequeño arroyuelo que por entre las yerbas corria, servíanles de muralla y de reparo muchas zarzas cambroneras que casi por todas partes los rodeaba, sitio agradable y necesario para su descanso, cuando de improviso rompiendo por las intrincadas matas vieron salir al verde sitio un mancebo vestido de camino, con una espada hincada por las espaldas, cuya punta le salia al pecho. Cayó de ojos, y al caer dijo: Dios sea conmigo; y el fin de esta palabra y el arrancársele el alma, fue todo á un tiempo, y aunque todos con el estraño espectaculo se levantaron alborotados, el que primero llegó á socorrerle fue Periandro, y por hallarle ya muerto se atrevió á sacar la espada; los dos Antonios saltaron las zarzas por ver si vieran quien hubiese sido el cruel y

alevoso homicida, que por ser la herida por las espaldas, se mostraba que traidoras manos la habian hecho: no vieron á nadie; volviéronse á los demas, y la poca edad del muerto y su gallardo talle y parecer les acrecentó la lástima; miráronle todo, y halláronle, debajo de una ropilla de terciopelo pardo sobre el jubon puesta, una cadena de cuatro vueltas de menudos eslabones de oro, de la cual pendia un devoto Crucifijo asimismo de oro; allá entre el jubon y la camisa le hallaron dentro de una caja de ébano ricamente labrada un hermosisimo retrato de muger, pintado en la lisa tabla, al rededor del cual de menudisima y clara letra vieron que traia escritos estos versos:

Hiela, enciende, mira y habla.
Milagros de la hermosura,
Que tenga vuestra figura
Tanta fuerza en una tabla.

Por estos versos conjeturó Periandro, que los leyó primero, que de causa amorosa debia de haber nacido su muerte: miráronle las faldriqueras y escudriñáronle todo, pero no hallaron cosa que les diese indicio de quien era; y estando haciendo este escrutinio, parecieron como si fueran llovidos cuatro hombres con ballestas armadas, por cuyas insignias conoció luego Antonio el padre que eran cuadrilleros de la santa Hermandad, uno de los cuales dijo á voces: Teneos, ladrones, homicidas y salteadores: no le acabeis de despojar, que á tiempo sois venidos en que os llevarémos á donde pagueis vuestro pecado. Eso no, bellacos, respondió Antonio el mozo; aquí no hay ladron ninguno, porque todos somos enemigos de los que lo son. Bien se os parece por cierto, replicó el cuadrillero, el hombre muerto, sus despojos en vuestro poder, y su sangre en vuestras ma-

nos, que sirve de testigos á vuestra maldad; ladrones sois, salteadores sois, homicidas sois, y como tales ladrones, salteadores y homicidas presto pagaréis vuestros delitos, sin que os valga la capa de virtud cristiana con que procurais encubrir vuestras maldades, vistiéndoos de peregrinos. A esto le dió respuesta Antonio el mozo con poner una flecha en su arco y pasarle con ella un brazo, puesto que quisiera pasarle de parte á parte el pecho: los demas cuadrilleros, ó escarmentados del golpe, ó por hacer la prision mas al seguro, volvieron las espaldas, y entre huyendo y esperando, á grandes voces apellidaron: Aquí de la santa Hermandad, favor á la santa Hermandad; y mostróse ser santa la Hermandad que apellidaban, porque en un instante como por milagro se juntaron mas de veinte cuadrilleros, los cuales encarando sus ballestas y sus saetas á los

que no se defendian, los prendieron y aprisionaron, sin respetar la belleza de Auristela ni las demas peregrinas; y con el cuerpo del muerto las llevaron á Cáceres, cuyo corregidor era un caballero del hábito de Santiago, el cual viendo el muerto y el cuadrillero herido y la informacion de los demas cuadrilleros, con el indicio de ver ensangrentado á Periandro, con el parecer de su teniente quisiera luego ponerlos á cuestion de tormento, puesto que Periandro se defendia con la verdad, mostrándole en su favor los papeles que para seguridad de su viaje y licencia de su camino habia tomado en Lisboa; mostróle asimismo el lienzo de la pintura de su suceso, que la relató y declaró muy bien Antonio el mozo, cuyas pruebas hicieron poner en opinion la ninguna culpa que los peregrinos tenian. Riela, la tesorera, que sabia muy poco ó nada de la condicion de escriba-

nos y procuradores, y que ofreció á uno de secreto que andaba allí en público dando muestras de ayudarles, no sé que cantidad de dineros porque tomase á cargo su negocio. lo echó á perder del todo; porque en oliendo los sátrapas de la pluma, que tenian lana los peregrinos, quisieron trasquilarlos, como es uso y costumbre, hasta los huesos; y sin duda alguna fuera así si las fuerzas de la inocencia no permitiera el Cielo que sobrepujaran á las de la malicia.

Fue el caso pues, que un huésped ó mesonero del lugar, habiendo visto el cuerpo muerto que habian traido, y reconocídole muy bien, se fue al Corregidor y le dijo: Señor. este hombre que han traido muerto los cuadrilleros, ayer de mañana partió de mi casa en compañía de otro, al parecer caballero: poco antes que se partiese, se encerró conmigo en mi aposento, y con recato me dijo:

Señor huésped, por lo que debeis á ser cristiano os ruego que si yo no vuelvo por aquí dentro de seis dias, abrais este papel que os doy, delante de la justicia; y diciendo esto, me dió este que entrego á vuesa merced, donde imagino que debe de venir alguna cosa que toque á este tan estraño suceso. Tomó el papel el Corregidor, y abriéndole, vió que en él estaban escritas estas mismas razones:

Yo don Diego de Parraces salí de la Corte de su Majestad tal dia (y venia puesto el dia) en compañía de don Sebastian de Soranzo mi pariente, que me pidió que le acompañase en cierto viaje, donde le iba la honra y la vida: yo, por no querer hacer verdaderas ciertas sospechas falsas que de mí tenia, fiándome en mi inocencia, dí lugar á su malicia y acompañéle: creo que me lleva á matar; si esto sucediere, y mi cuerpo se hallare,

sépase que me mataron á traicion, y que morí sin culpa. Y firmaba

Don Diego de Parraces.

Este papel á toda diligencia lo despachó el Corregidor á Madrid, donde con la justicia se hicieron las diligencias posibles buscando al matador; el cual llegó á su casa la misma noche que le buscaban, y entreoyendo el caso, sin apearse de la cabalgadura, volvió las riendas y nunca mas pareció: quedóse el delito sin castigo, el muerto se quedó por muerto, quedaron libres los prisioneros, y la cadena que tenia Ricla se deslabonó para gastos de justicia; el retrato se quedó para gusto de los ojos del Corregidor; satisfízose la herida del cuadrillero: volvió Antonio el mozo á relatar el lienzo; y dejando admirado al pueblo, y habiendo estado en él todo este tiempo de las averiguaciones Feliciana de la Voz en el lecho, fingiendo estar enferma,

por no ser vista, se partieron la vuelta de Guadalupe, cuyo camino entretuvieron tratando del caso estraño, y deseando que sucediese ocasion donde se cumpliese el deseo que tenian de oir cantar á Feliciana, la cual si cantara, pues no hay dolor que no se mitigue con el tiempo, ó se acabe con acabar la vida; pero por guardar ella á su desgracia el decoro que á sí misma debia, sus cantos eran lloros y su voz gemidos: estos se aplacaron un tanto con haber topado en el camino la hermana del compasivo pastor que volvia de Trujillo, donde dijo que dejaba el niño en poder de don Francisco Pizarro y de don Juan de Orellana, los cuales habian conjeturado no poder ser de otro aquella criatura sino de su amigo Rosanio, segun el lugar donde le hallaron, pues por todos aquellos contornos no tenian ellos algun conocido que aventurase á fiarse de ellos. Sea en fin lo que

fuere, dijo la labradora, dijeron ellos, que no ha de quedar defraudado de sus buenos pensamientos el que se ha fiado de nosotros: ansí que, señores, el niño queda en Trujillo en poder de los que he dicho; si algo me queda que hacer por serviros, aquí estoy con la cadena, que aun no me he deshecho de ella, pues la que me pone á la voluntad el ser yo cristiana, me enlaza y me obliga á mas que la de oro. Á lo que respondió Feliciana que la gozase muchos años sin que se le ofreciese necesidad de deshacella, pues las ricas prendas de los pobres no permanecen largo tiempo en sus casas, porque ó se empeñan para no quitarse, ó se venden para nunca volverlas á comprar. La labradora se despidió aquí, y dieron mil encomiendas para su hermano y los demas pastores; y nuestros peregrinos llegaron poco á poco á las santísimas tierras de Guadalupe.



CAPITULO V.

Apenas hubieron puesto los pies los devotos peregrinos en una de las dos entradas que guian al valle que forman y cierran las altísimas sierras de Guadalupe, cuando con cada paso que daban nacian en sus corazones nuevas ocasiones de admirarse: pero allí llegó la admiracion á su punto cuando vieron el grande y suntuoso Monasterio cuyas murallas encierran la santísima imágen de la Em-

peratriz de los Cielos : la santísima Imágen otra vez, que es libertad de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus prisiones ; la santísima Imágen, que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, madre de los huérfanos y reparo de las desgracias. Entraron en su templo, y donde pensaron hallar por sus paredes pendientes por adorno las púrpuras de Tiro, los damascos de Siria, los brocados de Milan, hallaron en lugar suyo muletas que dejaron los cojos, ojos de cera que dejaron los ciegos, brazos que colgaron los mancos, mortajas de que se desnudaron los muertos, todos despues de haber caido en el suelo de las miserias, ya vivos, ya sanos, ya libres, y ya contentos, merced á la larga misericordia de la Madre de las misericordias, que en aquel pequeño lugar hace campear á su benditísimo Hijo con el escuadron de sus infinitas misericordias. Do

tal manera hicieron aprehension estos milagrosos adornos en los corazones de los devotos peregrinos, que volvieron los ojos a todas las partes del templo, y les parecia ver venir por el aire volando los cautivos envueltos en sus cadenas, á colgarlas de las santas murallas, y á los enfermos arrastrar las muletas, y á los muertos mortajas, buscando lugar donde ponerlas, porque ya en el sacro templo no cabian: tan grande es la suma que las paredes ocupan. Esta novedad, no vista hasta entonces de Periandro ni de Auristela, ni menos de Ricla, de Constanza ni de Antonio, los tenia como asombrados, y no se hartaban de mirar lo que veian, ni de admirar lo que imaginaban; y así con devotas y cristianas muestras hincados de rodillas se pusieron á adorar á Dios sacramentado y a suplicar á su santísima Madre que en crédito y honra de aquella Imagen fue-

se servida de mirar por ellos. Pero lo que mas es de ponderar fue que puesta de hinojos y las manos puestas junto al pecho, la hermosa Feliciana de la Voz, lloviendo tiernas lágrimas, con sosegado semblante, sin mover los labios ni hacer otra demostracion ni movimiento que diese señal de ser viva criatura, soltó la voz á los vientos y levantó el corazon al Cielo, y cantó unos versos que ella sabia de memoria, los cuales dió despues por escrito, con que suspendió los sentidos de cuantos le escuchaban y acreditó las alabanzas que ella misma de su voz habia dicho, y satisfizo de todo en todo los deseos que sus peregrinos tenian de escucharla.

Cuatro estancias habia cantado, cuando entraron por la puerta del templo unos forasteros, á quien la devocion y la costumbre puso luego de rodillas, y la voz de Feliciana, que todavia cantaba,

puso tambien en admiracion; y uno de ellos que de anciana edad parecia, volviéndose á otro que estaba á su lado, díjole: O aquella voz es de algun ángel de los confirmados en gracia, ó es de mi hija Feliciana de la Voz. ¿Quien lo duda? respondió el otro: ella es, y la que no será, si no yerra el golpe este mi brazo; y diciendo esto, echó mano á una daga, y con descompasados pasos, perdido el color y turbado el sentido se fue hácia donde Feliciana estaba: el venerable anciano se arrojó tras él, y le abrazó por las espaldas, diciéndole: No es este, ó hijo, teatro de miserias ni lugar de castigos: da tiempo al tiempo, que pues no se nos puede huir esta traidora, no te precipites, y pensando castigar el ageno delito, te eches sobre ti la pena de la culpa propia. Estas razones y alboroto selló la boca de Feliciana, y alborotó á los peregrinos y á todos cuantos en el

templo estaban, los cuales no fueron parte para que su padre y hermano de Feliciana no la sacasen del templo á la calle, donde en un instante se juntó casi toda la gente del pueblo con la justicia, que se la quitó á los que parecian mas verdugos que hermano y padre. Estando en esta confusion, el padre dando voces por su hija, y su hermano por su hermana, y la justicia defendiëndola hasta saber el caso, por una parte de la plaza entraron hasta seis de á caballo, que los dos de ellos fueron luego conocidos de todos, por ser el uno don Francisco Pizarro y el otro don Juan de Orellana, los cuales llegándose al tumulto de la gente, y con ellos otro caballero que con un velo de tafetan negro traia cubierto el rostro, preguntaron la causa de aquellas voces. Fueles respondido que no se sabia otra cosa, sino que la justicia queria defender aquella peregrina, á quien que-

rian matar dos hombres que decian ser su hermano y su padre. Esto estaban oyendo don Francisco Pizarro, y don Juan de Orellana, cuando el caballero embozado, arrojándose del caballo abajo, sobre quien venia, poniendo mano á su espada y descubriéndose el rostro, se puso al lado de Feliciana, y á grandes voces dijo: En mí, y en mí debeis, señores, tomar la camienda del pecado de Feliciana vuestra hija, si es tan grande que merezca muerte, el casarse una doncella contra la voluntad de sus padres: Feliciana es mi esposa, y yo soy Rosanio, como veis, no de tan poca calidad que no merezca que me deis por concierto lo que yo supe escoger por industria: noble soy, de cuya nobleza os podré presentar por testigos; riquezas tengo que la sustenten, y no será bien que lo que he ganado por ventura, me lo quite Luis Antonio por vuestro gusto; y si os

parece que os he hecho ofensa de haber llegado á este punto, de teneros por señores sin sabiduria vuestra, perdonadme, que las fuerzas poderosas de amor suelen turbar los ingenios mas entendidos, y el veros yo tan inclinados á Luis Antonio me hizo no guardar el decoro que se os debia, de lo cual otra vez os pido perdon. Mientras Rosanio esto decia, Feliciana estaba pegada con él, teniéndole asido por la pretina con la mano, toda temblando, toda temerosa, y toda triste y toda hermosa juntamente; pero antes que su padre y hermano respondiesen palabra, D. Francisco Pizarro se abrazó con su padre, y D. Juan de Orellana con su hermano, que eran sus grandes amigos. Don Francisco dijo al padre: ¿Donde está vuestra discrecion, señor don Pedro Tenorio? ¿Como, y es posible que vos mismo querais fabricar vuestra ofensa? ¿No veis que estos agra-

vios, antes que la pena, traen la disculpa consigo? ¿Qué tiene Rosanio que no merezca á Feliciana? ó ¿qué le quedará á Feliciana de aquí adelante, si pierde á Rosanio?

Casi estas mismas ó semejantes razones decia don Juan de Orellana á su hermano, añadiendo mas, porque le dijo: Señor don Sancho, nunca la cólera prometió buen fin de sus ímpetus; ella es pasion del ánimo, y el ánimo apasionado pocas veces acierta en lo que emprende: vuestra hermana supo escoger buen marido: tomar venganza de que no se guardaron las debidas ceremonias y respetos, no será bien hecho, porque os pondréis á peligro de derribar y echar por tierra todo el edificio de vuestro sosiego: mirad, señor don Sancho, que tengo una prenda vuestra en mi casa; un sobrino os tengo que no lo podréis negar si no os negais á vos mismo: tanto es lo que

os parece. La respuesta que dió el padre á don Francisco, fue llegarse á su hijo don Sancho, y quitalle la daga de las manos, y luego fue á abrazar á Rosanio, el cual dejándose derribar á los pies del que ya conoció ser su suegro, se los besó mil veces: arrodillóse tambien ante su padre Feliciana, derramó lágrimas, envió suspiros, vinieron desmayos. La alegría discurrió por todos los circunstantes; ganó fama de prudente el padre, de prudente el hijo, y los amigos de discretos y bien hablados; llevólos el Corregidor á su casa; regalólos el Prior del santo Monasterio abundantísimamente: visitaron las reliquias los peregrinos, que son muchas, santísimas y ricas: confesaron sus culpas: recibieron los sacramentos; y en este tiempo, que fue el de tres dias, envio don Francisco por el niño que le habia llevado la labradora, que era el mismo que Rosanio dió

á Periandro la noche que le dió la cadena; el cual era tan lindo, que el abuelo puesta en olvido toda injuria, dijo viéndole: Que mil bienes haya la madre que te parió, y el padre que te engendró; y tomándole en sus brazos, tiernamente le bañó el rostro con lágrimas, y se las enjugó con besos, y las limpió con sus canas. Pidió Auristela á Feliciana le diese el traslado de los versos que habia cantado delante de la santísima Imágen, la cual respondió que solamente habia cantado cuatro estancias, y que todas eran doce, dignas de ponerse en la memoria; y así las escribió, que eran estas:

Antes que de la mente eterna fuera
Saliesen los espíritus alados,
Y antes que la veloz o tarda esfera
Tuviese movimientos señalados,
Y antes que aquella oscuridad primera
Los cabellos del sol viese dorados;
Fabricó para sí Dios una casa
De santísima, limpia y pura masa.

Los altos y fortísimos cimientos
Sobre humildad profunda se fundaron,
Y mientras mas á la humildad atentos,
Mas la fábrica regia levantaron:
Pasó la tierra, pasó el mar, los vientos
Atras como mas bajos se quedaron,
El fuego pasa, y con igual fortuna
Debajo de sus pies tiene la luna.

De fe son los pilares, de esperanza
Los muros, esta fábrica bendita
Ciñe la caridad, por quien se alcanza
Duracion, como Dios siempre infinita;
Su recreo se aumenta en su templanza,
Su prudencia los grados facilita
Del bien que ha de gozar por la grandeza
De su mucha justicia y fortaleza.

Adornan este alcázar soberano
Profundos pozos, perenales fuentes,
Huertos cerrados, cuyo fruto sano
Es bendicion y gloria de las gentes
Estan a la siniestra y diestra mano
Cipreses altos, palmas eminentes,
Altos cedros, clarísimos espejos,
Que dan lumbre de gracia cerca y lejos.

El cinamomo, el platano y la rosa
De Hiericó se halla en sus jardines,
Con aquella color, y aun mas hermosa,
De los mas abrasados querubines:
Del pecado la sombra tenebrosa
Ni llega, ni se acerca á sus confines:
Todo es luz, todo es gloria, todo es cielo,
Este edificio que hoy se muestra al suelo

De Salomon el templo se nos muestra
Hoy con la perfeccion á Dios posible,
Donde no se oyo golpe que la diestra
Mano diese a la obra convenible:
Hoy, haciendo de si gloriosa muestra,
Salio la luz del sol inacesible;
Hoy nuevo resplandor ha dado al dia
La clarisima estrella de Maria.

Antes que el sol la estrella hoy da su lumbre,
Prodigiosa señal, pero tan buena,
Que sin guardar de agueros la costumbre,
Deja el alma de gozo y bienes llena:
Hoy la humildad se vio puesta en la cumbre,
Hoy comenzó á romperse la cadena
Del hierro antiguo, y sale al mundo aquella
Prudentisima Ester, que el sol mas bella

Niña de Dios, por nuestro bien nacida,
Tierna, pero tan fuerte, que la frente,
En soberbia maldad endurecida,
Quebrantasteis de la infernal serpiente;
Brinco de Dios, de nuestra muerte vida,
Pues vos fuisteis el medio conveniente
Que redujo á pacífica concordia
De Dios y el hombre la mortal discordia.

La justicia y la paz hoy se han juntado
En Vos, Vírgen santísima, y con gusto
El dulce beso de la paz se han dado,
Arra y señal del venidero Augusto:
Del claro amanecer, del Sol sagrado
Sois la primera aurora, sois del justo
Gloria, del pecador firme esperanza,
De la borrasca antigua la bonanza.

Sois la paloma que *ab æterno* fuiste
Llamada desde el Cielo; sois la esposa
Que al sacro Verbo limpia carne distes,
Por quien de Adan la culpa fue dichosa.
Sois el brazo de Dios, que detuvistes
De Abrahan la cuchilla rigurosa,
Y para el sacrificio verdadero
Nos distes al mansísimo Cordero.

Creced, hermosa planta, y dad el fruto
Presto en sazon, por quien el alma espera
Cambiar en ropa rozagante el luto
Que la gran culpa le vistió primera:
De aquel inmenso y general tributo
La paga conveniente y verdadera
En vos se ha de fraguar: creed, señora,
Que sois universal remediadora.

Ya en las empireas sacrosantas salas
El paraninfo aligero se apresta,
O casi mueve las doradas alas,
Para venir con la embajada honesta:
Que el olor de virtud que de tí exhalas,
Virgen bendita, sirve de requesta
Y apremio, á que se vea en tí muy presto
Del gran poder de Dios echado el resto.

Estos fueron los versos que comenzó á cantar Feliciana, y los que dió por escrito despues, que fueron de Auristela mas estimados que entendidos: en resolucion, las paces de los desavenidos se hicieron; Feliciana, esposo, padre y hermano se volvieron á su lugar, dejan-

do órden á don Francisco Pizarro y don Juan de Orellana les enviasen el niño; pero no quiso Feliciana pasar el disgusto que da el esperar, y así se le llevó consigo: con cuyo suceso quedaron todos alegres.

CAPITULO VI.

Cuatro dias se estuvieron los peregrinos en Guadalupe, en los cuales comenzaron á ver las grandezas de aquel santo Monasterio: digo comenzaron, porque acabarlas de ver es imposible. Desde allí se fueron á Trujillo, á donde asimismo fueron agasajados de los dos nobles caballeros don Francisco Pizarro y don Juan de Orellana; y allí de nuevo refirieron el suceso de Feliciana, y ponde-

raron al par de su voz su discrecion y el buen proceder de su hermano y de su padre, exagerando Auristela los corteses ofrecimientos que Feliciana le habia hecho al tiempo de su partida : la ida de Trujillo fue de allí á dos dias la vuelta de Talavera, donde hallaron que se preparaba para celebrar la gran fiesta de la Monda, que trae su origen de muchos años antes que Cristo naciese, reducida por los Cristianos á tan buen punto y término, que si entonces se celebraba en honra de la diosa Vénus por la gentilidad, ahora se celebra en honra y alabanza de la Virgen de las virgenes. Quisieran esperar á verla, pero por no dar mas espacio, pasaron adelante, y se quedaron sin satisfacer su deseo. Seis leguas se habrian alongado de Talavera, cuando delante de si vieron que caminaba una peregrina, tan peregrina, que iba sola, y escusóles el darla voces á que se

detuviese el haberse ella sentado sobre la verde yerba de un pradecillo; ó ya convidada del ameno sitio, ó ya obligada del cansancio. Llegaron á ella, y hallaron ser de tal talle que nos obliga á describirle: la edad al parecer salia de los términos de la mocedad, y tocaba en las márgenes de la vejez; el rostro daba en rostro, porque la vista de un lince no alcanzara á verle las narices, porque no las tenia sino tan chatas y llanas, que con unas pinzas no le pudieran asir una brizna de ellas; los ojos les hacian sombra, porque mas salian fuera de la cara que ella; el vestido era una esclavina rota que le besaba los calcañares, sobre la cual traia una muceta, la mitad guarnecida de cuero, que por roto y despedazado no se podia distinguir si de cordoban ó si de badana fuese; ceñíase con un cordon de esparto, tan abultado y poderoso, que mas parecia gumena de galera que cordon

de peregrina; las tocas eran bastas, pero limpias y blancas; cubríale la cabeza un sombrero viejo sin cordon ni toquilla, y los pies unos alpargates rotos, y ocupábale la mano un bordon hecho á manera de cayado, con una punta de acero al fin; pendíale del lado izquierdo una calabaza de mas que mediana estatura, y apegábale el cuello un rosario, cuyos padresnuestros eran mayores que algunas bolas de las con que juegan los muchachos al argolla. En efecto, toda ella era rota y toda penitente, y como despues se echó de ver, toda de mala condicion. Saludáronla en llegando, y ella les volvió las saludes con la voz que podia prometer la cátedra de sus narices, que fue mas gangosa que suave. Preguntáronla donde iba, y que peregrinacion era la suya: y diciendo y haciendo, convidados como ella del ameno sitio, se le sentaron á la redonda, dejaron pacer el bagaje que les

servia de recámara, de despensa y botille-ria, y satisfaciendo á la hambre, alegre-mente la convidaron, y ella respondien-do á la pregunta que la habian hecho, dijo: Mi peregrinacion es la que usan algunos peregrinos, quiero decir, que siempre es la que mas cerca les viene á cuento para disculpar su ociosidad; y así me parece que será bien deciros que por ahora voy á la gran ciudad de Tole-do á visitar á la devota imágen del Sa-grario, y desde allí me iré al Niño de la Guardia, y dando una punta, como hal-con noruego, me entretendré con la san-ta Verónica de Jaen, hasta hacer tiempo de que llegue el último domingo de abril, en cuyo dia se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la ciudad de Andújar, la fiesta de nuestra Señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en to-do lo descubierto de la tierra se celebra tal, segun he oido decir, que ni las pasa-

das fiestas de la gentilidad, á quien imíta la de la Monda de Talavera, no le han hecho ni le pueden hacer ventaja. Bien quisiera yo, si fuera posible, sacarla de la imaginacion donde la tengo fija, y pintárosla con palabras, y ponérosla delante de la vista, para que comprendiéndola viérades la mucha razon que tengo de alabárosla; pero esta es carga para otro ingenio no tan estrecho como el mio: en el rico Palacio de Madrid, morada de los Reyes, en una galería está retratada esta fiesta con la puntualidad posible: allí está el monte, ó por mejor decir, peñasco, en cuya cima está el Monasterio que deposita en sí una santa imágen llamada de la Cabeza, que tomó el nombre de la peña donde habita, que antiguamente se llamó el Cabezo, por estar en la mitad de un llano libre y desembarazado, solo y sereno de otros montes ni peñas que lo rodeen, cuya altura será de

hasta un cuarto de legua, y cuyo circúito debe de ser poco mas de media. En este espacioso y ameno sitio tiene su asiento siempre verde y apacible por el humor que le comunican las aguas del rio Jándula, la que de paso, como en reverencia, le besa las faldas: el lugar, la peña la imágen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca y lejos el solemne dia que he dicho, le hacen famoso en el mundo y célebre en España sobre cuantos lugares las mas estendidas memorias se acuerdan.

Suspensos quedaron los peregrinos de la relacion de la nueva, aunque vieja peregrina, y casi les comenzó á bullir en el alma la gana de irse con ella á ver tantas maravillas; pero la que llevaban de acabar su camino no dió lugar á que nuevos deseos lo impidiesen. Desde allı, prosiguió la peregrina, no sé que viaje será el mio, aunque sé que no me ha de faltar donde

ocupe la ociosidad y entretenga el tiempo, como lo hacen, como ya he dicho, algunos peregrinos que se usan. A lo que dijo Antonio el padre: Paréceme, señora peregrina, que os da en el rostro la peregrinacion. Eso no, respondió ella, que bien sé que es justa, santa y loable, y que siempre la ha habido y la ha de haber en el mundo: pero estoy mal con los malos peregrinos, como son los que hacen grangería de la santidad y ganancia infame de la virtud loable; con aquellos, digo, que saltean la limosna de los verdaderos pobres, y no digo mas, aunque pudiera. En esto por el camino real que junto á ellos estaba vieron venir un hombre á caballo, que llegando á igualar con ellos, al quitarles el sombrero para saludarles y hacerles cortesía, habiendo puesto la cabalgadura, como despues pareció, la mano en un hoyo, dió consigo y con su dueño al través una

gran caida : acudieron todos luego á socorrer el caminante, que pensaron hallar muy mal parado. Arrendó Antonio el mozo la cabalgadura, que era un poderoso macho, y al dueño le abrigaron lo mejor que pudieron, y le socorrieron con el remedio mas ordinario que en tales casos se usa, que fue darle á beber un golpe de agua ; y hallando que su mal no era tanto como pensaban, le dijeron que bien podia volver á subir y á seguir su camino: el cual hombre les dijo : Quizá, señores peregrinos, ha permitido la suerte que yo haya caido en este llano para poder levantarme de los riesgos donde la imaginacion me tiene puesta el alma ; yo, señores, aunque no querais saberlo, quiero que sepais que soy estranjero, y de nacion polaco ; muchacho salí de mi tierra y vine á España, como á centro de estranjeros y á madre comun de las naciones : serví á españoles, aprendí

la lengua castellana de la manera que veis que la hablo, y llevado del general deseo que todos tienen de ver tierras, vine á Portugal á ver la gran ciudad de Lisboa, y la misma noche que entré en ella me sucedió un caso, que si le creyéredes haréis mucho, y si no, no importa nada, puesto que la verdad ha de tener siempre su asiento, aunque sea en sí misma. Admirados quedaron Periandro y Auristela y los demas compañeros de la improvisa y concertada narracion del caido caminante: y con gusto de escuchalle, le dijo Periandro que prosiguiese en lo que decir queria, que todos le darian crédito, porque todos eran corteses y en las cosas del mundo esperimentados.

Alentado con esto el caminante, prosiguió diciendo: Digo que la primera noche que entré en Lisboa, yendo por una de sus principales calles, ó *ruas*

como ellos las llaman, por mejorar de posada, que no me habia parecido bien una donde me habia apeado, al pasar de un lugar estrecho y no muy limpio, un embozado portugués con quien encontré, me desvió de sí con tanta fuerza, que tuve necesidad de arrimarme al suelo: despertó el agravio la cólera, remití mi venganza á mi espada, puse mano, púsola el portugués con gallardo brio y desenvoltura, y la ciega noche y la fortuna mas ciega á la luz de mi mejor suerte, sin saber yo adonde, encaminó la punta de mi espada á la vista de mi contrario, el cual dando de espaldas, dió el cuerpo al suelo y el alma adonde Dios sabe. Luego me representó el temor lo que habia hecho; pasméme, puse en el huir mi remedio, quise huir, pero no sabia adonde; mas el rumor de la gente que me pareció que acudia, me puso alas en los pies, y con pasos des-

concertados volví la calle abajo buscando donde esconderme, ó adonde tener lugar de limpiar mi espada, porque si la justicia me cogiese, no me hallase con manifiestos indicios de mi delito: yendo pues así, ya del temor desmayado, ví una luz en una casa principal, y arrojéme á ella sin saber con que designio; hallé una sala baja abierta y muy bien aderezada: alargué el paso y entré en otra cuadra tambien bien aderezada: y llevado de la luz que en otra cuadra parecia, hallé en un rico lecho echada una señora que alborotada, sentándose en él, me preguntó ¿ quien era, qué buscaba y adonde iba, y quien me habia dado licencia de entrar hasta allí con tan poco respeto? Yo le respondí: Señora, á tantas preguntas no os puedo responder sino solo con deciros que soy un hombre estranjero, que á lo que creo, dejo muerto á otro en esa calle,

mas por su desgracia y su soberbia, que por mi culpa: suplicoos por Dios y por quien sois, que me escapeis del rigor de la justicia, que pienso que me viene siguiendo. ¿Sois castellano, me preguntó en su lengua portuguesa? No, señora, le respondí yo; sino forastero, y bien lejos de esta tierra. Pues aunque fuérades mil veces castellano, replicó ella, os librara yo si pudiera, y os libraré si puedo; subid por cima de este lecho, y entraos debajo de este tapiz, y entraos en un hueco que aquí hallaréis, y no os movais, que si la justicia viniere, me tendrá respeto, y creerá lo que yo quisiere decirles. Hice luego lo que me mandó, alcé el tapiz, hallé el hueco, estrechéme en él, recogí el aliento, y comencé á encomendarme á Dios lo mejor que pude; y estando en esta confusa afliccion, entró un criado de casa, diciendo casi a gritos: Señora, á mi señor don Duarte

han muerto ; aquí le traen pasado de una estocada de parte á parte por el ojo derecho, y no se sabe el matador ni la ocasion de la pendencia , en la cual apenas se oyeron los golpes de las espadas : solamente hay un muchacho que dice que vió entrar un hombre huyendo en esta casa. Este debe de ser el matador sin duda , respondió la señora , y no podrá escaparse : ¡ cuantas veces temia yo ; ay desdichada ! ver que traian á mi hijo sin vida , porque de su arrogante proceder no se podian esperar sino desgracias !

En esto en hombros de otros cuatro entraron al muerto , y le tendieron en el suelo delante de los ojos de la afligida madre, la cual con voz lamentable comenzó á decir : ¡ Ay venganza ! y como me estás llamando á las puertas del alma ! pero no consiente que responda á tu gusto el que yo tengo de guardar mi palabra. ¡ Ay, con todo esto , dolor que me aprietas mu-

cho! Considerad, señores, cual estaria mi corazon oyendo las apretadas razones de la madre, á quien la presencia del muerto hijo me parecia á mi que le ponia en las manos mil géneros de muertes con que de mí se vengase, que bien estaba claro que habia de imaginar que yo era el matador de su hijo: pero ¿qué podia yo hacer entonces sino callar y esperar en la misma desesperacion? y mas cuando entró en el aposento la justicia, que con comedimiento dijo á la señora: Guiados por la voz de un muchacho que dice que se entró en esta casa el homicida de este caballero, nos hemos atrevido á entrar en ella. Entonces yo abrí los oidos, y estuve atento á las respuestas que daria la afligida madre; la la cual respondió llena el alma de generoso ánimo y de piedad cristiana: Si ese tal hombre ha entrado en esta casa, no á lo menos en esta estancia: por allá le

pueden buscar, aunque plegue á Dios que no le hallen, porque mal se remedia una muerte con otra, y mas cuando las injurias no proceden de malicia.

Volvióse la justicia á buscar la casa, y volvieron en mí los espíritus que me habian desamparado; mandó la señora quitar delante de sí el cuerpo muerto del hijo, y que le amortajasen, y desde luego diesen órden en su sepultura; mandó asimismo que la dejasen sola, porque no estaba para recebir consuelos y pésames de infinitos que venian á dárselos, así de parientes como de amigos y conocidos. Hecho esto, llamó á una doncella suya, que á lo que pareció, debió de ser de la que mas se fiaba, y habiéndola hablado al oido, la despidió, mandándole cerrase tras sí la puerta; ella lo hizo así, y la señora sentándose en el lecho, tentó el tapiz, y á lo que pienso, me puso las manos sobre el corazon, el cual palpitando apriesa daba

indicios del temor que le cercaba; ella viendo lo cual, me dijo con baja y lastimada voz: Hombre, quien quiera que seas, ya ves que me has quitado el aliento de mi pecho, la luz de mis ojos, y finalmente la vida que me sustentaba; pero porque entiendo que ha sido sin culpa tuya, quiero que se oponga mi palabra á mi venganza: y así en cumplimiento de la prómesa que te hice de librarte, cuando aquí entraste, has de hacer lo que ahora te diré: ponte las manos en el rostro, porque si yo me descuido en abrir los ojos, no me obligues á que te conozca: y sal de ese encerramiento y sigue á una mi doncella que ahora vendrá aquí, la cual te pondrá en la calle, y te dará cien escudos de oro con que facilites tu remedio: no eres conocido, no tienes ningun indicio que te manifieste: sosiega el pecho, que el alboroto demasiado suele descubrir el delincuente.

En esto volvió la doncella ; yo salí detrás del paño, cubierto el rostro con la mano: y en señal de agradecimiento, hincado de rodillas, besé el pie de la cama muchas veces, y luego seguí los de la doncella, que asimismo callando me asió del brazo, y por la puerta falsa de un jardin á escuras me puso en la calle. En viéndome en ella, lo primero que hice fue limpiar la espada, y con sosegado paso salí acaso á una calle principal, de donde reconocí mi posada, y me encontré en ella como si por mí no hubiera pasado ni próspero suceso ni adverso: contóme el huésped la desgracia del recien muerto caballero, y así exageró la grandeza de su linaje, como la arrogancia de su condicion, de la cual se creia le habria grangeado algun enemigo secreto que á semejante término le hubiese conducido. Pasé aquella noche dando gracias á Dios de las recibidas

mercedes, y ponderando el valeroso y nunca visto ánimo cristiano y admirable proceder de doña Guiomar de Sosa, que así supe se llamaba mi bienhechora: salí por la mañana al rio, y hallé en él un barco lleno de gente que se iba á embarcar en una gran nave que en Sangian estaba de partida para las Indias orientales; volvíme á mi posada, vendí á mi huésped la cabalgadura, y cerrando todos mis discursos en el puño, volví al rio y al barco, y otro dia me hallé en el gran navío fuera del puerto, dadas las velas al viento, siguiendo el camino que se deseaba. Quince años he estado en las Indias, en los cuales sirviendo de soldado con valentísimos portugueses, me han sucedido cosas de que quizá pudiera hacer una gustosa y verdadera historia, especialmente de las hazañas de la en aquellas partes invencible Nacion portuguesa, dignas de perpetua alabanza en

los presentes y venideros siglos: allí grangeé algun oro y algunas perlas y cosas mas de valor que de bulto; con las cuales y con la ocasion de volverse mi General á Lisboa, volví á ella, y de allí me puse en camino para volverme á mi patria, determinando ver primero todas las mejores y mas principales ciudades de España: reduje á dineros mis riquezas, y á pólizas lo que me pareció ser necesario para mi camino, que fue el que primero intenté venir á Madrid, donde estaba recien venida la Corte del gran Felipe III: pero ya mi suerte, cansada de llevar la nave de mi ventura con próspero viento por el mar de la vida humana, quiso que diese en un bajio que la destrozase toda, y ansi hizo que en llegando una noche á Talavera, un lugar que no está lejos de aqui, me apeé en un meson que no me sirvió de meson sino de sepultura, pues en él hallé la de mi honra.

¡O fuerzas poderosas de amor, de amor digo inconsiderado, presuroso y lascivo y mal intencionado! y con cuanta facilidad atropellas designios buenos, intentos castos, proposiciones discretas! Digo, pues, que estando en este meson, entró en él acaso una doncella de hasta diez y seis años; á lo menos á mí no me pareció de mas, puesto que despues supe que tenia veinte y dos: venia en cuerpo y en tranzado, vestida de paño, pero limpísima, y al pasar junto á mí me pareció que olia á un prado lleno de flores por el mes de mayo, cuyo olor en mis sentidos dejó atrás las aromas de Arabia; llegóse la cual á un mozo del meson, y hablándole al oido, alzó una gran risa, y volviendo las espaldas, salió del meson, y se entró en una casa frontera: el mozo mesonero corrió tras ella, y no la pudo alcanzar sino fue con una coz que le dió en las espaldas, que la hizo entrar

cayendo de ojos en su casa. Esto vió otra moza del mismo meson, y llena de cólera dijo al mozo: Por Dios. Alonso, que lo haces mal, que no merece Luisa que la santigües á coces. Como esas le daré yo si vivo, respondió el Alonso; calla, Martina amiga, que estas mocitas sobresalientes no solamente es menester ponerles la mano, sino los pies y todo; y con esto nos dejó solos á mi y á Martina, á la cual le pregunté que qué Luisa era aquella, y si era casada ó no. No es casada, respondió Martina; pero serálo presto con este mozo Alonso que habeis visto; y en fe de los tratos que andan entre los padres de ella y los de él, de esposa, se atreve Alonso á molella á coces todas las veces que se le antoja, aunque muy pocas son sin que ella las merezca: porque si va á decir la verdad. señor huésped, la tal Luisa es algo atrevidilla y algun tanto libre y descompuesta: har-

lo se lo he dicho yo, mas no aprovecha; no dejara de seguir su gusto si la sacan los ojos: pues en verdad, en verdad que una de las mejores dotes que puede llevar una doncella es la honestidad, que buen siglo haya la madre que me pario, que fue persona que no me dejó ver la calle, ni aun por un agujero, cuanto mas salir al umbral de la puerta: sabia bien, como ella decia, que la muger y la gallina etc. Digame, señora Martina, le repliqué yo, ¿como de la estrecheza de ese noviciado vino á hacer profesion en la anchura de un meson? Hay mucho que decir en eso, dijo Martina, y aun yo tuviera mas que decir de estas menudencias si el tiempo lo pidiera, o el dolor que traigo en el alma lo permitiera.

CAPITULO VII.

Con atencion escuchaban los peregrinos al peregrino, cuando del polaco ya deseaban saber que dolor traia en el alma, como sabian el que debia tener en el cuerpo; á quien dijo Periandro: Contad, señor, lo que quisiéredes y con las menudencias que quisiéredes, que muchas veces el contarlas suele acrecentar gravedad al cuento, que no parece mal estar en la mesa de un banquete junto

á un faisan bien aderezado, un plato de una fresca, verde y sabrosa ensalada ; la salsa de los cuentos es la propiedad del lenguaje en cualquiera cosa que se diga: así que, señor, seguid vuestra historia; contad de Alonso y de Martina, acoceadla á vuestro gusto; á Luisa casadla, ó no la caseis; séase ella libre y desenvuelta como un cernícalo ; que el toque no está en sus desenvolturas, sino en sus sucesos, segun lo hallo yo en mi astrología. Digo pues, señores, respondió el Polaco, que usando de esa buena licencia, no me quedará cosa en el tintero que no la ponga en la plana de vuestro juicio. Con todo el que entonces tenia, que no debia de ser mucho, fuí y vine una y muchas veces aquella noche á pensar en el donaire, en la gracia y en la desenvoltura de la sin par, á mi parecer, ni sé si la llame vecina moza, ó conocida de mi huéspeda : hice mil designios, fabrique

mil torres de viento, caséme, tuve hijos, y di dos higas al qué dirán; y finalmente, me resolví de dejar el primer intento de mi jornada, y quedarme en Talavera casado con la diosa Vénus, que no menos hermosa me pareció la muchacha, aunque acoceada por el mozo del mesonero: pasóse aquella noche, tomé el pulso á mi gusto, y halléle tal, que á no casarme con ella, en poco espacio de tiempo habia de perder, perdiendo el gusto, la vida que ya habia depositado en los ojos de mi labradora; y atropellando por todo género de inconvenientes, determiné de hablar á su padre, pidiéndosela por muger; enseñéle mis perlas, manifestéle mis dineros, díjele alabanzas de mi ingenio y de mi industria, no solo para conservarlos sino para aumentarlos; y con estas razones y con el alarde que le habia hecho de mis bienes, vino mas blando que un guante á condescender

con mi deseo, y mas cuando vió que yo no reparaba en dote, pues con sola la hermosura de su hija me tenia por pagado, contento y satisfecho de este concierto. Quedó Alonso despechado, Luisa mi esposa rostrituerta, como lo dieron á entender los sucesos que de allí á quince dias acontecieron con dolor mio y vergüenza suya, que fueron acomodarse mi esposa con algunas joyas y dineros mios, con los cuales y con ayuda de Alonso, que le puso alas en la voluntad y en los pies, desapareció de Talavera, dejándome burlado y arrepentido, y dando ocasion al pueblo á que de su inconstancia y bellaquería en corrillos hablasen. Hizome el agravio acudir á la venganza, pero no hallé en quien tomarla sino en mi propio, que con un lazo estuve mil veces para ahorcarme; pero la suerte, que quizá para satisfacerme de los agravios que me tiene hechos me guarda, ha or

denadó que mis enemigos hayan parecido presos en la cárcel de Madrid, de donde he sido avisado que vaya á ponerles la demanda y á seguir mi justicia: y asi voy, con voluntad determinada de sacar con su sangre las manchas de mi honra, y con quitarles las vidas, quitar de sobre mis hombros la pesada carga de su delito, que me trae aterrado y consumido: ¡vive Dios que han de morir! vive Dios que me he de vengar! vive Dios que ha de saber el mundo que no sé disimular agravios, y mas los que son tan dañosos que se entran hasta las medulas del alma! A Madrid voy; ya estoy mejor de mi caida; no hay sino ponerme á caballo, y guárdense de mí hasta los mosquitos del aire, y no me lleguen á los oidos ni ruegos de frailes, ni llantos de personas devotas, ni promesas de bien intencionados corazones, ni dádivas de ricos, ni imperios ni mandamientos de gran

des, ni toda la caterva que suele preceder á semejantes acciones, que mi honra ha de andar sobre su delito como el aceite sobre el agua: y diciendo esto, se iba á levantar muy ligero para volver á subir y á seguir su viaje; viendo lo cual Periandro, asiendole del brazo le detuvo, y le dijo: Vos, señor, ciego de vuestra cólera no echais de ver que vais á dilatar y á estender vuestra deshonra: hasta ahora no estais mas deshonrado de entre los que os conocen en Talavera, que deben de ser bien pocos, y agora vais á serlo de de los que os conocerán en Madrid: quereis ser como el labrador que crió la víbora serpiente en el seno todo el invierno, y por merced del Cielo, cuando llegó el verano donde ella pudiera aprovecharse de su ponzoña, no la halló porque se habia ido; el cual sin agradecer esta merced al Cielo, quiso irla a buscar y volverla á anidar en su casa y en su seno, no mi-

rando ser suma prudencia no buscar el hombre lo que no le está bien hallar, y á lo que comunmente se dice, que al enemigo que huye puente de plata, y el mayor que el hombre tiene suele decirse que es la muger propia, pero esto debe de ser en otras religiones que en la cristiana, entre las cuales los matrimonios son una manera de concierto y conveniencia, como lo es el de alquilar una casa ú otra alguna heredad; pero en la religion católica el casamiento es sacramento que solo se desata con la muerte, ó con otras cosas que son mas duras que la misma muerte, las cuales pueden escusar la cohabitacion de los dos casados, pero no deshacer el nudo con que ligados fueron. ¿Qué pensais que os sucederá cuando la justicia os entregue á vuestros enemigos atados y rendidos encima de un teatro publico á la vista de infinitas gentes, y á vos blandiendo el cuchillo encima del ca-

dalso, amenazando el segarles las gargantas, como si pudiera su sangre limpiar, como vos decis, vuestra honra? ¿Qué os puede suceder, como digo, sino hacer mas público vuestro agravio? Porque las venganzas castigan, pero no quitan las culpas; y las que en estos casos se cometen, como la enmienda no proceda de la voluntad, siempre se están en pie y siempre están vivas en las memorias de las gentes, á lo menos en tanto que vive el agraviado. Así que, señor, volved en vos, y dando lugar á la misericordia, no corrais tras la justicia; y no os aconsejo por esto á que perdoneis á vuestra muger para volvella á vuestra casa, que á esto no hay ley que os obligue: lo que os aconsejo es que la dejeis, que es el mayor castigo que podréis darle; vivid lejos de ella, y viviréis, lo que no haréis estando juntos, porque moriréis continuo. La ley del repudio fue muy usada entre

los Romanos; y puesto que seria mayor caridad perdonarla, recogerla, sufrirla y aconsejarla, es menester tomar el pulso á la paciencia, y poner en un punto estremado á la discrecion, de la cual pocos se pueden fiar en esta vida, y mas cuando la contrastan inconvenientes tantos y tan pesados; y finalmente, quiero que considereis que vais á hacer un pecado mortal en quitarles las vidas, que no se ha de cometer por todas las ganancias que la honra del mundo ofrezca.

Atento estuvo á estas razones de Periandro el colérico Polaco, y mirándole de hito en hito respondió: Tú, señor, has hablado sobre tus años; tu discrecion se adelanta á tus dias, y la madurez de tu ingenio á tu verde edad; un ángel te ha movido la lengua, con la cual has ablandado mi voluntad, pues ya no es otra la que tengo sino es la de volverme à mi tierra á dar gracias al Cielo por la

merced que me ha hecho : ayúdame á levantar, que si la cólera me volvió las fuerzas, no es bien que me las quite mi bien considerada paciencia. Eso harémos todos de muy buena gana, dijo Antonio el padre; y ayudandole á subir en el macho, abrazándoles á todos primero, dijo que queria volver á Talavera á cosas que a su hacienda tocaban, y que desde Lisboa volveria por la mar á su patria; díjoles su nombre, que se llamaba Ortel Banedre, que respondia en castellano, Martin Banedre; y ofreciéndoseles de nuevo á su servicio, volvió las riendas hácia Talavera, dejando á todos admirados de sus sucesos, y del buen donaire con que los habia contado. Aquella noche la pasaron los peregrinos en aquel mismo lugar; y de allí á dos dias, en compañía de la antigua peregrina, llegaron á la Sagra de Toledo y á vista del celebrado Tajo, famoso por sus arenas y claro por sus líquidos cristales.

CAPITULO VIII.

No es la fama del rio Tajo tal, que la cierren límites, ni la ignoren las mas remotas gentes del mundo, que á todos se estiende y á todos se manifiesta, y en todos hace nacer un deseo de conocerle; y como es uso de los Setentrionales ser toda la gente principal versada en la lengua Latina y en los antiguos poetas, eralo asimismo Periandro, como uno de los mas principales de aquella nacion;

y así por esto, como por haber mostrándose á la luz del mundo aquellos dias las famosas obras del jamas alabado como se debe, poeta, Garcilaso de la Vega, y haberlas él visto, leido, mirado y admirado, así como vió al claro rio, dijo: No dirémos *Aquí dió fin á su cantar Salicio*, sino: Aquí dió principio á su cantar Salicio; aquí sobrepujó en sus Eglogas á sí mismo; aquí resonó su zampoña, á cuyo son se detuvieron las aguas de este rio, no se movieron las hojas de los árboles, y parándose los vientos dieron lugar á que la admiracion de su canto fuese de lengua en lengua y de gente en gente por todas las de la tierra. ¡O venturosas, pues, cristalinas aguas, doradas arenas! ¿qué digo yo doradas? antes de puro oro nacidas; recoged á este pobre peregrino, que como desde lejos os adora, os piensa reverenciar desde cerca: y poniendo la vista en la gran ciudad de Toledo,

fue esto lo que dijo: ¡ O peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes Godos, para volver á resucitar su muerta gloria y á ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias! Salve pues, ó ciudad santa, y da lugar que en ti le tengan estos que venimos á verte.

Esto dijo Periandro, que lo dijera mejor Antonio el padre, si tambien como él lo supiera, porque las lecciones de los libros muchas veces hacen mas cierta esperiencia de las cosas, que no la tienen los mismos que las han visto, á causa que el que lee con atencion, repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ella no repara en nada, y con este escede la leccion á la vista. Casi en este mismo instante resonó en sus oidos el son de infinitos y alegres instrumentos, que por los valles que la ciudad

rodean se estendian, y vieron venir hácia donde ellos estaban, no escuadrones armados de infantería, sino montones de doncellas, sobre el mismo sol hermosas, vestidas á lo villano, llenas de sartas y patenas los pechos, en quien los corales y la plata tenian su lugar y asiento, con mas gala que las perlas y el oro, que aquella vez se hurtó de los pechos y se acogió á los cabellos, que todos eran luengos y rubios como el mismo oro: venian, aunque sueltos per las espaldas, recogidos en la cabeza con verdes guirnaldas de olorosas flores; campeó aquel dia y en ellas, antes la palmilla de Cuenca, que el damasco de Milan y el raso de Florencia: finalmente, la rusticidad de sus galas se aventajaba á las mas ricas de la Corte, porque si en ellas se mostraba la honesta mediania, se descubria asi mismo la estremada limpieza; todas eran flores, todas rosas, todas donaire, y to

das juntas componian un honesto movimiento, aunque de diferentes bailes formado, el cual movimiento era incitado del son de los diferentes instrumentos ya referidos: al rededor de cada escuadron andaban por de fuera, de blanquísimo lienzo vestidos y con paños labrados rodeadas las cabezas, muchos zagales, ó ya sus parientes, ó ya sus conocidos, ó ya vecinos de sus mismos lugares; uno tocaba el tamboril y la flauta, otro el salterio, este las sonajas, y aquel los albogues; y de todos estos sones redundaba uno solo, que alegraba con la concordancia, que es el fin de la música: y al pasar uno de estos escuadrones, ó junta de bailadoras doncellas, por delante de los peregrinos, uno que a lo que despues pareció era el alcalde del pueblo, asió á una de aquellas doncellas del brazo, y mirándola muy bien de arriba abajo, con voz alterada y de mal talante le dijo: ¡Ah

Tozuelo, Tozuelo, y qué de poca vergüenza os acompaña? ¿Bailes son estos para ser profanados? fiestas son estas para no llevarlas sobre las niñas de los ojos? No sé yo como consienten los Cielos semejantes maldades: si esto ha sido con sabiduría de mi hija Clementa Cobeña, por Dios que nos han de oir los sordos. Apenas acabó de decir esta palabra el Alcalde, cuando llegó otro Alcalde, y le dijo: Pedro Cobeño, si os oyesen los sordos, seria hacer milagros; contentaos con que nos oigamos á nosotros, y sepamos en qué os ha ofendido mi hijo Tozuelo, que si él ha delinquido contra vos, justicia soy yo que le podré y sabré castigar. A lo que respondió Cobeño: El delinquimiento ya se ve, pues siendo varon va vestido de hembra, y no de hembra como quiera, sino de doncella de su Majestad en sus fiestas; porque veais, alcalde Tozuelo, si es morosa la culpa,

témome que mi hija Cobeña anda por aquí, porque estos vestidos de vuestro hijo me parecen suyos, y no querria que el diablo hiciese de las suyas y sin nuestra sabiduría los juntase sin las bendiciones de la Iglesia; que ya sabeis que estos casorios hechos á hurtadillas, por la mayor parte pararon en mal y dan de comer á los de la audiencia clerical, que es muy carera.

A esto respondió por Tozuelo una doncella labradora, de muchas que se pararon á oir la plática: Si va á decir la verdad, señores Alcaldes, tan marida es Mari-Cobeña de Tozuelo y él marido de ella, como lo es mi madre de mi padre, y mi padre de mi madre; ella está en cinta, y no está para danzar ni bailar; casenlos y váyase el diablo para malo, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. Par Dios, hija, respondió Tozuelo, vos decis muy bien: entrambos

son iguales, no es mas cristiano viejo el uno que el otro; las riquezas se pueden medir con una misma vara. Agora bien, replicó Cobeño, llamen aqui á mi hija que ella lo deslindará todo, que no es nada muda. Vino Cobeña, que no estaba lejos, y lo primero que dijo fue: Ni yo he sido la primera, ni seré la postrera que haya tropezado y caido en estos barrancos: Tozuelo es mi esposo, y yo su esposa, y perdónenos Dios á entrambos, cuando nuestros padres no quisieren. Eso sí, hija, dijo su padre, la vergüenza por los cerros de Ubeda, antes que en la cara; pero pues esto está ya hecho, bien será que el alcalde Tozuelo se sirva de que este caso pase adelante, pues vosotros no le habeis querido dejar atrás. Par diez, dijo la doncella primera, que el señor alcalde Cobeño ha hablado como un viejo; dénse estos niños las manos, si es que no se las han fiado hasta agora,

y queden para en uno, como lo manda la santa Iglesia nuestra madre, y vamos con nuestro baile al olmo, que no se ha de estorbar nuestra fiesta por niñerías. Vino Tozuelo con el parecer de la moza; diéronse las manos los donceles: acabóse el pleito, y pasó el baile adelante: que si con esta brevedad se acabaran todos los pleitos, secas y peladas estuvieran las solicitas plumas de los escribanos. Quedaron Periandro, Auristela y los demas peregrinos contentísimos de haber visto la pendencia de los dos amantes, y admirados de ver la hermosura de las labradoras doncellas, que parecian todas á una mano, que eran principio, medio y fin de la humana belleza.

No quiso Periandro que entrasen en Toledo, porque así se lo pidió Antonio el padre, á quien aguijaba el deseo que tenia de ver á su patria y á sus padres que no estaban lejos, diciendo que para

ver las grandezas de aquella ciudad convenia mas tiempo que el que su priesa les ofrecia: por esta misma razon tampoco quisieron pasar por Madrid, donde á la sazon estaba la Corte, temiendo algun estorbo que su camino les impidiese. Confirmóles en este parecer la antigua peregrina, diciéndoles que andaban en la Corte ciertos pequeños que tenian fama de ser hijos de grandes, que aunque pájaros novales, se abatian al señuelo de cualquier muger hermosa de cualquiera calidad que fuese, que el amor antojadizo no busca calidades sino hermosura: á lo que añadió Antonio el padre: De esa manera será menester que usemos de la industria que usan las grullas cuando mudando regiones pasan por el monte Limabo, en el cual las están aguardando unas aves de rapiña para que les sirvan de pasto: pero ellas previniendo este peligro pasan de noche y llevan una piedra

cada una en la boca para que les impida el canto y escusen de ser sentidas: cuanto mas que la mejor industria que podemos tener, es seguir la ribera de este famoso rio: y dejando la ciudad á mano derecha, guardando para otro tiempo el verla, nos vamos á Ocaña, y desde allí al Quintanar de la Orden, que es mi patria. Viendo la peregrina el designio del viaje que habia hecho Antonio, dijo que ella queria seguir el suyo, que le venia mas á cuento: la hermosa Ricla le dió dos monedas de oro en limosna, y la peregrina se despidió de todos cortés y agradecida. Nuestros peregrinos pasaron por Aranjuez, cuya vista por ser en tiempo de primavera, en un mismo punto les puso la admiracion y la alegria: vieron iguales y estendidas calles, á quien servian de espaldas y arrimos los verdes é infinitos árboles, tan verdes, que las hacian parecer de finísimas esmeraldas; vieron la junta.

los besos y abrazos que se daban los dos famosos rios Xarama y Tajo: contemplaron sus sierras de agua; admiraron el concierto de sus jardines y de la diversidad de sus flores; vieron sus estanques con mas peces que arenas, y sus esquisitos frutales que por aliviar el peso á los árboles tendian las ramas por el suelo; finalmente, Periandro tuvo por verdadera la fama que de este sitio por todo el mundo se esparcia: desde allí fueron á la villa de Ocaña, donde supo Antonio que sus padres vivian, y se informó de otras cosas que le alegraron, como luego se dirá.

CAPITULO IX.

Con los aires de su patria se regocijaron los espíritus de Antonio : y con el visitar á nuestra Señora de la Esperanza, á todos se les alegró el alma : Ricla y sus dos hijos se alborozaron con el pensamiento de que habian de ver presto, ella á sus suegros, y ellos á sus abuelos, de quien ya se habia informado Antonio que vivian á pesar del sentimiento que la ausencia de su hijo les habia causado ; supo

asimismo como su contrario habia heredado el estado de su padre, y que habia muerto en amistad de su padre de Antonio. á causa que con infinitas pruebas, nacidas de la intrincada seta del duelo, se habia averiguado que no fue afrenta la que Antonio le hizo, porque las palabras que en la pendencia pasaron, fueron con la espada desnuda, y la luz de las armas quita la fuerza á las palabras, y las que se dicen con las espadas desnudas no afrentan, puesto que agravian: y así, el que quiere tomar venganza de ellas, no se ha de entender que satisface su afrenta, sino que castiga su agravio, como se mostrará en este ejemplo. Presupongamos que yo digo una verdad manifiesta: respóndeme un desalumbrado que miento y mentiré todas las veces que lo dijere, y poniendo mano á la espada sustenta aquella desmentida; yo, que soy el desmentido, no tengo necesidad de

volver por la verdad que dije, la cual no puede ser desmentida en ninguna manera; pero tengo necesidad de castigar el poco respeto que se me tuvo: de modo, que el desmentido de esta suerte puede entrar en campo con otro sin que se le oponga por objecion que está afrentado, y que no puede entrar en campo con nadie hasta que se satisfaga; porque como tengo dicho, es grande la diferencia que hay entre agravio y afrenta. En efecto, digo que supo Antonio la amistad de su padre y de su contrario, y que pues ellos habian sido amigos, se habria bien mirado su causa: con estas buenas nuevas, con mas sosiego y mas contento se puso otro dia en camino con sus camaradas, á quien contó todo aquello que de su negocio sabia, y que un hermano del que pensó ser su enemigo le habia heredado y quedado en la misma amistad con su padre que su hermano el

muerto. Fue parecer de Antonio que ninguno saliese de su órden, porque pensaba darse á conocer á su padre, no de improviso, sino por algun rodeo que le aumentase el contento de haberle conocido, advirtiendo que tal vez mata una súbita alegría, como suele matar un improviso pesar.

De allí á tres dias llegaron al crepúsculo de la noche a su lugar y á la casa de su padre, el cual con su madre, segun despues pareció, estaba sentado á la puerta de la calle tomando, como dicen, el fresco, por ser el tiempo de los calurosos del verano; llegaron todos juntos, y el primero que habló fue Antonio á su mismo padre: ¿Hay por ventura, señor, en este lugar hospital de peregrinos? Segun es cristiana la gente que le habita, respondió su padre, todas las casas de él son hospital de peregrinos, y cuando otra no hubiera, esta mia segun su ca

pacidad sirviera por todas: prendas tengo yo por esos mundos adelante que no sé si andarán agora buscando quien las acoja. ¿Por ventura, señor, replicó Antonio, este lugar no se llama el Quintanar de la Orden, y en él no vive un apellido de unos hidalgos que se llaman Villaseñores? Dígolo porque he conocido yo un tal Villaseñor bien lejos de esta tierra, que si él estuviera en esta no nos faltara posada á mí ni á mis camaradas. ¿Y como se llamaba, hijo, dijo su madre, ese Villaseñor que decis? Llamábase Antonio, replicó Antonio; y su padre, segun me acuerdo, me dijo que se llamaba Diego de Villaseñor. ¡Ay señor! dijo la madre levantándose de donde estaba, que ese Antonio es mi hijo, que por cierta desgracia ha al pie de diez y seis años que falta de esta tierra; comprado le tengo á lagrimas, pesado á suspiros, y grangeado con ora

ciones: plegue á Dios que mis ojos lo vean, antes que les cubra la noche de la eterna sombra. Decidme, hijo, ¿ha mucho que le vistes, ha mucho que le dejastes, tiene salud, piensa volver á su patria, acuérdase de sus padres á quien podrá venir á ver, pues no hay enemigos que se lo impidan, que ya no son sino amigos los que le hicieron desterrar de su tierra? Todas estas razones escuchaba el anciano padre de Antonio, y llamando á grandes voces á sus criados, les mandó encender luces y que metiesen dentro de casa á aquellos honrados peregrinos, y llegándose á su no conocido hijo, le abrazó estrechamente diciéndole: Por vos solo, señor, sin que otras nuevas os hiciesen el aposento, os le diera yo en mi casa, llevado de la costumbre que tengo de agasajar en ella a todos cuantos peregrinos por aqui pasan: pero agora con las regocijadas nue-

vas que me habeis dado ensancharé la voluntad, y sobrepujarán los servicios que os hiciere á mis mismas fuerzas.

En esto ya los sirvientes habian encendido luces y guiado los peregrinos dentro de la casa; y en mitad de un gran patio que tenia, salieron dos hermosas y honestas doncellas hermanas de Antonio, que habian nacido despues de su ausencia; las cuales viendo la hermosura de Auristela y la gallardia de Constanza su sobrina, con el buen parecer de Ricla su cuñada, no se hartaban de besarlas y de bendecirlas; y cuando esperaban que sus padres entrasen dentro de casa con el nuevo huésped, vieron entrar con ellos un confuso monton de gente que traian en hombros sobre una silla sentado un hombre como muerto, que luego supieron ser el Conde que habia heredado al enemigo que solia ser de su hermano. El alboroto de la gente, la con-

fusion de sus padres, el cuidado de recibir los nuevos huéspedes, las turbó de manera, que no sabian á quien acudir, ni á quien preguntar la causa de aquel alboroto: los padres de Antonio acudieron al Conde, herido de una bala por las espaldas, que en una revuelta que dos compañías de soldados que estaban en el pueblo alojadas habian tenido con los del lugar, le habia pasado por las espaldas el pecho, el cual viéndose herido, mandó á sus criados que le trajesen en casa de Diego Villaseñor, su amigo; y el traerle fue al tiempo que comenzaba á hospedar á su hijo, á su nuera y á sus dos nietos, y á Periandro y á Auristela, la cual asiendo de las manos a las hermanas de Antonio, les pidio que la quitasen de aquella confusion y la llevasen á algun aposento donde nadie la viese: hiciéronlo ellas así, siempre admirándose de nuevo de la sin par

belleza de Auristela. Constanza, á quien la sangre del parentesco bullia en el alma, ni queria ni podia apartarse de sus tias, que todas eran de una misma edad y casi de una igual hermosura: lo mismo le aconteció al mancebo Antonio, el cual olvidado de los respetos de la buena crianza, y de la obligacion del hospedaje, se atrevió honesto y regocijado á abrazar á una de sus tias; viendo lo cual un criado de casa, le dijo: Por vida del señor peregrino, que tenga quedas las manos, que el señor de esta casa no es hombre de burlas, sino, á fe que se las haga tener quedas á despecho de su desvergonzado atrevimiento. Por Dios, hermano, respondió Antonio, que es muy poco lo que he hecho, para lo que pienso hacer si el Cielo favorece mis deseos, que no son otros que servir á estas señoras y á todos los de esta casa. Ya en esto habian acomodado al Conde herido en un rico

lecho, y llamado á dos cirujanos que le tomasen la sangre y mirasen la herida, los cuales declararon ser mortal sin que por via humana tuviese remedio alguno.

Estaba todo el pueblo puesto en arma contra los soldados, que en escuadron formado se habian salido al campo, y esperaban, si fuesen acometidos del pueblo, darles la batalla: valia poco para ponerlos en paz, la solicitud y la prudencia de los capitanes, ni la diligencia cristiana de los sacerdotes y religiosos del pueblo, el cual por la mayor parte se alborota de livianas ocasiones, y crece bien así como van creciendo las olas del mar de blando viento movidas, hasta que tomando el Regañon el blando soplo del céfiro, le mezcla con su huracan, y las levanta al cielo, el cual dándose priesa a entrar el dia, la prudencia de los capitanes hizo marchar á sus soldados á otra parte, y los del pueblo se quedaron en

sus límites, á pesar del rigor y mal ánimo que contra los soldados tenian concebido. En fin, por términos y pausas espaciosas, con sobresaltos agudos, poco á poco vino Antonio á descubrirse á sus padres, haciéndoles presente de sus nietos y de su nuera, cuya presencia sacó lágrimas de los ojos de los viejos: la belleza de Auristela y gallardía de Periandro les sacó el pasmo al rostro, y la admiracion á todos los sentidos. Este placer tan grande como improviso, esta llegada de sus hijos tan no esperada, se le aguó, turbó y casi deshizo la desgracia del Conde, que por momentos iba empeorando: con todo eso, le hizo presente de sus hijos, y de nuevo le hizo ofrecimiento de su casa y de cuanto en ella habia que para su salud fuese conveniente, porque aunque quisiera moverse y llevarle á la de su estado no fuera posible: tales eran las pocas esperanzas que

tenian de su salud. No se quitaban de la cabecera del Conde, obligadas de su natural condicion, Auristela y Constanza, que con la compasion cristiana y solicitud posible eran sus enfermeras, puesto que iban contra el parecer de los cirujanos, que ordenaban le dejasen solo, ó á lo menos no acompañado de mugeres; pero la disposicion del Cielo, que con causas á nosotros secretas ordena y dispone las cosas de la tierra, ordenó y quiso que el Conde llegase al último de su vida; y un dia antes que de ella se despidiese, cierto ya de que no podia vivir, llamó á Diego de Villaseñor, y quedándose con él solo, le dijo de esta manera: Yo salí de mi casa con intencion de ir á Roma este año, en el cual el sumo Pontífice ha abierto las arcas del tesoro de la Iglesia, y comunicádonos como en año santo las infinitas gracias que en el suelen ganarse: iba á la ligera, mas co

mo peregrino pobre, que como caballero rico: en este pueblo hallé trabada una pendencia, como ya señor habeis visto, entre los soldados que en él estaban alojados y entre los vecinos de ella; mezcléme en ella, y por reparar las agenas vidas he venido á perder la mia, porque esta herida que á traicion, si así se puede decir, me dieron, me la va quitando por momentos: no sé quien me la dió, porque las pendencias del vulgo traen consigo á la misma confusion; no me pesa de mi muerte, sino es por las que ha de costar si por justicia ó por venganza quisiere castigarse. Con todo esto, por hacer lo que en mi es, y todo aquello que de mi parte puedo como caballero y cristiano, digo que perdono á mi matador y á todos aquellos que con el tuvieron culpa; y es mi voluntad asimismo de mostrar que soy agradecido al bien que en vuestra casa me habeis he-

cho; y la muestra que he de dar de este agradecimiento, no será asi como quiera, sino con el mas alto estremo que pueda imaginarse: en esos dos baules que ahi están, donde llevo recogida mi recámara, creo que van hasta veinte mil ducados en oro y en joyas, que no ocupan mucho lugar: y si como esta cantidad es poca, fuera la grande que encierran las entrañas de Potosi, hiciera de ella lo mismo que de esta hacer quiero: tomadla, señor en vida, ó haced que la tome la señora doña Constanza, vuestra nieta, que yo se la doy en arras y para su dote, y mas que la pienso dar esposo de mi mano, tal que aunque presto que de viuda, quede viuda honradísima, juntamente con quedar doncella honrada: llamadla aqui, y traed quien me despose con ella, que su valor, su cristiandad, su hermosura merecian hacerla señora del universo. No os admire, se

ñor, lo que ois; creed lo que os digo, que no será novedad disparatada casarse un título con una doncella hijadalgo, en quien concurren todas las virtuosas partes que pueden hacer á una muger famosa: esto quiere el Cielo, á esto me inclina mi voluntad; por lo que debeis al ser discreto, que no lo estorbe la vuestra; id luego, y sin replicar palabra traed quien me despose con vuestra nieta, y quien haga las escrituras tan firmes, así de la entrega de estas joyas y dineros, y de la mano que de esposo la he de dar, que no haya calumnia que la deshaga.

Pasmóse á estas razones Villaseñor, y creyó sin duda alguna que el Conde habia perdido el juicio, y que la hora de su muerte era llegada; pues en tal punto por la mayor parte, ó se dicen grandes sentencias, ó se hacen grandes disparates; y así lo que le respondió fue:

Señor, yo espero en Dios que tendréis salud, y entonces con ojos mas claros, y sin que algun dolor os turbe los sentidos, podréis ver las riquezas que dais, y la muger que escogeis: mi nieta no es vuestra igual, ó à lo menos no está en potencia propincua, sino muy remota, de merecer ser vuestra esposa; y yo no soy tan codicioso que quiera comprar esta honra que quereis hacerme, con lo que dirá el vulgo casi siempre mal intencionado, del cual ya me parece que dice que os tuve en mi casa, que os trastorné el sentido, y que por via de la solicitud codiciosa os hice hacer esto. Diga lo que quisiere, dijo el Conde, que si el vulgo siempre se engaña, tambien quedará engañado en lo que de vos pensare. Alto pues, dijo Villaseñor; no quiero ser tan ignorante que no quiera abrir à la buena suerte, que está llamando à las puertas de mi casa: y con esto salió del

aposento, y comunicó lo que el Conde le habia dicho con su muger, con sus nietos y con Periandro y Auristela, los cuales fueron de parecer que sin perder punto asiesen á la ocasion por los cabellos que les ofrecia, y trajesen quien llevase al cabo aquel negocio. Hizose así, y en menos de dos horas ya estaba Constanza desposada con el Conde y los dineros y joyas en su posesion, con todas las circunstancias y revalidaciones que fueron posible hacerse: no hubo músicas en el desposorio, sino llantos y gemidos, porque la vida del Conde se iba acabando por momentos. Finalmente, otro dia despues del desposorio, recibidos todos los sacramentos, murió el Conde en los brazos de su esposa la condesa Constanza, la cual cubriéndose la cabeza con un velo negro, hincada de rodillas, y levantando los ojos al Cielo, comenzó á decir: Yo hago voto; pero

apenas dijo esta palabra, cuando Auristela le dijo: ¿Que voto quereis hacer, señora? De ser monja, respondió la Condesa. Sedlo, y no le hagais, replicó Auristela; que las obras de servir á Dios no han de ser precipitadas, ni que parezcan que las mueven accidentes; y este de la muerte de vuestro esposo quizá os hará prometer lo que despues ó no podréis, ó no querréis cumplir: dejad en las manos de Dios y en las vuestras vuestra voluntad, que así vuestra discrecion como la de vuestros padres y hermanos os sabrá aconsejar y encaminar en lo que mejor os estuviere; y dése agora órden de enterrar vuestro marido, y confiad en Dios, que quien os hizo condesa tan sin pensarlo, os sabrá y querrá dar otro título que os honre y os engrandezca con mas duracion que el presente.

Rindióse á este parecer la Condesa, y dando trazas al entierro del Conde, lle

gó un su hermano menor, á quien ya habian ido las nuevas á Salamanca, donde estudiaba: lloró la muerte de su hermano, pero enjugóle presto las lágrimas el gusto de la herencia del Estado; supo el hecho, abrazó á su cuñada no contradijo á ninguna cosa; depositó á su hermano para llevarle despues á su lugar; partióse á la Corte para pedir justicia contra los matadores; anduvo el pleito, degollaron á los capitanes, y castigaron muchos de los del pueblo; quedóse Constanza con las arras y el título de condesa; apercibióse Periandro para seguir su viaje, á quien no quisieron acompañar Antonio el padre, ni Ricla su muger, cansados de tantas peregrinaciones, que no cansaron á Antonio el hijo ni á la nueva Condesa, que no fue posible dejar la compañía de Auristela ni de Periandro. A todo esto nunca habia mostrado á su abuelo el lienzo donde venia pinta-

da su historia; enseñósele un dia Antonio, y dijo que faltaba allí de pintar los pasos por donde Auristela habia venido á la isla Bárbara, cuando se vieron ella y Periandro en los trocados trages, ella en el de varon, y él en el de hembra: metamórfosis bien estraño. A lo que Auristela dijo que en pocas razones lo diria, que fue que cuando la robaron los piratas de las riberas de Dinamarca á ella, Cloelia y á las dos pescadoras, vinieron á una isla despoblada á repartir la presa entre ellos, y no pudiéndose hacer el repartimiento con igualdad, uno de los mas principales se contentó con que por su parte le diesen mi persona, y aun añadió dádivas para igualar la demasia: entré en su poder sola, sin tener quien en mi desventura me acompañase, que de las miserias suele ser alivio la compañia: este me vistió en hábitos de varon, temeroso que en los de muger

no me solicitase el viento. Muchos dias anduve con él peregrinando por diversas partes, y sirviéndole en todo aquello que á mi honestidad no ofendia: finalmente, un dia llegamos á la isla Bárbara, donde de improviso fuimos presos de los Bárbaros, y él quedó muerto en la refriega de mi prision, y yo fui traida á la cueva de los prisioneros, donde hallé á mi amada Cloelia, que por otros no menos desventurados pasos allí habia sido traida; la cual me contó la condicion de los Bárbaros, la vana supersticion que guardaban, y el asunto ridículo y falso de su profecía: díjome asimismo que tenia barruntos de que mi hermano Periandro habia estado en aquella sima, á quien no habia podido hablar por la priesa que los Bárbaros se daban a sacarle para ponerle en el sacrificio, y que habia querido acompañarle para certificarse de la verdad, pues se hallaba en

hábitos de hombre, y que así rompiendo por las persuasiones de Cloelia, que se lo estorbaban, salió con su intento, y se entregó de toda su voluntad para ser sacrificada de los Bárbaros, persuadiéndose ser bien de una vez acabar la vida, que no de tantas gustar la muerte con traerla á peligro de perderla por momentos; y que no tenia mas que decir, pues sabian lo que desde aquel punto le habia sucedido.

Bien quisiera el anciano Villaseñor que todo esto se añadiera al lienzo: pero todos fueron de parecer que no solamente no se añadiese, sino que aun lo pintado se borrase, porque tan grandes y tan no vistas cosas no eran para andar en lienzos débiles, sino en láminas de bronce escritas, y en las memorias de las gentes grabadas. Con todo eso, quiso Villaseñor quedarse con el lienzo, si quiera por ver los bien sacados retratos

de sus nietos y la singular hermosura y gallardia de Auristela y Periandro. Algunos dias se pasaron poniendo en órden su partida para Roma, deseosos de ver cumplidos los votos de su promesa. Quedóse Antonio el padre, y no quiso quedarse Antonio el hijo, ni menos la nueva Condesa, que como queda dicho, la aficion que á Auristela tenia, la llevara no solamente á Roma, sino al otro mundo si para allá se pudiera hacer viaje en compañia: llegóse el dia de la partida, donde hubo tiernas lágrimas y apretados abrazos y dolientes suspiros, especialmente de Ricla, que en ver partir á sus hijos se le partia el alma: echóles su bendicion su abuelo á todos, que la bendicion de los ancianos parece que tiene prerogativa de mejorar los sucesos; llevaron consigo á uno de los criados de casa, para que los sirviese en el camino; y puestos en él, dejaron sole

dades en su casa y padres, y en compañía entre alegre y triste siguieron su viaje.







CAPITULO

Las peregrinaciones largas siempre traen consigo diversos acontecimientos, y como la diversidad se compone de cosas diferentes, es forzoso que los casos lo sean: bien nos lo muestra esta historia, cuyos acontecimientos nos cortan su hilo, poniéndonos en duda donde será bien anudarle, porque no todas las cosas que suceden son buenas para contadas, y

podrian pasar sin serlo y sin quedar menoscabada la historia : acciones hay que por grandes deben callarse , y otras que por bajas no deben decirse , puesto que es escelencia de la historia que cualquiera cosa que en ella se escriba , puede pasar al sabor de la verdad que trae consigo , lo que no tiene la fábula , á quien conviene guisar sus acciones con tanta puntualidad y gusto , y con tanta verisimilitud , que á despecho y pesar de la mentira , que hace disonancia en el entendimiento , forme una verdadera armonía. Aprovechándome pues de esta verdad , digo que el hermoso escuadron de los peregrinos , prosiguiendo su viaje, llegó á un lugar no muy pequeño ni muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo, y en mitad de la plaza de él , por quien forzosamente habian de pasar , vieron mucha gente junta , todos atentos , mirando y escuchando á dos mancebos que

en trage de recien rescatados de cautivos, estaban declarando las figuras de un pintado lienzo que tenian tendido en el suelo: parecia que se habian descargado de dos pesadas cadenas que tenian junto á sí, insignias y relatoras de su pesada desventura; y uno de ellos, que debia de ser de hasta veinte y cuatro años, con voz clara y en todo estremo esperta lengua, crugiendo de cuando en cuando un corbacho, ó por mejor decir, azote, que en la mano tenia, le sacudia de manera que penetraba los oidos y ponia los estallidos en el cielo, bien así como hace el cochero que castigando ó amenazando sus caballos, hace resonar su látigo por los aires. Entre los que la larga plática escuchaban, estaban los dos Alcaldes del pueblo, ambos ancianos, pero no tanto el uno como el otro. Por donde comenzó su arenga el libre cautivo, fue diciendo: Esta, señores, que aqui veis pintada,

es la ciudad de Argel, gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, puerto universal de corsarios, y amparo y refugio de ladrones, que de este pequeñuelo puerto que aquí va pintado, salen con sus bejeles á inquietar el mundo, pues se atreven á pasar el *plus ultra* de las colunas de Hércules, y á cometer y robar las apartadas islas, que por estar rodeadas del inmenso mar Océano, pensaban estar seguras, á lo menos de los bajeles turquescos: este bajel que aquí veis reducido á pequeño, porque lo pide así la pintura, es una galeota de veinte y dos bancos, cuyo dueño y capitan es el turco que en la crujía va en pie con un brazo en la mano, que cortó á aquel cristiano que allí veis, para que les sirva de rebenque ó azote á los demas cristianos que van amarrados á sus bancos, temeroso no le alcancen estas cuatro galeras que aquí veis, que le van entran-

do y dando caza : aquel cautivo primero del primer banco , cuyo rostro le desfigura la sangre que se le ha pegado de los golpes del brazo muerto , soy yo , que servia de espalder en esta galeota , y el otro que está junto á mí , es este mi compañero , no tan sangriento , porque fue menos apaleado : escuchad , señores , y estad atentos , quizá la aprehension de este lastimero cuento os llevará á los oidos las amenazadoras y vituperosas voces que ha dado este perro de Dragut , que asi se llamaba el arraez de la galeota , corsario tan famoso como cruel , y tan cruel como Faláris , ó Busíris tirano de Sicilia : á lo menos á mí me suena agora el rospin , el manahora y el denimanioz, que con coraje endiablado va diciendo ; que todas estas son palabras y razones turquesas , encaminadas á la deshonra y vituperio de los cautivos cristianos , llámanlos de judios , hombres de poco va-

lor, de fe negra y de pensamientos viles; y para mayor horror y espanto, con los brazos muertos azotan los cuerpos vivos.

Parece ser que uno de los dos Alcaldes habia estado cautivo en Argel mucho tiempo, el cual con baja voz dijo á su compañero: Este cautivo hasta ahora parece que va diciendo verdad, y que en lo general no es cautivo falso; pero yo le examinaré en lo particular y verémos como da la cuerda, porque quiero que sepais que yo iba dentro de esta galeota, y no me acuerdo de haberle conocido por espalder de ella, sino fue á un Alonso Moclin, natural de Velezmálaga: y volviéndose al cautivo, le dijo: Decidme, amigo, ¿cuyas eran las galeras que os daban caza, y si conseguisteis por ellas la libertad deseada? Las galeras, respondió el cautivo, eran de don Sancho de Leyva; la libertad no la conseguimos, porque no nos alcanzaron; tuvimosla des-

pues, porque nos alzamos con una galeota que desde Sargel iba á Argel cargada de trigo, venimos á Oran con ella y desde allí á Málaga, de donde mi compañero y yo nos pusimos en camino de Italia, con intencion de servir á su Magestad, que Dios guarde, en el ejercicio de la guerra. Decidme, amigos, replicó el Alcalde, ¿cautivastes juntos, lleváronos á Argel del primer boleo ó á otra parte de Berberia? No cautivamos juntos, respondió el otro cautivo, porque yo cautivé junto á Alicante en un navío de lanas que pasaba á Génova: mi compañero en los Percheles de Málaga, adonde era pescador; conocimonos en Tetuan dentro de una mazmorra; hemos sido amigos y corrido una misma fortuna mucho tiempo; y para diez ó doce cuartos que apenas nos han ofrecido de limosna sobre el lienzo, mucho nos aprieta el señor Alcalde. No mucho, señor galan,

replicó el Alcalde, que aun no están dadas todas las vueltas de la mancuerda: escúcheme, y dígame: ¿cuantas puertas tiene Argel y cuantas fuentes, y cuantos pozos de agua dulce? La pregunta es boba, respondió el primer cautivo: tantas puertas tiene como tiene casas, y tantas fuentes que yo no las sé, y tantos pozos que no los he visto, y los trabajos que yo en él he pasado me han quitado la memoria de mí mismo; y si el señor Alcalde quiere ir contra la caridad cristiana, recogerémos los cuartos y alzarémos la tienda, y á Dios aho, que tan buen pan hacen aquí como en Francia. Entonces el Alcalde llamó á un hombre de los que estaban en el corro, que al parecer servia de pregonero en el lugar, y tal vez de verdugo, cuando se ofrecia, y díjole: Gil Berrueco, id á la plaza, y traedme aquí luego los primeros dos asnos que topáredes; que por vida del Rey nuestro

señor, que han de pasear las calles en ellos estos dos señores cautivos; que con tanta libertad quieren usurpar la limosna de los verdaderos pobres, contándonos mentiras y embelecos, estando sanos como una manzana, y con mas fuerzas para tomar una azada en la mano, que no un corbacho para dar estallidos en seco: yo he estado en Argel cinco años esclavo, y sé que no me dais señas de él en ninguna cosa de cuantas habeis dicho. ¡Cuerpo del mundo! respondió el cautivo; ¿es posible que ha de querer el señor Alcalde que seamos ricos de memoria, siendo tan pobres de dineros, y que por una niñería que no importa tres ardites, quiera quitar la honra á dos tan insignes estudiantes como nosotros, y juntamente quitar á su Majestad dos valientes soldados que íbamos á esas Italias y á esos Flándes, á romper, á destrozar, á herir y á matar los enemigos de la santa fe católica que

topáramos; porque si va á decir verdad, que en fin es hija de Dios, quiero que sepa el señor Alcalde que nosotros no somos cautivos, sino estudiantes de Salamanca, y en la mitad y en lo mejor de nuestros estudios nos vino gana de ver mundo, y de saber á que sabia la vida de la guerra, como sabiamos el gusto de la vida de la paz; para facilitar y poner en obra este deseo, acertaron á pasar por allí unos cautivos que tambien lo debian de ser falsos, como nosotros ahora: les compramos este lienzo, y nos informamos de algunas cosas de las de Argel que nos pareció ser bastantes y necesarias para acreditar nuestro embeleco; vendimos nuestros libros y nuestras alhajas á menosprecio, y cargados con esta mercadería hemos llegado hasta aquí; pensamos pasar adelante, si es que el señor Alcalde no manda otra cosa. Lo que pienso hacer es, replicó el Alcalde, daros á cada

uno cien azotes, y en lugar de la pica que vais á arrastrar en Flándes, poneros un remo en las manos, que le cimbreis en el agua, en las galeras, con quien quizá haréis mas servicio á su Majestad, que con la pica. Querráse, replicó el mozo hablador, mostrar ahora el señor Alcalde un legislador de Aténas, y que la rigurida de su oficio llegue á los oidos de los señores del Consejo, donde acreditándole con ellos, le tengan por severo y justiciero y le cometan negocios de importancia donde muestre su severidad y su justicia: pues sepa el señor Alcalde, que *summum jus summa injuria*. Mirad como hablais, hermano, replicó el segundo Alcalde, que aqui no hay justicia con lujuria: que todos los Alcaldes de este lugar han sido, son y serán limpios y castos como el pelo de la masa: y hablad menos, que os será sano.

Volvió en esto el pregonero, y dijo: Se-

ñor alcalde, yo no he topado en la plaza asnos ningunos, sino á los dos regidores Berrueco y Crespo, que andan en ella paseándose. Por asnos os envié yo, majadero, que no por regidores; pero volved y traedlos acá por sí ó por no, que se hallen presentes al pronunciar de esta sentencia que ha de ser sin embargo, y no ha de quedar por falta de asnos, que gracias sean dadas al Cielo, hartos hay en este lugar. No le tendrá vuesa merced, señor Alcalde, en el Cielo, replicó el mozo, si pasa adelante con esa riguridad: por quien Dios es que V. considere que no hemos robado tanto, que podemos dar á censo ni fundar ningun mayorazgo: apenas grangeamos el mísero sustento con nuestra industria, que no deja de ser trabajosa, como lo es la de los oficiales y jornaleros; nuestros padres no nos enseñaron oficio alguno, y asi nos es forzoso que remitamos á la industria lo

que habíamos de remitir á las manos si tuviéramos oficio: castiguense los que cohechan, los escaladores de casas, los salteadores de caminos, los testigos falsos por dineros, los mal entretenidos en la república, los ociosos y baldios en ella, que no sirven de otra cosa que de acrecentar el número de los perdidos; y dejen á los miseros que van su camino derecho á servir á su Majestad con la fuerza de sus brazos y con la agudeza de sus ingenios, porque no hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra; ninguno salió de estudiante para soldado que no lo fuese por estremo, porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio, y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta, y la república se engrandece. Admirado estaba Periandro y todos

los mas de los circunstantes, así de las razones del mozo, como de la velocidad con que hablaba; el cual prosiguiendo, dijo: Espúlgaenos el señor Alcalde; mírenos, y remírenos, y haga escrutinio de las costuras de nuestros vestidos; y si en todo nuestro poder hallare seis reales, no solo nos mande dar ciento, sino seis cuentos de azotes; veamos pues, si la adquisicion de tan pequeña cantidad de interés merece ser castigada con afrentas y martirizada con galeras; y así otra vez digo que el señor Alcalde se remire en esto, no se arroje y precipite apasionadamente á hacer lo que despues de hecho quizá le causará pesadumbre; los jueces discretos castigan, pero no toman venganza de los delitos; los prudentes y los piadosos mezclan la equidad con la justicia, y entre el rigor y la clemencia dan luz de su buen entendimiento. Por Dios, dijo el segundo Alcalde, que este mancebo ha habla-

do bien, aunque ha hablado mucho, y que no solamente no tengo de consentir que los azoten, sino que los tengo de llevar a mi casa y ayudarles para su camino, con condicion que le lleven derecho, sin andar surcando la tierra de una en otras partes, porque si asi lo hiciesen, mas parecerian viciosos que necesitados.

Ya el primer Alcalde, manso y piadoso, blando y compasivo, dijo: No quiero que vayan á vuestra casa, sino á la mia, donde les quiero dar una leccion de las cosas de Argel, tal, que de aqui adelante ninguno les coja en mal latin en cuanto á su fingida historia: los cautivos se lo agradecieron, los circunstantes alabaron su honrada determinacion, y los peregrinos recibieron contento del buen despacho del negocio. Volvióse el primer Alcalde á Periandro y dijo: ¿Vosotros, señores peregrinos, traeis algun lienzo que enseñarnos? traeis otra his-

toria que hacernos creer por verdadera, aunque la haya compuesto la misma mentira? No respondió nada Periandro, porque vió que Antonio sacaba del seno las patentes, licencias y despachos que llevaban para seguir su viaje, el cual los puso en manos del Alcalde, diciéndole: Por estos papeles podrá ver vuesa merced quien somos y adonde vamos, los cuales no era menester presentallos, porque ni pedimos limosna, ni tenemos necesidad de pedilla; y así, como á caminantes libres nos podian dejar pasar libremente. Tomó el Alcalde los papeles, y porque no sabia leer se los dió á su compañero, que tampoco lo sabia; y así pararon en manos del escribano, que pasando los ojos por ellos, brevemente se los volvió á Antonio, diciendo: Aquí, señores Alcaldes, tanto valor hay en la bondad de estos peregrinos, como hay grandeza en su hermosura; si aquí quisieren hacer no-

che, mi casa les servirá de meson y mi voluntad de alcázar donde se recojan. Volvióle las gracias Periandro; quedáronse allí aquella noche por ser algo tarde, donde fueron agasajados en casa del escribano con amor, con abundancia y con limpieza.

CAPITULO XI.

Llegóse el dia, y con él los agradecimientos del hospedaje, y puestos en camino, al salir del lugar toparon con los cautivos falsos que dijeron que iban industriados del Alcalde; de modo, que de alli adelante no los podian coger en mentira acerca de las cosas de Argel, que tal vez dijo el uno, digo, el que hablaba mas que el otro, tal vez dijo se hurta con autoridad y aprobacion de la justicia,

quiero decir, que alguna vez los malos ministros de ella se hacen á una con los delincuentes para que todos coman: llegaron todos juntos donde un camino se dividia en dos; los cautivos tomaron el de Cartagena, y los peregrinos el de Valencia. Otro dia al salir de la aurora, que por los balcones del oriente se asomaba, barriendo el cielo de las estrellas y aderezando el camino por donde el sol habia de hacer su acostumbrada carrera, Bartolomé, que así creo se llamaba el guiador del bagaje, viendo salir el sol tan alegre y regocijado, bordando las nubes de los cielos con diversas colores, de manera que no se podia ofrecer otra cosa mas alegre y mas hermosa á la vista, con rústica discrecion dijo: Verdad debió de decir el predicador que predicaba los dias pasados en nuestro pueblo, cuando dijo que los cielos y la tierra anunciaban y declaraban

las grandezas del Señor : par diez que sí yo no conociera á Dios , por lo que me han enseñado mis padres y los sacerdotes y ancianos de mi lugar , le viniera á rastrear y conocer viendo la inmensa grandeza de estos cielos , que me dicen que son muchos , ó á lo menos que llegan á once , y por la grandeza de este sol que nos alumbra , que con no parecer mayor que una rodela , es muchas veces mayor que toda la tierra , y mas que con ser tan grande , afirman que es tan ligero que camina en veinte y cuatro horas mas de trescientas mil leguas : la verdad que sea , yo no creo nada de esto , pero dícenlo tantos hombres de bien , que aunque hago fuerza al entendimiento , lo creo : pero de lo que mas me admiro es que debajo de nosotros hay otras gentes á quien llaman *antipodas* , sobre cuyas cabezas los que andamos acá arriba, traemos puestos los pies , cosa que me pare-

ce imposible, que para tan gran carga como la nuestra fuera menester que tuvieran ellos las cabezas de bronce. Rióse Periandro de la rústica astrología del mozo, y díjole: Buscar querria razones acomodadas, ó Bartolomé, para darte á entender el error en que estás y la verdadera postura del mundo, para lo cual era menester tomar muy de atrás sus principios; pero acomodándome con tu ingenio, habré de coartar el mio y decirte sola una cosa, y es que quiero que entiendas por verdad infalible que la tierra es centro del cielo; llamo centro un punto indivisible, á quien todas las líneas de su circunferencia van á parar: tampoco me parece que has de entender esto; y así, dejando estos términos, quiero que te contentes con saber que toda la tierra tiene por alto el cielo, y en cualquier parte de ella donde los hombres estén han de estar cubiertos con el cielo; as

que como á nosotros el cielo que ves nos cubre, asimismo cubre á los *antipodas* que dicen, sin estorbo alguno y como naturalmente lo ordenó la naturaleza, mayordoma del verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra. No se descontentó el mozo de oir las razones de Periandro, que tambien dieron gusto á Auristela, á la Condesa y á su hermano.

Con estas y otras cosas iba enseñando y entreteniendo el camino Periandro, cuando á sus espaldas llegó un carro acompañado de seis arcabuceros á pie, y uno que venia á caballo con una escopeta pendiente del arzon delantero, llegándose á Periandro, dijo: Si por ventura, señores peregrinos, llevais en ese repuesto alguna conserva de regalo, que yo creo que si debeis de llevar, porque vuestra gallarda presencia, mas de caballeros ricos que de pobres peregrinos os señala; si la llevais, dádmela para socor-

rer con ella á un desmayado muchacho que va en aquel carro, condenado á galeras por dos años, con otros doce soldados que por haberse hallado en la muerte de un Conde los dias pasados, van condenados al remo, y sus capitanes, por mas culpados, creo que están sentenciados á degollar en la Corte. No pudo tener á esta sazon las lágrimas la hermosa Constanza, porque en ella se le representó la muerte de su breve esposo: pero pudiendo mas su cristiandad que el deseo de su venganza, acudió al bagaje, y sacó una caja de conserva; y acudiendo al carro, preguntó: ¿Quien es aqui el desmayado? A lo que respondió uno de los soldados: Allí va echado en aquel rincon, untado el rostro con el sebo del timon del carro, porque no quiere que parezca hermosa la muerte cuando él se muera, que será bien presto segun está pertinaz en no querer comer bocado. A estas razones

alzó el rostro el untado mozo, y alzándose de la frente un roto sombrero que toda se la cubria, se mostró feo y sucio á los ojos de Constanza; y alargando la mano para tomar la caja, la tomó diciendo: Dios os lo pague, señora. Volvió á encajar el sombrero, y volvió á su melancolia y á arrinconarse en el rincon donde esperaba la muerte. Otras algunas razones pasaron los peregrinos con las guardas del carro, que se acabaron con apartarse por diferentes caminos.

De allí algunos dias llegó nuestro hermoso escuadron á un lugar de Moriscos que estaba puesto como una legua de la marina en el reino de Valencia; hallaron en el no meson en que albergarse, sino todas las casas del lugar con agradable hospicio los convidaban; viendo lo cual Antonio, dijo: Yo no sé quien dice mal de esta gente, que todos me parecen unos santos. Con palmas, dijo Periandro, re-

cibieron al Señor en Jerusalen los mismos que de allí á pocos dias le pusieron en una cruz; agora bien, á Dios y á la ventura, como decir se suele, aceptemos el convite que nos hace este buen viejo, que con su casa nos convida; y era así verdad, que un anciano morisco, casi por fuerza, asiéndolos por las esclavinas, los metió en su casa y dió muestras de agasajarlos, no morisca, sino cristianamente: salió á servirlos una hija suya, vestida en trage morisco, y en él tan hermosa, que las mas gallardas cristianas tuvieran á ventura el parecerla; que en las gracias que naturaleza reparte, tambien suele favorecer á las bárbaras de Citia, como á las ciudadanas de Toledo: esta pues hermosa y mora, en lengua aljamiada, asiendo á Constanza y á Auristela de las manos, se encerró con ellas en una sala baja, y estando solas, sin soltarles las manos, recatadamente miró á todas par-

tes, temerosa de ser escuchada; y despues que hubo asegurado el miedo que mostraba, las dijo: ¡Ay señoras! y como habeis venido como mansas y simples ovejas al matadero: ¿Veis este viejo que con vergüenza digo que es mi padre? véisle tan agasajador vuestro? Pues sabed que no pretende otra cosa sino ser vuestro verdugo: esta noche se han de llevar en peso, si asi se puede decir, diez y seis bajeles de corsarios berberiscos á toda la gente de este lugar con todas sus haciendas, sin dejar en él cosa que les mueva á volver á buscarlas; piensan estos desventurados que en Berberia está el gusto de sus cuerpos y la salvacion de sus almas, sin advertir que de muchos pueblos que allá se han pasado casi enteros, ninguno hay que dé otras nuevas, sino de arrepentimiento, el cual les viene juntamente con las quejas de su daño: los moros de Berberia pregonan glorias de aque-

lla tierra, al sabor de las cuales corren los Moriscos de esta, y dan en los lazos de su desventura. Si quereis estorbar la vuestra y conservar la libertad en que vuestros padres os engendraron, salid luego de esta casa y acogeos á la iglesia, que en ella hallaréis quien os ampare, que es el cura, que solo él y el escribano son en este lugar cristianos viejos: hallaréis tambien allí al jadraque Jarife, que es un tio mio, moro solo en el nombre, y en las obras cristiano; contadles lo que pasa, y decid que os lo dijo Rafala, que con esto seréis creidos y amparados; y no lo echeis en burla si no quereis que las veras os desengañen á vuestra costa, que no hay mayor engaño que venir el desengaño tarde.

El susto, las acciones con que Rafala esto decia, se asentó en las almas de Auristela y de Constanza, de manera que fue creida, y no le respondieron otra co

sa que fuese mas que agradecimientos. Llamaron luego á Periandro y á Antonio, y contándoles lo que pasaba, sin tomar ocasion aparente, se salieron de la casa con todo lo que tenian. A Bartolomé, que quisiera mas descansar que mudar de posada, pesóle de la mudanza, pero en efecto obedeció á sus señores: llegaron á la iglesia, donde fueron bien recibidos del cura y del jadraque, á quien contaron lo que Rafala les habia dicho. El cura dijo: Muchos dias ha, señores, que nos dan sobresalto con la venida de esos bajeles de Berberia, y aunque es costumbre suya hacer estas entradas, la tardanza de esta me tenia ya algo descuidado; entrad, hijos, que buena torre tenemos, y buenas y ferradas puertas la iglesia: que si no es muy de propósito no pueden ser derribadas ni abrasadas. Ay! dijo á esta sazon el jadraque; ¡si han de ver mis ojos, antes que se cierren, libre esta tierra de

estas espinas y malezas que la oprimen! Ay! cuando llegará el tiempo que tiene profetizado un abuelo mio, famoso en el astrología, donde se verá España de todas partes entera y maciza en la religion cristiana, que ella sola es el rincon del mundo, donde esta recogida y venerada la verdadera verdad de Cristo! Morisco soy, señores, ¡y ojalá que negarlo pudiera! pero no por esto dejo de ser cristiano, que las divinas gracias las da Dios á quien él es servido; el cual tiene por costumbre, como vosotros mejor sabeis, de hacer salir su sol sobre los buenos y los malos, y llover sobre los justos y los injustos. Digo pues, que este mi abuelo dejó dicho que cerca de estos tiempos reinaria en España un rey de la Casa de Austria, en cuyo ánimo cabria la dificultosa resolucion de desterrar los Moriscos de ella, bien así como el que arroja de su seno la serpiente que le está royendo

las entrañas, ó bien así como quien aparta la neguilla del trigo, ó escarda ó arranca la mala yerba de los sembrados: ven ya, ó venturoso mozo y rey prudente, y pon en ejecucion el gallardo decreto de este destierro, sin que se te oponga el temor que ha de quedar esta tierra desierta y sin gente, y el de que no será bien desterrar la que en efecto está en ella bautizada, que aunque estos sean temores de consideracion, el efecto de tan grande obra los hará vanos, mostrando la esperiencia dentro de poco tiempo, que con los nuevos cristianos viejos que esta tierra se poblare, se volverá á fertilizar y á poner en mucho mejor punto que agora tiene: tendrán sus señores, si no tantos y tan humildes vasallos, serán los que tuvieren católicos, con cuyo amparo estaran estos caminos seguros, y la paz podrá llevar en las manos las riquezas, sin que los salteadores

se las lleven. Esto dicho, cerraron bien las puertas, fortaleciéronlas con los bancos de los asientos, subiéronse á la torre, alzaron una escalera levadiza, llevóse el cura consigo el santísimo Sacramento en su relicario, proveyéronse de piedras, armaron dos escopetas, dejó el bagaje mondo y desnudo á la puerta de la iglesia Bartolomé el mozo, y encerróse con sus amos; y todos con ojo alerta y manos listas, y con ánimos determinados, estuvieron esperando el asalto, de quien avisados estaban por la hija del morisco.

Pasó la media noche, que la midió por las estrellas el cura; tendia los ojos por todo el mar que desde allí se parecia, y no habia nube que con la luz de la luna se pareciese, que no pensase sino que fuesen los bajeles turquescos, y aguijando á las campanas, comenzó á repicallas tan apriesa y tan recio, que todos aque-

llos valles y todas aquellas riberas retumbaban, á cuyo son los atajadores de aquellas marinas se juntaron y las corrieron todas; pero no aprovechó su diligencia para que los bajeles no llegasen á la ribera y echasen la gente en tierra. La del lugar que los esperaba salió cargada con sus mas ricas y mejores alhajas, adonde fueron recibidos de los turcos con grande grita y algazara al son de muchas dulzainas y de otros instrumentos, que puesto que eran bélicos, eran regocijados; pegaron fuego al lugar, y asimismo á las puertas de la iglesia, no por esperar entrarla, sino por hacer el mal que pudiesen: dejaron á Bartolomé á pie, porque le dejarretaron el bagaje, derribaron una cruz de piedra que estaba á la salida del pueblo, llamando á grandes voces el nombre de Mahoma; se entregaron á los turcos, ladrones pacíficos y deshonestos públicos; desde la lengua del agua, como

dicen, comenzaron á sentir la pobreza que les amenazaba su mudanza, y la deshonra en que ponian á sus mugeres y á sus hijos; muchas veces, y quizá algunas no en vano, dispararon Antonio y Periandro las escopetas, muchas piedras arrojó Bartolomé, y todas á la parte donde habia dejado el bagaje, y muchas flechas el jadraque; pero muchas mas lágrimas echaron Auristela y Constanza, pidiendo á Dios, que presente tenian, que de tan manifiesto peligro los librase; y ansimismo que no ofendiese el fuego á su templo, el cual no ardió, no por milagro, sino porque las puertas eran de hierro, y porque fue poco el fuego que se les aplicó. Poco faltaba para llegar el dia, cuando los bajeles cargados con la presa se hicieron al mar, alzando regocijados lilies, y tocando infinitos atabales y dulzainas; y en esto vieron venir dos personas corriendo hácia la

iglesia, la una de la parte de la marina, y la otra de la de la tierra, que llegando cerca conoció el jadraque que la una era su sobrina Rafala, que con una cruz de caña en las manos, venia diciendo á voces: Cristiana, cristiana, y libre, y libre por la gracia y misericordia de Dios. La otra conocieron ser el escribano, que acaso aquella noche estaba fuera del lugar, y al son del arma de las campanas venia á ver el suceso que lloró, no por la pérdida de sus hijos y de su muger, que allí no los tenia, sino por la de su casa que halló robada y abrasada. Dejaron entrar el dia y que los bajeles se alargasen y que los atajadores tuviesen lugar de asegurar la costa, y entonces bajaron de la torre y abrieron la iglesia, donde entró Rafala bañado con alegres lágrimas el rostro, y acrecentando con su sobresalto su hermosura; hizo oracion á las imágenes, y luego se abrazó con su

tio, besando primero las manos al cura: el escribano ni adoró, ni besó las manos á nadie, porque le tenia ocupada el alma el sentimiento de la pérdida de su hacienda. Pasó el sobresalto, volvieron los espíritus de los retraidos á su lugar, y el jadraque, cobrando aliento nuevo, volviendo á pensar en la profecia de su abuelo, casi como lleno de celestial espíritu, dijo: Ea, mancebo generoso, ea, rey invencible; atropella, rompe, desbarata todo género de inconveñientes, y déjanos á España tersa, limpia y desembarazada de esta mi mala casta, que tanto la asombra y menoscaba: ea, consejero tan prudente como ilustre, nuevo atlante del peso de esta Monarquia, ayuda y facilita con tus consejos á esta necesaria trasmigracion; llenense estos mares de tus galeras cargadas del inútil peso de la generacion agarena; vayan arrojadas á las contrarias riberas las zarzas, las malezas

y las otras yerbas que estorban el crecimiento de la fertilidad y abundancia cristiana. que si los pocos hebreos que pasaron á Egipto multiplicaron tanto que en su salida se contaron mas de seiscientas mil familias, ¿qué se podrá temer de estos que son mas y viven mas holgadamente? No las esquilman las religiones, no las entresacan las Indias, no las quintan las guerras; todos se casan, todos ó los mas engendran, de do se sigue y se infiere que su multiplicacion y aumento ha de ser innumerable. Ea pues, vuelvo á decir, vayan, vayan, señor, y deja la taza de tu reino resplandeciente como el sol y hermosa como el cielo. Dos dias estuvieron en aquel lugar los peregrinos, volviendo á enterarse en lo que les faltaba, y Bartolomé se acomodó de bagaje; los peregrinos agradecieron al cura su buen acogimiento y alabaron los buenos

pensamientos del jadraque: y abrazando á Rafala, se despidieron de todos y siguieron su camino.



CAPITULO XII.

En el cual se fueron entreteniendo en contar el pasado peligro, el buen ánimo del Xadraque, la valentía del Cura, el zelo de Rafala, de la cual se les olvidó de saber como se habia escapado del poder de los Turcos que asaltaron la tierra, aunque bien consideraron que con el alboroto ella se habria escondido en parte que tuviese lugar despues de volver á cumplir su deseo, que era de vivir y mo-

rir cristiana. Cerca de Valencia llegaron, en la cual no quisieron entrar por escusar las ocasiones del detenerse ; pero no faltó quien les dijo la grandeza de su sitio, la escelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, y finalmente todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades, no solo de España, sino de toda Europa; y principalmente les alabaron la hermosura de las mugeres y su estremada limpieza y graciosa lengua, con quien solo la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable: determinaron de alargar sus jornadas, aunque fuese á costa de su cansancio, por llegar á Barcelona, adonde tenian noticia habian de tocar unas galeras, en quien pensaban embarcarse, sin tocar en Francia, hasta Génova. Y al salir de Villareal, hermosa y amenisima villa, de través de entre una espesura de árboles les salió al encuentro una zagala

ó pastora valenciana, vestida á lo del campo, limpia como el sol y hermosa como él y como la luna; la cual en su graciosa lengua, sin hablarles alguna palabra primero, y sin hacerles ceremonia de comedimiento alguno, dijo: ¿Señores, pedirlos he, ó darlos he? A lo que respondió Periandro: Hermosa zagala, si son zelos, ni los pidas ni los dés, porque si los pides, menoscabas tu estimacion, y si los das, tu crédito: y si es que el que te ama tiene entendimiento, conociendo tu valor te estimará y querrá bien; y si no le tiene, ¿para que quieres que te quiera? Bien has dicho, respondió la villana; y diciendo á Dios, volvió las espaldas y se entró en la espesura de los árboles, dejándolos admirados con su pregunta, con su presteza y con su hermosura.

Otras algunas cosas les sucedieron en el camino de Barcelona, no de tanta importancia que merezcan escritura, si-

no fue el ver desde lejos las santísimas montañas de Monserrate, que adoraron con devocion cristiana, sin querer subir á ellas por no detenerse. Llegaron á Barcelona á tiempo cuando llegaban á su playa cuatro galeras españolas, que disparando y haciendo salva á la ciudad con gruesa artillería, arrojaron cuatro esquifes al agua, el uno de ellos adornado con ricas alcatifas de Levante y cojines de carmesí, en el cual venia, como despues pareció, una hermosa muger de poca edad, ricamente vestida, con otra señora anciana y dos doncellas hermosas y honestamente aderezadas. Salió infinita gente de la ciudad, como es costumbre, ansí á ver las galeras como á la gente que de ellas desembarcaba: y la curiosidad de nuestros peregrinos llegó tan cerca de los esquifes, que casi pudieran dar la mano á la dama que de ellos desembarcaba, la cual poniendo los ojos en todos, es-

pecialmente en Constanza, despues de haber desembarcado, dijo: Llegaos acá, hermosa peregrina, que os quiero llevar conmigo á la ciudad, donde pienso pagaros una deuda que os debo, de quien vos creo que teneis poca noticia: vengan asimismo vuestros camaradas, porque no ha de haber cosa que obligue á dejar tan buena compañía. La vuestra á lo que veo, respondió Constanza, es de tanta importancia que careceria de entendimiento quien no la aceptase; vamos donde quisiéredes que mis camaradas me seguirán, que no están acostumbrados á dejarme. Asió la señora de la mano á Constanza; y acompañada de muchos caballeros que salieron de la ciudad á recibirla, y de otra gente principal de las galeras, se encaminaron á la ciudad, en cuyo espacio de camino Constanza no quitaba los ojos de ella, sin poder reducir á la memoria haberla visto en tiempo alguno. Aposen-

taronla en una casa principal á ella y á las que con ella desembarcaron, y no fue posible que dejase ir á los peregrinos á otra parte, con los cuales así que tuvo comodidad para ello, pasó esta plática: Sacaros quiero, señores, de la admiracion en que sin duda os debe tener el ver que con particular cuidado procuro serviros; y asi os digo que á mi me llaman Ambrosia Agustina, cuyo naciamento fue en una ciudad de Aragon, y cuyo hermano es don Bernardo Agustin, cuatralvo de estas galeras que están en la playa. Contarino de Arbolanchez, caballero del hábito de Alcántara, en ausencia de mi hermano y á hurto del recato de mis parientes se enamoró de mí; y yo, llevada de mi estrella, ó por mejor decir de mi fácil condicion, viendo que no perdia nada en ello, con título de esposa le hice señor de mi persona y de mis pensamientos; y el mismo dia que le di

la mano, recibió él de la de S. M. una carta en que le mandaba viniese luego al punto á conducir un tercio que bajaba de Lombardía á Génova, de infantería española á la isla de Malta, sobre la cual se pensaba bajaba el Turco. Obedeció Contarino con tanta puntualidad lo que se le mandaba, que no quiso coger los frutos del matrimonio con sobresalto; y sin tener cuenta con mis lágrimas, el recibir la carta y el partirse todo fue uno: parecióme que el cielo se habia caido sobre mí, y que entre él y la tierra me habian apretado el corazon y cogido el alma.

Pocos dias pasaron, cuando añadiendo yo imaginaciones á imaginaciones, y deseos á deseos, vine á poner en efecto uno cuyo cumplimiento, asi como me quitó la honra por entonces, pudiera tambien quitarme la vida: ausentéme de mi casa sin sabiduría de ninguno de ella y en ha

bitos de hombre, que fueron los que tomé de un pajecillo; asenté por criado de un atambor de una compañía que estaba en un lugar, pienso que ocho leguas del mio; en pocos dias toqué la caja tan bien como mi amo, aprendí á ser chocarrero como lo son los que usan tal oficio; juntóse otra compañía con la nuestra, y ambas á dos se encaminaron á Cartagena á embarcarse en estas cuatro galeras de mi hermano, en las cuales fue mi designio pasar á Italia á buscar á mi esposo, de cuya noble condicion esperé que no afearia mi atrevimiento ni culparia mi deseo, el cual me tenia tan ciega que no reparé en el peligro á que me ponia de ser conocida si me embarcaba en las galeras de mi hermano; mas como los pechos enamorados no hay inconvenientes que no atropellen, ni dificultades por quien no rompan, ni temores que se les opongan; toda escabrosidad hice llana, ven-

ciendo miedos y esperando aun en la misma desesperacion: pero como los sucesos de las cosas hacen mudar los primeros intentos en ellas, el mio, mas mal pensado que fundado, me puso en el término que agora oiréis. Los soldados de las compañías de aquellos capitanes que os he dicho, trabaron una cruel pendencia con la gente de un pueblo de la Mancha sobre los alojamientos, de la cual salió herido de muerte un caballero que decian ser conde de no sé que estado: vino un pesquisidor de la Corte, prendió los capitanes, descarriáronse los soldados, y con todo eso prendió á algunos, y entre ellos á mi desdichada que ninguna culpa tenia: condenólos á galeras por dos años al remo, y á mi tambien como por añadidura me tocó la misma suerte: en vano me lamenté de mi desventura viendo cuan en vano se habian fabricado mis designios; quisiera darme la muerte, pe-

ro el temor de ir á otra peor vida me embotó el cuchillo en la mano, y me quitó la soga del cuello: lo que hice fue entodarme el rostro, afeándole cuanto pude, y encerréme en un carro donde nos metieron, con intencion de llorar tanto y de comer tan poco, que las lágrimas y la hambre hiciesen lo que la soga y el hierro no habian hecho. Llegamos á Cartagena, donde aun no habian llegado las galeras; pusiéronnos en la casa del Rey bien guardados, y allí estuvimos, no esperando, sino temiendo nuestra desgracia. No se, señores, si os acordaréis de un carro que topasteis junto á una venta, en el cual esta hermosa peregrina (señalando á Constanza) socorrió con una caja de conserva á un desmayado delincuente. Si acuerdo, respondió Constanza. Pues sabed que yo era, dijo la señora Ambrosia, el que socorristeis: por entre las esteras del carro os miré á todos, y me ad-

miré de todos, porque vuestra gallarda disposicion no puede dejar de admirar si se mira. En efecto, las galeras llegaron con la presa de un bergantin de Moros que las dos habian tomado en el camino: el mismo dia aherrojaron en ellas á los soldados, desnudándolos del trage que traian, y vistiéndoles el de remeros; trasformacion triste y dolorosa, pero llevadera; que la pena que no acaba la vida, la costumbre de padecerla la hace fácil: llegaron á mi para desnudarme; hizo el cómitre que me lavasen el rostro, porque yo no tenia aliento para levantar los brazos; miróme el barbero que limpia la chusma, y dijo: Pocas navajas gastaré yo con esta barba; no sé yo para que nos envian acá á este muchacho de alfeñique, como si fuesen nuestras galeras de melcocha y sus remeros de alcorza; ¿y que culpas cometiste tú, rapaz, que mereciesen esta pena? Sin duda alguna

creo que el randal y corriente de otros agenos delitos le han conducido á este término; y encaminando su plática al cómitre, le dijo: En verdad, patron, que me parece que seria bien dejar á que sirviese este muchacho en la popa á nuestro General con una manilla al pie, porque no vale para el remo dos ardites.

Estas pláticas y la consideracion de mi suceso, que parece que entonces se estremó en apretarme el alma, me apretó el corazon de manera que me desmayé y quedé como muerta: dicen que volvi en mi á cabo de cuatro horas, en el cual tiempo se me hicieron muchos remedios para que volviese; y lo que mas sintiera yo si tuviera sentido, fue que debieron de enterarse que yo no era varon, sino hembra. Volvi de mi parasismo, y lo primero con quien topó la vista fue con los rostros de mi hermano y de mi esposo, que entre sus brazos me tenian: no sé

yo como en aquel punto la sombra de la muerte no cubrió mis ojos: no sé yo como la lengua no se me pegó al paladar: solo sé que no supe lo que me dije, aun que sentí que mi hermano dijo: ¿Que trage es este, hermana mia? y mi esposo dijo: ¿Que mudanza es esta, mitad de mi alma? que si tu bondad no estuviera tan de parte de tu honra, yo hiciera luego que trocaras este trage con el de la mortaja. ¿Vuestra esposa es esta? dijo mi hermano á mi esposo: tan nuevo me parece este suceso, como me parece el de verla á ella en este trage. verdad es que si esto es verdad, bastante recompensa seria á la pena que me causa el ver asi á mi hermana. A este punto, habiendo yo recobrado en parte mis perdidos espiritus, me acuerdo que dije: Hermano mio, yo soy Ambrosia Agustina, tu hermana, y soy ansimismo la esposa del señor Contarino de Arbolanchez:

el amor y tu ausencia, ó hermano, me le dieron por marido, el cual sin gozarme me dejó; yo atrevida, arrojada y mal considerada, en este trage que me veis le vine á buscar; y con esto les conté toda la historia que de mi habeis oido; y mi suerte que por puntos se iba á mas andar mejorando, hizo que me diesen crédito y me tuviesen lastima: contáronme como á mi esposo le habian cautivado Moros con una de dos chalupas donde se habia embarcado para ir á Genova, y que el cobrar la libertad habia sido el dia antes al anochecer, sin que le diese lugar el tiempo de haberse visto con mi hermano sino al punto que me hallo desmayada. Suceso cuya novedad le podia quitar el crédito, pero todo es así como lo ha dicho: en estas galeras pasaba esta señora que viene conmigo y con estas sus dos nietas á Italia, donde su hijo en Sicilia tiene el Patrimonio Real á

su cargo: vistiéronme estos que traigo que son sus vestidos, y mi marido y mi hermano, alegres y contentos, nos han sacado hoy á tierra para espaciarnos y para que los muchos amigos que tienen en esta ciudad se alegren con ellos: si vosotros, señores, vais á Roma, yo haré que mi hermano os ponga en el mas cercano puerto de ella. La caja de conserva os la pagaré con llevaros en la mia hasta adonde mejor os este; y cuando yo no pasara á Italia, en fe de mi ruego os llevará mi hermano. Esta es, amigos mios, mi historia: si se os hiciere dura de creer, no me maravillaria, puesto que la verdad bien puede enfermar, pero no morir del todo; y pues que comunmente se dice que el creer es cortesía, en la vuestra, que debe de ser mucha, deposito mi crédito.

Aqui dió fin la hermosa Agustina á su razonamiento, y aqui comenzó la admi-

racion de los oyentes á subirse de punto; aquí comenzaron á desmenuzarse las circunstancias del caso, y tambien los abrazos de Constanza y Auristela que á la bella Ambrosia dieron, la cual por ser así voluntad de su marido, hubo de volverse á su tierra, porque por hermosa que sea, es embarazosa la compañía de la muger en la guerra. Aquella noche se alteró el mar de modo, que fue forzoso alargarse las galeras de la playa, que en aquella parte es de continuo mal segura: los corteses catalanes, gente enojada, terrible, pacífica, suave, gente que con facilidad da la vida por la honra, y por defenderlas entrambas se adelantan á sí mismos, que es como adelantarse á todas las naciones del mundo, visitaron y regalaron todo lo posible á la señora Ambrosia Agustina, á quien dieron las gracias despues que volvieron su hermano y su esposo. Auristela, escarmentada con

tantas esperiencias como habia hecho de las borrascas del mar, no quiso embarcarse en las galeras, sino irse por Francia, pues estaba pacífica. Ambrosia se volvió á Aragon, las galeras siguieron su viaje y los peregrinos el suyo, entrándose por Perpiñan en Francia.

—

CAPITULO XIII.

Por la parte de Perpiñan quiso tocar la primera de Francia nuestra escuadra, á quien dió que hablar el suceso de Ambrosia muchos dias, en la cual fueron disculpa sus pocos años de sus muchos yerros, y juntamente halló en el amor que á su esposo tenia, perdon de su atrevimiento: en fin, ella se volvió, como queda dicho, á su patria, las galeras siguieron su viaje, y el suyo nuestros pe-

regrinos ; los cuales llegando á Perpiñan, pararon en un meson, á cuya gran puerta estaba puesta una mesa y al rededor de ella mucha gente, mirando jugar á dos hombres á los dados, sin que otro alguno jugase. Parecióles á los peregrinos ser novedad que mirasen tantos y jugasen tan pocos; preguntó Periandro la causa, y fuéle respondido que de los que jugaban, el perdidoso perdia la libertad y se hacia prenda del Rey para bogar el remo seis meses; y el que ganaba, ganaba veinte ducados que los ministros del Rey habian dado al perdidoso, para que probase en el juego su ventura: uno de los dos que jugaban la probó, y no le supo bien, porque la perdió, y al momento le pusieron en una cadena, y al que la ganó le quitaron otra que para seguridad de que no huiria si perdia le tenian puesta: miserable juego y miserable suerte donde no son iguales la pérdida y la ganan

cia. Estando en esto vieron llegar al meson gran golpe de gente, entre la cual venia un hombre en cuerpo, de gentil parecer, rodeado de cinco ó seis criaturas de edad de cuatro á siete años; venia junto á él una muger amargamente llorando, con un lienzo de dineros en la mano, la cual con lastimada voz venia diciendo: Tomad, señores, vuestros dineros, y volvedme á mi marido, pues no el vicio sino la necesidad le hizo tomar este dinero; él no se ha jugado sino vendido, porque quiere á costa de su trabajo sustentarme á mí y á sus hijos: ¡amargo sustento y amarga comida para mí y para ellos! Callad, señora, dijo el hombre, y gastad ese dinero, que yo le desquitaré con la fuerza de mis brazos, que todavia se amañarán antes á domeñar un remo que un azadon: no quise ponerme en aventura de perderlos jugándolos, por no perder juntamente con mi

libertad vuestro sustento. Casi no dejaba oir el llanto de los muchachos esta dolorida plática que entre marido y muger pasaba: los ministros que le traian le dijeron que enjugasen las lágrimas, que si lloraran cuantas cabian en el mar, no serian bastantes á darle la libertad que habia perdido. Prevalecian en su llanto los muchachos, diciendo á su padre: Señor, no nos deje, porque nos morirémos todos si se va. El nuevo y estraño caso enterneció las entrañas de nuestros peregrinos, especialmente las de la tesorera Constanza, y todos se movieron á rogar á los ministros de aquel cargo fuesen contentos de tomar su dinero, haciendo cuenta que aquel hombre no habia sido en el mundo, y que les conmoviese á no dejar viuda á una muger ni huérfanos á tantos niños: en fin, tanto supieron decir y tanto quisieron rogar, que el dinero volvió á poder de sus due-

ños, y la muger cobró su marido y los niños á su padre.

La hermosa Constanza, rica despues de condesa, mas cristiana que bárbara, con parecer de su hermano Antonio dió á los pobres perdidos con que se cobraren, cincuenta escudos de oro, y asi se volvieron tan contentos como libres, agradeciendo al Cielo y á los peregrinos la tan no vista como no esperada limosna. Otro dia pisaron la tierra de Francia, y pasando por Lenguedoc, entraron en la Provenza, donde en otro meson hallaron tres damas francesas de tan estremada hermosura, que á no ser Auristela en el mundo, pudieran aspirar á la palma de la belleza: parecian señoras de grande estado, segun el aparato con que se servian; las cuales, viendo los peregrinos, asi les admiró la gallardia de Periandro y de Antonio, como la sin igual belleza de Auristela y de Constanza; lle-

gáronlas á sí, y habláronlas con alegre rostro y cortés comedimiento; preguntáronlas quien eran en lengua castellana porque conocieron ser españolas las peregrinas, y en Francia ni varon ni muger deja de aprender la lengua castellana. En tanto que las señoras esperaban la respuesta de Auristela, á quien se encaminaban sus preguntas, se desvió Periandro a hablar con un criado que le pareció ser de las ilustres francesas; preguntóle quien eran y adonde iban, y el le respondió diciendo: El Duque de Nemurs, que es uno de los que llaman de la sangre en este Reino, es un caballero bizarro y muy discreto, pero muy amigo de su gusto; es recien heredado, y ha propuesto de no casarse por agena voluntad, sino por la suya, aunque se le ofrezca aumento de estado y de hacienda, y aunque vaya contra el mandamiento de su Rey; porque dice que los reyes bien pueden dar la mu

ger á quien quisieren de sus vasallos, pero no el gusto de recibilla. Con esta fantasia, locura ó discrecion, ó como mejor debe llamarse, ha enviado á algunos criados suyos á diversas partes de Francia á buscar alguna muger que despues de ser principal, sea hermosa, para casarse con ella, sin que reparen en hacienda, porque él se contenta con que la dote sea su calidad y su hermosura; supo la de estas tres señoras, y envióme á mí que le sirvo, para que las viese y las hiciese retratar de un famoso pintor que envió conmigo; todas tres son libres y todas de poca edad como habeis visto: la mayor, que se llama Deleasir, es discreta en estremo, pero pobre; la mediana, que Belarminia se llama, es bizarra y de gran donaire, y rica medianamente; la mas pequeña, cuyo nombre es Feliz Flora, hace gran ventaja á las dos en ser rica. Ellas tambien han sabido el deseo del

Duque, y querrian, segun á mi se me ha traslucido, ser cada una la venturosa de alcanzarle por esposo, y con ocasion de ir á Roma á ganar el jubileo de este año, que es como el centésimo que se usaba, han salido de su tierra y quieren pasar por Paris y verse con el Duque, fiadas en el quizá que trae consigo la buena esperanza; pero despues, señores peregrinos, que aqui entrasteis, he determinado de llevar un presente á mi amo que borre del pensamiento todas y cualesquier esperanzas que estas señoras en el suyo hubieren fabricado, porque le pienso llevar el retrato de esa vuestra peregrina, única y general señora de la humana belleza; y si ella fuese tan principal como es hermosa, los criados de mi amo no tendrian mas que hacer, ni el Duque mas que desear. Decidme por vida vuestra, señor, si es casada esta peregrina, como se llama, y que padres la

engendraron. A lo que temblando respondió Periandro: Su nombre es Auristela, su viaje á Roma, sus padres nunca ella los ha dicho; y de que sea libre, os aseguro, porque lo sé sin duda alguna: pero hay otra cosa en ello, que es tan libre y tan señora de su voluntad, que no la rendirá á ningun príncipe de la tierra, porque dice que la tiene rendida al que lo es del Cielo; y para enteraros en que sepais ser verdad todo lo que os he dicho, sabed que yo soy su hermano y el que sabe lo escondido de sus pensamientos: así que, no os servirá de nada el retratalla, sino de alborotar el ánimo de vuestro señor si acaso quisiese atropellar por el inconveniente de la bajeza de mis padres. Con todo esto, respondió el otro, tengo de llevar su retrato, siquiera por curiosidad y porque se dilate por Francia este nuevo milagro de hermosura.

Con esto se despidieron, y Periandro

quiso partirse luego de aquel lugar, por no dársele al pintor para retratar á Auristela. Bartolomé volvió luego á aderezar el bagaje y á no estar bien con Periandro, por la priesa que daba á la partida. El criado del Duque, viendo que Periandro queria partirse luego, se llegó á él y le dijo: Bien quisiera, señor, rogaros que os detuviérades un poco en este lugar, siquiera hasta la noche, porque mi pintor, con comodidad y despacio pudiera sacar el retrato del rostro de vuestra hermana; pero bien os podeis ir a la paz de Dios, porque el pintor me ha dicho que de sola una vez que la ha visto la tiene tan aprendida en la imaginacion, que la pintará a sus solas tan bien como si siempre la estuviera mirando. Maldijo Periandro entre sí la rara habilidad del pintor, pero no dejó por esto de partirse, despidiéndose luego de las tres gallardas francesas que abrazaron á Au-

ristela y á Constanza estrechamente, y les ofrecieron de llevarlas hasta Roma en su compañia si de ello gustaban. Auristela se lo agradeció con las mas corteses palabras que sapo, diciéndoles que su voluntad obedecia á la de su hermano Periandro, y que asi no podian detenerse ella ni Constanza, pues Antonio hermano de Constanza, y el suyo se iban: y con esto se partieron, y de allí á seis dias llegaron á un lugar de la Provenza, donde les sucedió lo que se dirá en el capitulo siguiente.

CAPITULO XIV.

La historia, la poesia y la pintura se simbolizan entre sí y se parecen tanto, que cuando escribes historia, pintas; y cuando pintas, compones: no siempre va en un mismo peso la historia, ni la pintura pinta cosas grandes y magnificas, ni la poesia conversa siempre por los cie los: bajezas admite la historia, la pintura yerbas y retamas en sus cuadros, y la poesía tal vez se realza cantando cosas hu

mildes. Esta verdad nos la muestra bien Bartolomé, bagajero del escuadron peregrino, el cual tal vez habla y es escuchado en nuestra historia. Este, revolviendo en su imaginacion el cuento del que vendió su libertad por sustentar á sus hijos, una vez dijo hablando con Periandro: Grande debe ser, señor, la fuerza que obliga á los padres á sustentar á sus hijos, sino dígalo aquel hombre que no quiso jugarse por no perderse, sino empeñarse por sustentar á su pobre familia: la libertad, segun yo he oido decir, no debe de ser vendida por ningun dinero, y este la vendió por tan poco que lo llevaba la muger en la mano: acuérdome tambien de haber oido decir á mis mayores que llevando á ahorcar á un hombre anciano, y ayudándole los sacerdotes á bien morir, les dijo: Vuesas mercedes se sosieguen, y déjenme morir despacio, que aunque es terrible este paso en que me

veo, muchas veces me he visto en otros mas terribles. Preguntáronle, ¿y cuales eran? Respondióles que el amanecer Dios y el rodealle seis hijos pequeños pidiéndole pan, y no teniéndolo para dárselo, la cual necesidad me puso la ganzúa en la mano y fieltros en los pies, con que facilité mis hurtos, no viciosos, sino necesitados. Estas razones llegaron á los oidos del señor que le habia sentenciado al suplicio, que fueron parte para volver la justicia en misericordia, y la culpa en gracia. A lo que respondió Periandro: El hacer el padre por su hijo es hacer por si mismo, porque mi hijo es otro yo, en el cual se dilata y se continúa el sér del padre; y así como es cosa natural y forzosa el hacer cada uno por si mismo, asi lo es el hacer por sus hijos, lo que no es tan natural ni tan forzoso hacer cada uno por si mismo, asi lo es el hacer los hijos por los padres; porque el amor que el padre tiene á su hijo descien-

de, y el descender es caminar sin trabajo, y el amor del hijo con el padre asciende y sube, que es caminar cuesta arriba, de donde ha nacido aquel refran: *Un padre para cien hijos, antes que cien hijos para un padre.* Con estas pláticas y otras entretenian el camino por Francia, la cual es tan poblada, tan llana y apacible, que á cada paso se hallan casas de placer adonde los señores de ellas están casi todo el año, sin que se les dé algo por estar en las villas ni en las ciudades. A una de estas llegaron nuestros viandantes, que estaba un poco desviada del camino real.

Era la hora de mediodia, herian los rayos del sol derechamente á la tierra, entraba el calor, y la sombra de una gran torre de la casa les convidó á que allí esperasen á pasar la siesta que con calor riguroso amenazaba. El solícito Bartolomé desembarazó el bagaje, y tendiendo un

tapete en el suelo, se sentaron todos á la redonda, y de los manjares de quien tenia cuidado de hacer Bartolomé su repuesto, satisfacieron la hambre que ya comenzaba á fatigarles; pero apenas habian alzado las manos para llevarlo á la boca, cuando alzando Bartolomé los ojos, dijo á grandes voces: Apartaos, señores, que no sé quien baja volando del cielo, y no será bien que os coja debajo. Alzaron todos la vista y vieron bajar por el aire una figura, que antes que distinguiesen lo que era, ya estaba en el suelo casi junto á los pies de Periandro, la cual figura era de una muger hermosisima, que habiendo sido arrojada desde lo alto de la torre, sirviéndole de campana y de alas sus mismos vestidos, la puso de pies en el suelo sin daño alguno, cosa posible sin ser milagro: dejóla el suceso atónita y espantada, como lo quedaron los que volar la habian visto; oyeron en la

torre gritos que los daba otra muger, que abrazada con un hombre parecia que pugnaban por derribarse el uno al otro : Socorro , socorro , decia la muger , socorro , señores , que este loco quiere despeñarme de aquí abajo. La muger voladora , vuelta algun tanto en sí , dijo : Si hay alguno que se atreva á subir por aquella puerta , señalándoles una que al pie de la torre estaba , librará del peligro mortal á mis hijos y á otras gentes flacas que allí arriba están. Periandro , impelido de la generosidad de su ánimo, se entró por la puerta , y á poco rato le vieron en la cumbre de la torre abrazado con el hombre que mostraba ser loco , del cual quitándole un cuchillo de las manos, procuraba defenderse; pero la suerte que queria concluir con la tragedia de su vida , ordenó que entrambos á dos viniesen al suelo , cayendo al pie de la torre, el loco pasado el pecho con el cuchillo

que Periandro en la mano traia; y Periandro, vertiendo por los ojos, narices y boca cantidad de sangre, que como no tuvo vestidos anchos que le sustentasen, hizo el golpe su efecto y dejóle casi sin vida. Auristela que ansí le vió, creyendo indubitablemente que estaba muerto, se arrojó sobre él, y sin respeto alguno, puesta la boca con la suya, esperaba á recoger en si alguna reliquia si del alma le hubiese quedado: pero aunque le hubiera quedado no pudiera recibilla, porque los traspillados dientes le negaran la entrada. Constanza, dando lugar á la pasion, no le pudo dar á mover el paso para ir á socorrerla, y quedóse en el mismo sitio donde la halló el golpe, pegada los pies al suelo como si fueran raices, ó como si ella fuera estatua de duro marmol formada. Antonio, su hermano, acudió á apartar los semivivos y á dividir los que ya pensaba ser cadá-

veres: solo Bartolomé fue el que mostró con los ojos el grave dolor que en el alma sentia, llorando amargamente.

Estando todos en la amarga afliccion que he dicho, sin que hasta entonces ninguna lengua hubiese publicado su sentimiento, vieron que hácia ellos venia un gran tropel de gente, la cual desde el camino real habia visto el vuelo de los caidos y venian á ver el suceso, y era el tropel que venia las hermosas damas francesas Deleasir. Belarminia y Feliz Flora: luego como llegaron, conocieron á Auristela y á Periandro, como á aquellos que por su singular belleza quedaban impresos en la imaginacion del que una vez los miraba. Apenas la compasion les habia hecho apear para socorrer, si fuese posible, la desventura que miraban, cuando fueron asaltados de seis ú ocho hombres arma los que por las espaldas les acometieron. Este asalto

puso en las manos de Antonio su arco y sus flechas, que siempre las tenia á punto, ó ya para ofender, ó ya para defenderse: uno de los armados, con descortés movimiento asió á Feliz Flora del brazo, y la puso en el arzon delantero de su silla, y dijo volviéndose á los demas compañeros: Esto es hecho, esta me basta, demos la vuelta. Antonio, que nunca se pagó de descortesías, pospuesto todo temor, puso una flecha en el arco, tendió cuanto pudo el brazo izquierdo, y con la derecha estiró la cuerda hasta que llegó al diestro oido, de modo que las dos puntas y estremos del arco casi se juntaron, y tomando por blanco el robador de Feliz Flora, disparó tan derechamente la flecha, que sin tocar á Feliz Flora sino en una parte del velo con que se cubria la cabeza, pasó al salteador el pecho de parte á parte: acudió á su venganza uno de sus compa-

ñeros, y sin dar lugar á que otra vez Antonio el arco armase, le dió una herida en la cabeza, tal, que dió con él en suelo mas muerto que vivo; visto lo cual de Constanza, dejó de ser estatua, y corrió á socorrer á su hermano, que el parentesco calienta la sangre que suele helarse en la mayor amistad, y lo uno y lo otro son indicios y señales de demasiado amor.

Ya en esto habian salido de la casa gente armada, y los criados de las tres damas apercibidos de piedras, digo, los que no tenian armas, se pusieron de defensa de su señora; los salteadores, que vieron muerto á su capitan, y que segun los defensores acudian, podian ganar poco en aquella empresa, especialmente considerando ser locura aventurar las vidas por quien ya no podia premiarlas, volvieron las espaldas y dejaron el campo solo. Hasta aqui de esta batalla pocos golpes de espada hemos oido, pocos instrumentos

bélicos han sonado; el sentimiento que por los muertos suelen hacer los vivos, no ha salido á romper los aires; las lenguas en amargo silencio tienen depositadas sus quejas, solo algunos ayes entre roncos gemidos andan envueltos, especialmente en los pechos de las lastimadas Auristela y Constanza, cada cual abrazada con su hermano, sin poder aprovecharse de las quejas, con que se alivian los lastimados corazones: pero en fin, el Cielo, que tenia determinado de no dejarlas morir tan apriesa y tan sin quejarse, les despegó las lenguas, que al paladar pegadas tenian; y la de Auristela prorumpió en razones semejantes:

No se yo desdichada como busco aliento en un muerto, y como ya que le tuviese puede sentirle, si estoy tan sin él, que ni sé si hablo ni si respiro: ¡ay hermano! y que caida ha sido esta, que así ha derribado mis esperanzas, como que la

grandeza de vuestro linaje no se hubiera opuesto á vuestra desventura! Mas ¿como podria ella ser grande si vos no lo fuérades? En los montes mas levantados caen los rayos, y adonde hallan mas resistencia hacen mas daño: monte érades vos, pero monte humilde, que con las sombras de vuestra industria y de vuestra discrecion os encubriades á los ojos de las gentes: ventura ibades á buscar en la mia, pero la muerte ha atajado el paso, encaminando el mio á la sepultura: ¡cuan cierta la tendra la Reina vuestra madre, cuando á sus oidos llegue vuestra no pensada muerte! ¡Ay de mi, otra vez sola y en tierra agena, bien asi como verde hiedra á quien ha faltado su verdadero arrimo! Estas palabras de reina, de montes y grandezas, tenian atentos los oidos de los circunstantes que les escuchaban; y aumentoles la admiracion las que tambien decia Constanza, que en sus faldas

tenia á su mal herido hermano, apretándole la herida y tomándole la sangre. La compasiva Feliz Flora, que con un lienzo suyo blandamente se la esprimia, obligada de haberla el herido librado de su deshonra: ¡Ay, digo, decia, amparo mio! ¿de qué ha servido haberme levantado la fortuna, si me habia de derribar al de desdichada? Volved, hermano, en vos, si quereis que yo vuelva en mí; ó sino haced, ó piadosos Cielos, que una misma muerte nos cierre los ojos y una misma sepultura nos cubra los cuerpos, que el bien que sin pensar me habia venido, no podia traer otro descuento que la presteza de acabarse. Con esto se quedó desmayada, y Auristela ni mas ni menos; de modo, que tan muertas parecian ellas, y aun mas, que los heridos. La dama que cayó de la torre, causa principal de la caida de Periandro, mandó á sus criados, que ya habian venido muchos de la casa,

que le llevasen al lecho del conde Domicio, su señor: mandó tambien llevar á Domicio, su marido, para dar órden en sepultalle. Bartolomé tomó en brazos á su señor Antonio; á Constanza se los dió Feliz Flora, y á Auristela. Belarminia y Deleasir; y en escuadron doloroso y con amargos pasos se encaminaron á la casi Real casa.

FIN DEL TOMO TERCERO.



TRABAJOS

DE

Pérsiles y Sigismunda.



TRABAJOS

DE

Pérsiles y Sigismunda.

HISTORIA SEPTENTRIONAL.

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

TOMO IV.

BARCELONA.

IMPRENTA DE A. BERGNES Y COMP.,

CALLE DE ESCUDELLERS, N. 18.

1833.

que llegue el de abrirse ; y así mientras se llora , mientras se gime , mientras se tiene delante quien mueva al sentimiento á quejas y á suspiros, no es discrecion demasiada acudir al remedio con agudas medicinas. Llore pues algun tanto mas Auristela, gima algun espacio mas Constanza , y cierren entrambas los oidos á toda consolacion , en tanto que la hermosa Claricia nos cuenta la causa de la locura de Domicio su esposo, que fue, segun ella dijo á las damas francesas , que antes que Domicio con ella se desposase andaba enamorado de una parienta suya, la que tuvo casi indubitables esperanzas de casarse con él ; salióle en blanco la suerte , para que ella , dijo Claricia , la tuviese siempre negra ; porque disimulando Lorena , que así se llamaba la parienta de Domicio , el enojo que habia recibido del casamiento de mi esposo , dió en regalarle con muchos y diversos

presentes, puesto que mas bizarros y de buen parecer que costosos, entre los cuales le envió una vez, bien así como envió la falsa Deyanira la camisa á Hércules, digo que le envió unas camisas, ricas por el lienzo y por la labor vistosas: apenas se puso una, cuando perdió los sentidos y estuvo dos dias como muerto, puesto que luego se la quitaron, imaginando que una esclava de Lorena que estaba en opinion de maga la habria hechizado. Volvió á la vida mi esposo, pero con sentidos tan turbados y tan trocados, que ninguna accion hacia que no fuese de loco, y no de loco manso sino de cruel, furioso y desatinado, tanto que era necesario tenerle en cadenas, y que aquel dia, estando ella en aquella torre, se habia soltado el loco de las prisiones, y viniendo á la torre la habia echado por las ventanas abajo, á quien el Cielo socorrió con la anchura de sus vestidos, ó

por mejor decir, con la acostumbrada misericordia de Dios, que mira por los inocentes. Dijo como aquel peregrino habia subido á la torre á librar á una doncella á quien el loco queria derribar al suelo, tras la cual tambien despeñara á otros dos pequeños hijos que en la torre estaban; pero el suceso fue tan contrario, que el Conde y el peregrino se estrellaron en la dura tierra, el Conde herido de una mortal herida, y el peregrino con un cuchillo en la mano que al parecer se le habia quitado á Domicio, cuya herida era tal, que no fuera menester servir de añadidura para quitarle la vida, pues bastaba la caida. En esto Periandro estaba sin sentido en el lecho, adonde acudieron maestros á curarle y á concertarle los dislocados huesos: diéronle bebidas apropiadas al caso, halláronle pulsos y algun tanto de conocimiento de las personas que al rededor de

si tenia. especialmente de Auristela, á quien con voz desmayada, que apenas podia entenderse, dijo: Hermana, yo muero en la fe católica cristiana y en la de quererte bien; y no habló ni pudo hablar mas palabra por entónces. Tomaron la sangre á Antonio, y tentándole los cirujanos la herida, pidieron albricias á su hermana de que era mas grande que mortal, y de que presto tendria salud con ayuda del Cielo: dióselas Feliz Flora adelantándose á Constanza, que se las iba á dar y aun se las dió, y los cirujanos las tomaron de entrambas, por no ser nada escrupulosos.

Un mes ó poco mas estuvieron los enfermos curándose, sin querer dejarlos las señoras francesas: tanta fue la amistad que trabaron y el gusto que sintieron de la discreta conversacion de Auristela y de Constanza y de los dos sus hermanos, especialmente Feliz Flora que no

acertaba á quitarse de la cabecera de Antonio, amándole con un tan comedido amor, que no se estendia á mas que á ser benevolencia y á ser como agradecimiento del bien que de él habia recibido cuando su saeta la libró de las manos de Rubertino, que segun Feliz Flora contaba, era un caballero, señor de un castillo que cerca de otro suyo tenia, el cual Rubertino, llevado no de perfecto, sino de vicioso amor, habia dado en seguirla y perseguirla y en rogarla le diese la mano de esposa; pero que ella, que por mil esperiencias y por la fama, que pocas veces miente, habia conocido ser Rubertino de áspera y cruel condicion y de mudable y antojadiza voluntad, no habia querido conceder con su demanda, y que imaginaba que acosado de sus desdenes, habria salido al camino á roballa y á hacer de ella por fuerza lo que la voluntad no habia podido; pero que la flecha de

Antonio habia cortado todos sus crueles y mal fabricados designios, y esto le movia á mostrarse agradecida. Todo esto que Feliz Flora dijo, pasó asi sin faltar punto; y cuando se llegó el de la sanidad de los enfermos y sus fuerzas comenzaron á dar muestras de ella, volvieron á renovarse sus deseos, á lo menos los de volver á su camino. Así lo pusieron por obra, acomodándose de todas las cosas necesarias, sin que, como está dicho, quisiesen las señoras francesas dejar á los peregrinos, á quien ya trataban con admiracion y con respeto, porque las razones del llanto de Auristela les habian hecho concebir en sus ánimos que debian de ser grandes señores, que tal vez la majestad suele cubrirse de buriel, y la grandeza vestirse de humildad. En efecto, con perplejos pensamientos los miraban: el pobre acompañamiento suyo les hacia tener en estima de condicion me-

diana; el brio de sus personas y la belleza de sus rostros levantaban su calidad al cielo ; y así entre el si y el nó andaba dudosa.

Ordenaron las damas francesas que fuesen todos á caballo , porque la caida de Periandro no consentia que se fiase de sus pies. Feliz Flora, agradecida al golpe de Antonio el bárbaro , no sabia quitarle de su lado ; y tratando del atrevimiento de Rubertino , á quien dejaban muerto y enterrado , y de la estraña historia del conde Domicio á quien las joyas de su prima , juntamente con quitarle el juicio , le habian quitado la vida , y del vuelo milagroso de su muger , mas para ser admirado que creido , llegaron á un rio que se vadeaba con algun trabajo. Periandro fue de parecer que se buscase la puente, pero todos los demas no vinieron en él; y bien así como cuando al represado rebaño de mansas ovejas pues-

tas en el lugar estrecho hace camino la una á quien las demas al momento siguen, Belarminia se arrojó al agua, á quien todos siguieron, sin quitarse del lado de Auristela Periandro, ni del de Feliz Flora Antonio, llevando tambien junto á si á su hermana Constanza. Ordenó pues la suerte que no fuese buena la de Feliz Flora, porque la corriente del agua lo desvaneció la cabeza de modo, que sin poder tenerse dió consigo en mitad de la corriente, tras quien se abalanzó con no creida presteza el cortés Antonio, y sobre sus hombros, como á otra nueva Europa, la puso en la seca arena de la contraria ribera. Ella viendo el presto beneficio, le dijo: Muy cortés eres, Español. A quien Antonio respondió: Si mis cortesias no nacieran de tus peligros, estimáralas en algo; pero como nacen de ellos, antes me descontentan que alegran. Pasó en fin el, como he dicho otras ve-

ces, hermoso escuadron, y llegaron al anochecer á una casería, que junto con serlo, era meson, en el cual se alojaron á toda su voluntad; y lo que en él les sucedió, nuevo estilo y nuevo capítulo pide.



CAPITULO XVI.

Cosas y casos suceden en el mundo, que si la imaginacion, antes de suceder, pudiera hacer que así sucedieran, no acertara á trazarlos; y así muchos por la raridad con que acontecen pasan plaza de apócrifos y no son tenidos por tan verdaderos como lo son, y así es menester que les ayuden juramentos, ó á lo menos el buen crédito de quien los cuenta; aunque yo digo que mejor seria no

contarlos, segun lo aconsejan aquellos antiguos versos castellanos, que dicen:

Las cosas de admiracion
No las digas ni las cuentes,
Que no saben todas gentes
Como son.

La primera persona con quien encontró Constanza, fue con una moza de gentil pareçer, de hasta veinte y dos años, vestida á la española, limpia y aseadamente; la cual llegándose á Constanza, le dijo en lengua castellana: ¡Bendito sea Dios que veo gente, si no de mi tierra, á lo menos de mi nacion Española! bendito sea Dios, digo otra vez, que oiré decir vuesa merced y no señoria hasta los mozos de cocina! ¿De esa manera, respondió Constanza, vos señora, española debeis de ser? Y como si lo soy, respondió ella, y aun de la mejor tierra de Castilla. ¿De cual? replicó Constanza. De Talavera de

la Reina, respondió ella. Apenas hubo dicho esto, cuando á Constanza le vinieron barruntos que habia de ser la esposa de Ortel Banedre, el polaco, que por adúltera quedaba presa en Madrid, cuyo marido, persüadido de Periandro, la habia dejado presa, y ídose á su tierra; y en un instante fabricó en su imaginacion un monton de cosas, que puestas en efecto, le sucedieron casi como las habia pensado. Tomóla por la mano, y fuese donde estaba Auristela, y apartándola aparte con Periandro, les dijo: Señores, vosotros estais dudosos de si la ciencia que yo tengo de adivinar es falsa ó verdadera, la cual ciencia no se acredita con decir las cosas que están por venir, porque solo Dios las sabe, y si algun humano las acierta, es acaso ó por algunas premisas á quien la esperiencia de otras semejantes tiene acreditadas: si yo os dijese cosas pasadas que no hubiesen

llegado ni pudiesen llegar á mi noticia, ¿qué diriades? ¿Quereislo ver? Esta buena hija que tenemos delante, es de Talavera de la Reina, que casó con un estranjero polaco que se llamaba, si mal no me acuerdo, Ortel Banedre, á quien ella ofendió con alguna desenvoltura con un mozo de meson que vivia frontero de su casa, la cual llevada de sus ligeros pensamientos y en los brazos de sus pocos años, se salió de casa de sus padres con el referido mozo, y fue presa en Madrid con el adúltero, donde debe de haber pasado muchos trabajos, asi en la prision como en el haber llegado hasta aqui: que quiero que ella nos los cuente, porque aunque yo los adivine, ella nos los contará con mas puntualidad y con mas gracia. ¡Ay Cielos santos! dijo la moza: ¿y quien es esta señora que me ha leido mis pensamientos? quien es esta adivina que ansi sabe la desvergonzada histo-

ria de mi vida? Yo, señora, soy esa adúltera, yo soy esa presa y condenada á destierro de diez años, porque no tuve parte que me siguiese, y soy la que aquí estoy en poder de un soldado español que va á Italia, comiendo el pan con dolor, y pasando la vida que por momentos me hace desear la muerte: mi amigo, el primero, murió en la cárcel; este, que no sé en que numero ponga, me socorrió en ella, de donde me sacó, y como he dicho me lleva por esos mundos con gusto suyo y por pesar mio, que no soy tan tonta que no conozca el peligro en que traigo el alma en este vagamundo estado. Por quien Dios es, señores, pues sois españoles, pues sois cristianos, y pues sois principales, segun lo da á entender vuestra presencia, que me saqueis del poder de este español, que será como sacarme de las garras de los leones.

Admirados quedaron Periandro y Au-

ristela de la discrecion sagaz de Constanza; y concediendo con ella, la reforzaron y acreditaron, y aun se movieron á favorecer con todas sus fuerzas á la perdida moza: la cual dijo que el español soldado no iba siempre con ella, sino una jornada adelante ó atrás, por deslumbrar á la justicia. Todo eso está muy bien, dijo Periandro, y aqui darémos traza en vuestro remedio, que la que ha sabido adivinar vuestra vida pasada, tambien sabrá acomodaros en la venidera: sed vos buena, que sin el cimiento de la bondad no se puede cargar ninguna cosa que lo parezca: no os desvieis por ahora de nosotros, que vuestra edad y vuestro rostro son los mayores contrarios que podeis tener en las tierras estrañas. Lloró la moza, enterneciose Constanza, y Auristela mostró los mismos sentimientos: con que obligó á Periandro á que el remedio de la moza buscase. En esto esta

ban, cuando llegó Bartolomé y dijo : Señores, acudid á ver la mas estraña vision que habréis visto en vuestra vida : Dijo esto tan asustado y tan como espantado, que pensando ir á ver alguna maravilla estraña le siguieron, y en un apartamiento algo desviado de aquel donde estaban alojados los peregrinos y damas, vieron por entre unas esteras un aposento todo cubierto de luto, cuya lóbrega oscuridad no les dejó ver particularmente lo que en él habia ; y estándole así mirando, llegó un hombre anciano todo asimismo cubierto de luto, el cual les dijo : Señores, de aquí á dos horas, que habrá entrado una de la noche, si gustais de ver á la señora Ruperta sin que ella os vea, yo haré que la veais, cuya vista os dará ocasion de que os admireis, así de su condicion como de su hermosura. Señor, respondió Periandro, este nuestro criado que aquí está, nos convidó á que viniésemos á ver

una maravilla, y hasta ahora no hemos visto otra que la de este aposento cubierto de luto, que no es maravilla ninguna. Si volveis á la hora que digo, respondió el enlutado, tendréis de qué maravillaros; porque habréis de saber que en este aposento se aloja la señora Ruperta, muger que fue, apenas hace un año, del conde Lamberto de Escocia, cuyo matrimonio á él le costó la vida, y á ella verse en términos de perderla á cada paso, á causa que Claudino Rubicon, caballero de los principales de Escocia, á quien las riquezas y el linaje hicieron soberbio y la condicion algo enamorado, quiso bien á mi señora siendo doncella, de la cual, si no fue aborrecido, á lo menos fue desdeñado, como lo mostró el casarse con el Conde mi señor: esta presta resolucion de mi señora la bautizó Rubicon en deshonra y menosprecio suyo, como si la hermosa Ruper-

ta no hubiera tenido padres que se lo mandaran, y obligaciones precisas que le obligaran á ello, junto con ser mas acertado ajustarse las edades entre los que se casan; que si puede ser, siempre los años del esposo con el número de diez han de llevar ventaja á los de la muger, ó con alguaos mas, porque la vejez los alcance en un mismo tiempo.

Era Rubicon varon viudo y que tenia un hijo de casi veinte y un años, gentil hombre en estremo, y de mejores condiciones que el padre, tanto que si él se hubiera opuesto á la cátedra de mi señora, hoy viviera mi señor el Conde, y mi señora estuviera mas alegre. Sucedió pues, que yendo mi señora Ruperta á holgarse con su esposo á una villa suya, acaso y sin pensar, en un despoblado encontrámos á Rubicon con muchos criados suyos que le acompañaban. Vió á mi señora, y su vista despertó el agravio que á

su parecer se le habia hecho, y fue de suerte, que en lugar del amor nació la ira, y de la ira el deseo de hacer pesar á mi señora; y como las venganzas de los que bien se han querido sobrepujan á las ofensas hechas, Rubicon despechado, impaciente y atrevido, desenvainando la espada, corrió al Conde mi señor, que estaba inocente de este caso, sin que tuviese lugar de prevenirse del daño que no temia, y envainándosela en el pecho, dijo: Tú me pagarás lo que no me debes, y si esta es crueldad, mayor la usó tu esposa para conmigo, pues no una vez sola, sino cien mil, me quitan la vida sus desdenes. A todo esto me hallé yo presente; oí las palabras, y vi con mis ojos y tenté con las manos la herida; escuché los llantos de mi señora, que penetraron los cielos; volvimos á dar sepultura al Conde, y al enterrarlo, por órden de mi señora se le cortó la cabeza, que en

pocos dias con cosas que se le aplicaron quedó descarnada y en solamente los huesos; mandóla mi señora poner en una caja de plata, sobre la cual puestas sus manos, hizo este juramento; pero olvídaseme por decir como el cruel Rubicon, ó ya por menosprecio, ó ya por mas crueldad, ó quizá con la turbacion descuidado, se dejó la espada envainada en el pecho de mi señor, cuya sangre aun hasta ahora muestra estar casi reciente en ella; digo pues, que dijo estas palabras: Yo, la desdichada Ruperta, á quien han dado los Cielos solo nombre de hermosa, hago juramento al Cielo, puestas las manos sobre estas dolorosas reliquias, de vengar la muerte de mi esposo con mi poder y con mi industria, si bien aventurase en ello una y mil veces esta miserable vida que tengo, sin que me espanten trabajos, sin que me falten ruegos hechos á quien pueda favorecerme; y en tanto que no lle-

gare á efecto este mi justo, si no cristiano deseo, juro que mi vestido será negro, mis aposentos lóbregos, mis manteles tristes, y mi compañía la misma soledad; á la mesa estarán presentes estas reliquias que me atormentan el alma, esta cabeza que me diga sin lengua que vengue su agravio, esta espada cuya no enjuta sangre me parece que veo, y la que alterando la mia no me deje sosegar hasta vengarme. Esto dicho, parece que templó sus continuas lágrimas y dió algun vado á sus dolientes supiros: hase puesto en camino de Roma, para pedir en Italia á sus principes favor y ayuda contra el matador de su esposo, que aun todavia la amenaza, quizá temeroso, que suele ofender un mosquito mas de lo que puede favorecer un águila. Esto, señores, veréis como he dicho de aquí á dos horas; y si no os dejare admirados, ó yo no habré sabido contarlo, ó vosot

tros tendréis el corazon de mármol. Aquí dió fin á su plática el enlutado escudero, y los peregrinos, sin ver á Ruperta, desde luego se comenzaron á admirar del caso.



CAPITULO XVII.

La ira, segun se dice, es una revolucion de la sangre que está cerca del corazon, la cual se altera en el pecho con la vista del objeto que agravia y tal vez con la memoria; tiene por último fin y paradero suyo la venganza, que como la tome el agraviado, sin razon ó con ella, sosiega. Esto nos lo dará á entender la hermosa Ruperta agraviada y airada.

y con tanto deseo de vengarse de su contrario, que aunque sabia que era ya muerto, dilataba su cólera por todos sus descendientes, sin querer dejar si pudiera vivo ninguno de ellos, que la cólera de la muger no tiene límite: llegóse la hora de que la fueron á ver los peregrinos, sin que ella los viese, y viéronla hermosa en todo estremo, con blanquísimas tocas, que desde la cabeza casi le llegaban á los pies, sentada delante de una mesa, sobre la cual tenia la cabeza de su esposo en la caja de plata, la espada con que le habian quitado la vida, y una camisa que ella se imaginaba que aun no estaba enjuta de la sangre de su esposo. Todas estas insignias dolorosas despertaron su ira, la cual no tenia necesidad que nadie la despertase, porque nunca dormia: levantóse en pie, y puesta la mano derecha sobre la cabeza del marido, comenzó á hacer y revalidar el voto y

juramento que dijo el enlutado escudero; llovian lágrimas de sus ojos, bastantes á bañar las reliquias de su pasion; arrancaba suspiros del pecho que condensaban el aire cerca y lejos; añadia al ordinario juramento razones que le agravaban, y tal vez parecia que arrojaba por los ojos, no lágrimas sino fuego, y por la boca no suspiros sino humo: tan sujeta la tenia su pasion y el deseo de vengarse. Véisla llorar, véisla suspirar, veisla no estar en sí, veisla blandir la espada matadora, véisla besar la camisa ensangrentada y que rompe las palabras con sollozos, pues esperad no mas de hasta la mañana, y veréis cosas que os den sugeto para hablar en ellas mil siglos, si tantos tuviésedes de vida.

En mitad de la fuga de su dolor estaba Ruperta y casi en los umbrales de su gusto; porque mientras se amenaza, descansa el amenazador, cuando se llegó á

ella uno de sus criados, como si se llegara una sombra negra, segun venia cargado de luto, y en mal pronunciadas palabras le dijo: Señora, Croriano el galan, el hijo de tu enemigo, se acaba de apear ahora con algunos criados: mira si quieres encubrirte, ó si quieres que te conozca, ó lo que seria bien que te hagas, pues tienes lugar para pensarlo. Que no me conozca, respondió Ruperta, y avisad á todos mis criados que por descuido no me nombren, ni por cuidado me descubran; y esto diciendo, recogió sus prendas, y mandó cerrar el aposento, y que ninguno entrase á hablalla. Volviéronse los peregrinos al suyo, quedó ella sola y pensativa, y no sé como se supo que habia hablado á solas estas ó otras semejantes razones. Advierte ¡ó Ruperta! que los piadosos Cielos te han traido á las manos, como simple víctima al sacrificio, al alma de tu enemigo, que

los hijos y mas los únicos, pedazos del alma son de los padres: ea, Ruperta, olvídate de que eres muger, y si no quieres olvidarte de esto, mira que eres muger y agraviada: la sangre de tu marido te está dando voces, y en aquella cabeza sin lengua te está diciendo: venganza, dulce esposa mia, que me mataron sin culpa; sí, que no espantó la braveza de Holofernes á la humildad de Judit. Verdad es que la causa suya fue muy diferente de la mia: ella castigó á un enemigo de Dios, y yo quiero castigar á un enemigo que no sé si lo es mio; á ella le puso el hierro en las manos el amor de su patria, y á mí me le pone el de mi esposo: pero ¿para qué hago yo tan disparatadas comparaciones? ¿Qué tengo que hacer mas sino cerrar los ojos y envainar el acero en el pecho de este mozo, que tanto será mi venganza mayor, cuanto fuere menor su culpa? Alcance yo re-

nombre de vengadora, y venga lo que viniere: los deseos que se quieren cumplir no reparan en inconvenientes, aunque sean mortales; cumpla yo el mio, y tenga la salida por mi misma muerte. Esto dicho, dió traza y órden en como aquella noche se encerrase en la estancia de Croriano, donde le dió fácil entrada un criado suyo, traidor por dádivas, aunque él no pensó sino que hacia un gran servicio á su amo llevándole al lecho una tan hermosa muger como Ruperta, la cual puesta en parte donde no pudo ser vista ni sentida, ofreciendo su suerte al disponer del Cielo, sepultada en maravilloso silencio estuvo esperando la hora de su contento que le tenia puesto en la de la muerte de Croriano; llevó para ser instrumento del cruel sacrificio un agudo cuchillo, que por ser arma mañera y no embarazosa le pareció ser mas á propósito; llevó asimismo una linterna bien cer-

rada, en la cual ardia una vela de cera; recogió los espíritus de manera que apenas osaba enviar la respiracion al aire: ¿qué no hace una muger enojada? que montes de dificultades no atropella en sus designios? que enormes crueldades no le parecen blandas y pacíficas? No mas, porque lo que en este caso se podia decir es tanto, que será mejor dejarlo en su punto, pues no se han de hallar palabras con que encarecerlo. Llegóse en fin la hora, acostóse Croriano, durmióse con el cansancio del camino, y entregóse sin pensamiento de su muerte al reposo.

Con atentos oidos estaba escuchando Ruperta si daba alguna señal Croriano de que durmiese, y aseguráronla que dormia, así el tiempo que habia pasado desde que se acostó hasta entonces, como algunos dilatados alientos que no los dan sino los dormidos; viendo lo cual, sin

santiguarse ni invocar ninguna deidad que la ayudase, abrió la linterna con que quedó claro el aposento, y miró donde pondria los pies para que sin tropezar la llevasen al lecho. Ea, bella matadora, dulce enojada, verdugo agradable, ejecuta tu ira, satisface tu enojo, borra y quita del mundo tu agravio, que delante tienes en quien puedes hacerlo; pero mira, ó hermosa Ruperta, si quieres que no mires á ese hermoso Cupido que vas á descubrir, que se deshará en un punto toda la máquina de tus pensamientos. Llegó en fin, y temblándole la mano descubrió el rostro de Croriano que profundamente dormia, y halló en él la propiedad del escudo de Medusa, que la convirtió en mármol; halló tanta hermosura, que fue bastante á hacerle caer el cuchillo de la mano, y á que diese lugar la consideracion del enorme caso que cometer queria; vió que la belleza de Croriano,

como hace el sol á la niebla, ahuyentaba las sombras de la muerte que darle queria; y en un instante no le escogió para víctima del cruel sacrificio, sino para holocausto santo de su gusto. Ay! dijo entre si, generoso mancebo, ¡y cuan mejor eres tú para ser mi esposo que para ser objeto de mi venganza! que culpa tienes tú de la que cometió tu padre! y que pena se ha de dar á quien no tiene culpa! Gózate, gózate, jóven ilustre, y quédese en mi pecho mi venganza y mi crueldad encerrada, que cuando se sepa, mejor nombre me dará el ser piadosa que vengativa. Esto diciendo ya turbada y arrepentida, se le cayó la linterna de las manos sobre el pecho de Croriano que dispertó con el ardor de la vela: hallóse á oscuras, quiso Ruperta salirse de la estancia, y no acertó por donde, dió voces Croriano, tomó su espada y saltó del lecho; y andando por el aposen-

to topó con Ruperta, que toda temblando le dijo: No me mates, ó Croriano, puesto que soy una muger que no ha una hora que quise y pude matarte, y agora me veo en términos de rogarte que no me quites la vida.

En esto entraron sus criados al rumor con luces, y vió Croriano y conoció á la bellísima viuda, como quien ve á la resplandeciente luna de nubes blancas rodeada: ¿Qué es esto, señora Ruperta? le dijo: ¿son los pasos de la venganza los que hasta aquí os han traido, ó quereis que os pague yo los desafueros que mi padre os hizo? que este cuchillo que aquí veo, ¿que otra señal es, sino de que habeis venido á ser verdugo de mi vida? Mi padre es ya muerto, y los muertos no pueden dar satisfaccion de los agravios que dejan hechos: los vivos sí que pueden recompensarlos; y así, yo que represento agora la persona de mi padre, quie-

ro recompensaros la ofensa que él os hízo lo mejor que pudiere y supiere; pero dejadme primero honestamente tocaros, que quiero ver si sois fantasma que aquí ha venido, ó á matarme, ó á engañarme, ó á mejorar mi suerte. Empeoróse la mia, respondió Ruperta, si es que halla modo el Cielo como empeorarla. Si; entré este dia pasado en este meson con alguna memoria tuya; veniste tú á él; no te vi cuando entraste: oí tu nombre, el cual dispertó mi cólera y me movió á la venganza: concerté con un criado tuyo que me encerrase esta noche en este aposento; hícele que callase sellándole la boca con algunas dádivas; entré en él, apercebíme de este cuchillo, y acrecente el deseo de quitarte la vida; sentí que dormias, salí de donde estaba, y á la luz de una linterna que conmigo traje te descubrí y vi tu rostro, que me movió á respeto y á reverencia, de manera que

los filos del cuchillo se embotaron, el deseo de mi venganza se deshizo, cayóseme la vela de las manos, despertóte su fuego, diste voces, quedé yo confusa, de donde ha sucedido lo que has visto: yo no quiero mas venganzas, ni mas memorias de agravios; vive en paz; que yo quiero ser la primera que haga mercedes por ofensas, si ya no lo son el perdonarte la culpa que no tienes. Señora, respondió Croriano, mi padre quiso casarse contigo, tú no quisiste, él despechado mató á tu esposo, murióse llevando al otro mundo esta ofensa, yo he quedado como parte tan suya para hacer bien por su alma: si quieres que te entregue la mia, recibeme por tu esposo, si ya como he dicho, no eres fantasma que me engañas; que las grandes venturas que vienen de improviso siempre traen consigo alguna sospecha. Dame esos brazos, respondió Ruperta, y verás, se-

ñor, como este mi cuerpo no es fantástico, y que el alma que en él te entrego, es sencilla, pura y verdadera. Testigos fueron de estos abrazos y de las manos que por esposos se dieron, los criados de Croriano que habian entrado con las luces; triunfó aquella noche la blanda paz de esta dura guerra, volviéndose el campo de la batalla en tálamo de desposorio; nació la paz de la ira, de la muerte la vida, y del disgusto el contento: amaneció el dia y halló á los recien desposados cada uno en los brazos del otro. Levantáronse los peregrinos con deseo de saber qué habria hecho la lastimada Ruperta con la venida del hijo de su enemigo, de cuya historia estaban ya bien informados: salió el rumor del nuevo desposorio, y haciendo de los cortesanos entraron á dar los parabienes á los novios, y al entrar en el aposento vieron salir del de Ruperta el anciano escudero

que su historia les habia contado cargado con la caja donde iba la calavera de su primero esposo y con la camisa y espada que tantas veces habia renovado las lágrimas de Ruperta; y dijo que lo llevaba adonde no renovasen otra vez en las glorias presentes pasadas desventuras: murmuró de la facilidad de Ruperta, y en general de todas las mugeres; y el menor vituperio que de ellas dijo fue llamarlas antojadizas.

Levantáronse los novios antes que entrasen los peregrinos; regocijáronse los criados, así de Ruperta como de Croriano; y volvióse aquel meson en alcázar Real, digno de tan altos desposorios. En fin, Periandro y Auristela, Constanza y Antonio su hermano hablaron á los desposados, y se dieron parte de sus vidas, á lo menos la que convenia que se diese.

CAPITULO XVIII.

En esto estaban, cuando entró por la puerta del meson un hombre, cuya larga y blanca barba mas de ochenta años le daba de edad: venia vestido ni como peregrino, ni como religioso, puesto que lo uno y lo otro parecia: traia la cabeza descubierta, rasa y calva en el medio, y por los lados luengas y blanquisimas canas le pendian; sustentaba el agobiado cuerpo sobre un retorcido cayado que el

CAPITULO XVIII.

En esto estaban, cuando entró por la puerta del meson un hombre, cuya larga y blanca barba mas de ochenta años le daba de edad: venia vestido ni como peregrino, ni como religioso, puesto que lo uno y lo otro parecia: traia la cabeza descubierta, rasa y calva en el medio, y por los lados luengas y blanquisimas canas le pendian; sustentaba el agobiado cuerpo sobre un retorcido cayado que el

báculo le servia: en efecto, todo él y todas las partes representaban un venerable anciano, digno de todo respeto, al cual apenas hubo visto la dueña del meson, cuando hincándose ante él de rodillas le dijo: Contaré yo este dia, padre Soldino, entre los venturosos de mi vida, pues he merecido verte en mi casa, que nunca vienes á ella sino para bien mio; y volviéndose á los circunstantes, prosiguió diciendo: Este monton de nieve y esta estatua de mármol blanco que se mueve que aquí veis, señores, es la del famoso Soldino, cuya fama no solo en Francia, sino en todas partes de la tierra se estiende. No me alabeis, buena señora, respondió el anciano, que tal vez la buena fama se engendra de la mala mentira: no la entrada, sino la salida hace á los hombres venturosos: la virtud que tiene por remate el vicio, no es virtud sino vicio; pero con todo esto quiero acredi-

tarme con vos en la opinion que de mí teneis : mirad hoy por vuestra casa, porque de estas bodas y de estos regocijos que en ella se preparan, se ha de engendrar un fuego que casi toda la consuma. A lo que dijo Groriano, hablando con Ruperta su esposa : Este sin duda debe de ser mágico ó adivino, pues predice lo por venir.

Entreoyó esta razon el anciano, y respondió : No soy mago ni adivino, sino judiciario, cuya ciencia, si bien se sabe, casi enseña á adivinar : creedme, señores, por esta vez siquiera, y dejad esta estancia y vamos á la mia, que en una cercana selva que aquí está, os dará si no tan capaz, mas seguro alojamiento. Apenas hubo dicho esto, cuando entró Bartolomé, criado de Antonio, y dijo á voces : Señores, las cocinas se abrasan, porque en la infinita leña que junto á ellas estaba se ha encendido tal fuego

que muestra no poder apagarle todas las aguas del mar. Tras esta voz acudieron las de otros criados, y comenzaron á acreditarlas los estallidos del fuego; la verdad tan manifiesta acreditó las palabras de Soldino, y asiendo en brazos Periandro á Auristela, sin querer ir primero á averiguar si el fuego se podia atajar ó no, dijo á Soldino: Señor, guíanos á tu estancia, que el peligro de esta ya está manifiesto. Lo mismo hizo Antonio con su hermana Constanza y con Feliz Flora la dama francesa, á quien siguieron Deleasir y Berlarminia, y la moza arrepentida de Talavera se asió del cinto de Bartolomé, y él del cabestro de su bagaje, y todos juntos con los desposados y con la huespeda que conocia bien las adivinanzas de Soldino, le siguieron aunque con tardo paso los guiaba: las demás gentes del meson que no habian estado presentes á las razones de Soldino, que-

daron ocupados en matar el fuego; pero presto su furor les dió á entender que trabajaban en vano, ardiendo la casa todo aquel dia, que á cogerles el fuego de noche, fuera milagro escapar alguno que contara su furia: llegaron en fin á la selva donde hallaron una ermita no muy grande, dentro de la cual vieron una puerta que parecia serlo de una cueva oscura. Antes de entrar en la ermita, dijo Soldino á todos los que le habian seguido: Estos árboles con su apacible sombra os servirán de dorados techos, y la yerba de este amenísimo prado, si no de muy blancas, á lo menos de muy blandas camas; yo llevaré conmigo á mi cueva á estos señores, porque les conviene, y no porque los mejore en la estancia; y luego llamó á Periandro, á Auristela, á Constanza á las tres damas francesas, á Ruperta, á Antonio y á Croriano: y dejando otra mucha gente fuera, se en

cerró con estos en la cueva, cerrando tras sí la puerta de la ermita y la de la cueva.

Viéndose pues Bartolomé y la de Talavera no ser de los escogidos ni llamados de Soldino, ó ya de despecho, ó ya llevados de su ligera condicion, se concertaron los dos, viendo ser tan para en uno, de dejar Bartolomé á sus amos y la moza sus arrepentimientos: y asi aliviaron el bagaje de dos hábitos de peregrinos, y la moza á caballo y el galan á pie, dieron cantonada, ella á sus compasivas señoras, y él á sus honrados dueños, llevando en la intencion de ir tambien á Roma, como iban todos. Otra vez se ha dicho que no todas las acciones verosímiles ni probables se han de contar en las historias, porque si no se les da crédito pierden su valor; pero al historiador no le conviene mas de decir la verdad, parézcalo ó no lo parezca:

con esta máxima pues el que escribió esta historia dice que Soldino con todo aquel escuadron de damas y caballeros bajó por las gradas de la oscura cueva. y á menos de ochenta gradas se descubrió el cielo luciente y claro, y se vieron unos amenos y tendidos prados que entretenian la vista y alegraban las almas; y haciendo Soldino rueda de los que con él habian bajado, les dijo: Señores, esto no es encantamento, y esta cueva por donde aqui hemos venido no sirve sino de atajo para llegar desde allá arriba á este valle que veis que una legua de aqui tiene mas fácil, mas llana y mas apacible entrada; yo levanté aquella ermita, y con mis brazos y con mi continuo trabajo cavé la cueva y hice mio este valle, cuyas aguas y cuyos frutos con prodigalidad me sustentan: aqui huyendo de la guerra, hallé la paz; la hambre que en ese mundo de allá arriba, si asi se pue-

de decir, tenia, hallo aquí á la hartura; aquí en lugar de los príncipes y monarcas que mandaban en el mundo, á quien yo servia, he hallado á estos árboles mudos, que aunque altos y pomposos son humildes: aquí no suena en mis oidos el desden de los emperadores, el enfado de sus ministros; aquí no veo dama que me desdeñe, ni criado que mal me sirva; aquí soy yo señor de mí mismo; aquí tengo mi alma en mi palma, y aquí por via recta encamino mis pensamientos y mis deseos al Cielo; aquí he dado fin al estudio de las matemáticas, he contemplado el curso de las estrellas y el movimiento del sol y de la luna: aquí he hallado causas para alegrarme y causas para entristecerme, que aunque están por venir, serán ciertas segun yo pienso, que corren parejas con la misma verdad: agora, agora como presente veo quitar la cabeza á un valiente pirata un valero-

so mancebo de la casa de Austria nacido
Oh! si le viésedes, como yo le veo, arrastrando estandartes por el agua, bañando con menosprecio sus medias lunas pelando sus luengas colas de caballos abrasando bajeles, despedazando cuerpos y quitando vidas! Pero ay de mi que me hace entristecer otro coronado jóven, tendido en la seca arena, de mil moras lanzas atravesado; el uno nieto, el otro hijo del rayo espantoso de la guerra, jamás como se debe alabado Cárlos V, á quien yo serví muchos años y serviria hasta que la vida se me acabara, si no lo estorbara el querer mudar la milicia mortal en la divina: aqui estoy, donde sin libros, con sola la esperiencia que he adquirido con el tiempo de mi soledad, te digo, ó Croriano (en saber yo tu nombre sin haberte visto jamás me acreditaré contigo), que gozarás de tu Ruperta largos años; y á tu

Periandro, te aseguro buen suceso de tu peregrinacion; tu hermana Auristela no lo será presto, y no porque ha de perder la vida con brevedad: á tí, ó Constanza, subirás de condesa á duquesa, y tu hermano Antonio al grado que su valor merece: estas señoras francesas, aunque no consigan los deseos que agora tienen, conseguirán otros que las honren y contenten: el haber pronosticado el fuego, el saber vuestros nombres sin haberos visto jamás, las muertes que he dicho que he visto antes que vengan, os podrán mover, si quereis, á creerme, y mas cuando halléis ser verdad que vuestro mozo Bartolomé con el bagaje y con la moza castellana se ha ido y os ha dejado á pié: no le sigais, porque no le alcanzaréis; la moza es mas del suelo que del Cielo, y quiere seguir su inclinacion á despecho y pesar de vuestros consejos. Español soy, que me obliga á ser

cortés y á ser verdadero; con la cortesia os ofrezco cuanto estos prados me ofrecen, y con la verdad á la esperiencia de todo cuanto os he dicho, si os maravillase de ver á un español en esta agena tierra, advertid que hay sitios y lugares en el mundo saludables mas que otros, y este en que estámos lo es para mi mas que ninguno; las alquerias, caserías y lugares que hay por estos contornos, las habitan gentes católicas y santas; cuando conviene recibo los sacramentos, y busco lo que no pueden ofrecer los campos para pasar la humana vida. Esta es la que tengo, de la cual pienso salir á la siempre duradera y por agora no mas, sino vámonos arriba, darémos sustento á los cuerpos como aquí abajo le hemos dado á las almas.



CAPITULO XIX.

Aderezóse la pobre mas que limpia comida, aunque fue muy limpia. cosa no muy nueva para los cuatro peregrinos, que se acordaron entonces de la isla Bárbara y de las Ermitas, donde quedó Rutilio y adonde ellos comieron de los ya sazonados y ya no frutos de los árboles; tambien se les vino á la memoria la profecia falsa de los isleños, y las muchas de Mauricio, con las moriscas

de Xadraque, y últimamente con la del español Soldino parecíales que andaban rodeados de adivinanzas y metidos hasta el alma en la judiciaria astrologia, que á no ser acrediatada con la esperiencia, con dificultad le dieran crédito. Acabóse la breve comida salió Soldino con todos los que con él estaban al camino para despedirse de ellos, y en él echaron menos á la moza castellana y á Bartolomé el del bagaje cuya falta no dió poca pesadumbre á los cuatro porque les faltaba el dinero y la reposteria; mostró congojarse Antonio y quiso adelantarse á buscarle, porque bien se imaginó que la moza le llevaba ó él llevaba á la moza, ó por mejor decir, el uno se llevaba al otro; pero Soldino le dijo que no tuviese pena, ni se moviese á buscarlos, porque otro dia volveria su criado arrepentido del hurto y entregaria cuanto habia llevado: cre

yéronlo, y así no procuró Antonio de buscarle, y mas que Feliz Flora ofreció á Antonio de prestarle cuanto hubiese menester para su gasto y el de sus compañeros desde allí á Roma, á cuya liberal oferta se mostró Antonio agradecido lo posible, y aun se ofreció de darle prenda que cupiese en el puño, y en el valor pasase de cincuenta mil ducados, y esto fue pensando de darle una de las dos perlas de Auristela, que con la cruz de diamantes, guardadas siempre consigo las traia. No se atrevió Feliz Flora á creer la cantidad del valor de la prenda, pero atrevióse á volver á hacer el ofrecimiento hecho.

Estando en esto, vieron venir por el camino y pasar por delante de ellos hasta ocho personas á caballo, entre las cuales iba una muger sentada en un rico sillon y sobre una mula, vestida de camino, toda de verde hasta el sombrero, que con ricas

y varias plumas azotaba el aire, con un antifaz asimismo verde cubierto el rostro pasaron por delante de ellos, y con bajar las cabezas sin hablar palabra alguna los saludaron y pasaron de largo: los del camino tampoco hablaron palabra, y al mismo modo les saludaron; quedábase atrás uno de los de la compañía, y llegándose á ellos, pidió por cortesia un poco de agua: diéronsela y preguntáronle ¿que gente era la que iba alli delante, y que dama la de lo verde? A lo que el caminante respondió: El que alli adelante va es el señor Alejandro Castrucho, gentil hombre capuano, y uno de los ricos varones, no solo de Capua, sino de todo el reino de Nápoles; la dama es su sobrina, la señora Isabela Castrucho, que nació en España, donde deja enterrado á su padre, por cuya muerte su tio la lleva á casar á Capua, y á lo que yo creo no muy contenta. Eso será, respondió el

escudero enlutado de Ruperta, no porque va á casarse, sino porque el camino es largo, que yo para mí tengo que no hay muger que no desee enterrarse con la mitad que le falta, que es la del marido. No sé esas filosofías, respondió el caminante, solo sé que va triste, y la causa ella se la sabe; y á Dios quedad, que es mucha la ventaja que mis dueños me llevan, y picando apriesa se les fue de la vista, y ellos despidiéndose de Soldino le abrazaron y le dejaron. Olvidábaseme de decir como Soldino habia aconsejado á las damas francesas que siguiesen el camino derecho de Roma, sin torcerle para entrar en Paris, porque así les convenia: este consejo fue para ellas como si se lo dijera un oráculo, y así con parecer de los peregrinos determinaron de salir de Francia por el Delfinado, y atravesando el Piamonte y el estado de Milan, ver á Florencia y luego á Roma.

Tanteado pues este camino, con propósito de alargar algun tanto mas las jornadas que hasta allí caminaron, otro dia al romper del alba vieron venir hácia ellos al tenido por ladron, Bartolomé el bagajero, detrás de su bagaje y él vestido como peregrino: todos gritaron cuando le conocieron, y los mas le preguntaron qué huida habia sido la suya, qué trage aquel y qué vuelta aquella. A lo que él hincado de rodillas delante de Constanza casi llorando, respondió á todos: Mi huida no sé como fue, mi trage ya veis que es de peregrino, mi vuelta es á restituir lo que quizá y sin quizá en vuestras imaginaciones me tenia confirmado por ladron; aquí, señora Constanza, viene el bagaje con todo aquello que en el estaba, escepto dos vestidos de peregrinos, que el uno es este que yo traigo, y el otro queda haciendo romera á la ramera de Talavera, que doy yo á

diablo al amor y al bellaco que me lo enseñó, y es lo peor que lo conozco y determino ser soldado debajo de su bandera, porque no siento fuerzas que se opongan á las que hace el gusto con los que poco saben; écheme vuesa merced su bendicion, y déjeme volver que me espera Luisa, y advierta que vuelvo sin blanca, fiado en el donaire de mi moza, mas que en la ligereza de mis manos, que nunca fueron ladronas ni lo serán, si Dios me guarda el juicio, si viviese mil siglos.

Muchas razones le dijo Periandro para estorbarle su mal propósito; muchas le dijo Auristela, y muchas mas Constanza y Antonio: pero todo fue, como dicen, dar voces al viento y predicar en desierto. Limpióse Bartolomé sus lágrimas, dejo su bagaje, volvió las espaldas y partio en un vuelo, dejando á todos admirados de su amor y de su simpleza. Anto-

nio viéndole partir tan de carrera, puso una flecha en su arco, que jamás la disparó un vano, con intencion de atravesarle de parte á parte y sacarle del pecho el amor y la locura; mas Feliz Flora, que pocas veces se le apartaba del lado, le trabó del arco, diciéndole: Déjale, Antonio, que harta mala ventura lleva en ir á poder y á sujetarse al yugo de una muger loca. Bien dices, señora, respondió Antonio, y pues tu le das la vida ¿quien ha de ser poderoso á quitársela? Finalmente, muchos dias caminaron sin sucederles cosa digna de ser contada; entraron en Milan, admiróles la grandeza de la ciudad, su infinita riqueza, sus oros, que allí, no solamente hay oro, sino oros; sus bélicas herrerias, que no parece sino que allí ha pasado las suyas Vulcano; la abondancia infinita de sus frutos; la grandeza de sus templos; y finalmente la agudeza del genio de

moradores: oyeron decir á un huésped suyo que lo mas que habia que ver en aquella ciudad era la Academia de los entronados, que estaba adornada de eminentísimos académicos, cuyos sutiles entendimientos daban que hacer á la fama á todas horas y por todas las partes del mundo: dijo tambien que aquel dia era de academia, y que se habia de disputar si podia haber amor sin zelos. Sí puede, dijo, Periandro, y para probar esta verdad no es menester gastar mucho tiempo. Yo, replicó Auristela, no sé que es amor, aunque sé lo que es querer bien. A lo que dijo Belarminia. No entiendo ese modo de hablar, ni la diferencia que hay entre amor y querer bien. Está, replicó Auristela, en que el querer bien, puede ser sin causa vehemente que os mueva la voluntad, como se puede querer á una criada que os sirve, ó á una estatua ó pintura que bien os parece ó

que mucho os agrada, y estas no dan zelos ni los pueden dar; pero aquello que dicen que se llama amor, que es una vehemente pasion del ánimo, como dicen, ya que no dé zelos, puede dar temores que lleguen á quitar la vida, del cual temor á mi me parece que no puede estar libre el amor en ninguna manera. Mucho has dicho, señora, respondió Periandro, porque no hay ningun amante que esté en posesion de la cosa amada que no tema el perderla: no hay ventura tan firme que tal vez no dé vaivenes: no hay clavo tan fuerte que pueda detener la rueda de la fortuna, y si el deseo que nos lleva á acabar presto nuestro camino no lo estorbara, quizá mostrara yo hoy en la Academia que puede haber amor sin zelos, pero no sin temores. Cesó esta plática, estuvieron cuatro dias en Milan, en los cuales comenzaron á ver sus grandezas, porque á acabarlas de ver no die-

ran tiempo cuatro años; partiéronse de allí y llegaron á Luca, ciudad pequeña, pero hermosa y libre, que debajo de alas del Imperio y de España se descuella y mira exenta á las ciudades de los príncipes que la desean: allí mejor que en en otra parte ninguna son bien vistos y recibidos los Españoles, y es la causa, que en ella no mandan ellos sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de mas de un dia, no dan lugar á mostrar su condicion, tenida por arrogante: aquí aconteció á nuestros pasajeros una de las mas estrañas aventuras que se han contado en todo el dicurso de este libro.



CAPITULO XX.

Las posadas de Luca son capaces para alojar una compañía de soldados, en una de las cuales se alojó nuestro escuadron. siendo guiado de las guardas de las puertas de la ciudad, que se los entregaron al huésped por cuenta, para que á la mañana ó cuando se partiesen la habia de dar de ellos. Al entrar vió la señora Ruperta que salia un médico, que tal le pareció en el trage, diciendo á la hue-

peda de la casa, que tambien le pareció no podia ser otra: Yo, señora, no me acabo de desengañar si esta doncella está loca ó endemoniada, y por no errar digo que está endemoniada y loca, y con todo eso tengo esperanza de su salud, si es que su tio no se da priesa á partirse. ¡Ay Jesus! dijo Ruperta: ¿y en casa de endemoniados y locos nos apeamos? En verdad, que si se toma mi parecer no hemos de poner los pies dentro: á lo que dijo la huespeda: Sin escrúpulo puede V. S. (que este es el merced de Italia) apearse, porque de cien leguas se puede venir á ver lo que está en esta posada. Apéaronse todos; y Auristela y Constanza, que habian oido las razones de la huéspeda, le preguntaron qué habia en aquella posada que tanto encarecia el verla. Vénganse conmigo, respondió la huéspeda, y verán lo que verán, y dirán lo que yo digo. Guió y si-

guiéronla, donde vieron echada en u
lecho dorado á una hermosísima much
cha, de edad al parecer de diez y se
ó diez y siete años: tenia los brazos a
pados y atados con unas vendas á los ba
laustres de la cabecera del lecho, com
que le querian estorbar el moverlos á nin
guna parte; dos mugeres, que debian d
servirla de emfermeras, andaban buscán
dole las piernas para atárselas tambié
A lo que la enferma dijo: «Basta que
me aten los brazos, que todo lo dem
las ataduras de mi honestidad lo tiene
ligado: y volviéndose á las peregrina
con levantada voz dijo: Figuras del Cie
lo, ángeles de carne, sin duda creo q
venis a darme salud, porque de tan he
mosa presencia y de tan cristiana vis
no se puede esperar otra cosa: por
que debeis á ser quien sois, que
mucho, que mandeis que me desat
que con cuatro ó cinco bocados que n

dé en el brazo, quedaré harta y no me haré mas mal, porque no estoy tan loca como parezco, ni el que me atormenta es tan cruel que dejará que me muerda. ¡ Pobre de tí, sobrina! dijo un anciano que habia entrado en el aposento; ¡ y cual te tiene ese que dices que no ha de dejar que te muerdas! Encomiéndate á Dios, Isabela, y procura comer, no de tus hermosas carnes, sino de lo que te diere este tu tio que bien te quiere: lo que cria el aire, lo que mantiene el agua, lo que sustenta la tierra te traeré, que tu mucha hacienda y mi voluntad mucha te lo ofrece todo. La doliente moza respondió: Déjenme sola con estos ángeles; quizá mi enemigo el demonio huirá de mí por no estar con ellos. Y señalando con la cabeza que se quedasen con ella Auristela, Constanza, Ruperta y Feliz Flora, dijo que los demas se saliesen, como se hizo con

voluntad y aun con ruegos de su anciano y lastimado tio, del cual supieron ser aquella la gentil dama de lo verde, que al salir de la cueva del sabio Español habian visto pasar por el camino, que el criado que se quedó atrás les dijo que se llamaba Isabela Castrucho, y que se iba á casar al reino de Nápoles.

Apenas se vió sola la enferma, cuando mirando á todas partes, dijo que mirasen si habia otra persona en el aposento que aumentase el número de los que ella dijo que se quedasen: mirólo Ruperta y escudriñólo todo, y aseguró no haber otra persona que ellos: con esta seguridad sentóse Isabela, como pudo, en el lecho, y dando muestras de que queria hablar de propósito, rompió la voz con un tan grande suspiro que pareció que con el se le arrancaba el alma; el fin del cual fue tenderse otra vez en el lecho, y quedar desmayada, con señales tan de muer-

te, que obligó á los circunstantes á dar voces pidiendo un poco de agua para bañar el rostro de Isabela, que á mas andar se iba al otro mundo. Entró el misero tio, llevando una cruz en la una mano, y en la otra un hisopo bañado en agua bendita; entraron asimismo con él dos sacerdotes, que creyendo ser el demonio quien la fatigaba, pocas veces se apartaban de ella; entró asimismo la huéspeda con el agua, rociáronle el rostro, y volvió en sí diciendo: Escusadas son por agora estas prevenciones; yo saldré presto, pero no ha de ser cuando vosotros quisiéredes, sino cuando á mi me parezca, que será cuando viniere á esta ciudad Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, caballero de esta ciudad, el cual Andrea agora está estudiando en Salamanca bien descuidado de estos sucesos. Todas estas razones acabaron de confirmar en los oyentes la opinion que tenian de estar Isabela

endemoniada, porque no podian pensar como pudiese saber ella Juan Bautista Marulo quien fuese y su hijo Andrea; y no faltó quien fuese luego á decir al ya nombrado Juan Bautista Marulo lo que la bella endemoniada de él y de su hijo habia dicho. Tornó á pedir que la dejasen sola con los que antes habia escogido; dijéronle los sacerdotes los Evangelios, y hicieron su gusto, llevándole todas de la señal que habia dicho que daria cuando el demonio la dejase libre, que indubitablemente la juzgaron por endemoniada. Feliz Flora hizo de nuevo la pesquisa de la estancia, y cerrando la puerta de ella, dijo á la enferma: Solas estámos; mira, señora, lo que quieres. Lo que quiero es, respondió Isabela, que me quiten estas ligaduras, que aunque son blandas me fatigan, porque me impiden. Hiciéronlo asi con mucha diligencia, y sentándose Isabela en el le

cho, asió de la una mano á Auristela y de la otra á Ruperta, y hizo que Constanza y Feliz Flora se sentasen junto á ella en el mismo lecho; y así apiñadas en un hermoso monton, con voz baja y lágrimas en los ojos, dijo:

Yo, señoras, soy la infelice Isabela Castrucho, cuyos padres me dieron nobleza, la fortuna hacienda, y los Cielos algun tanto de hermosura: nacieron mis padres en Capua, pero engendráronme en España, donde nací, y me crié en casa de este mi tio que aquí está, que en la corte del Emperador la tenia. ¡Válame Dios! ¿y para qué tomo yo tan de atrás la corriente de mis desventuras? Estando, pues, yo en casa de este mi tio, ya huérfana de mis padres, que á él me dejaron encomendada y por tutor mio, llegó á la Corte un mozo á quien yo vi en una iglesia y le miré tan de propósito: : : y no os parezca esto, señoras, desenvoltura

que no parecerá si consideráredes que soy muger: digo que le miré en la iglesia de tal modo, que en casa no podia estar sin mirarle, porque quedó su presencia tan impresa en mi alma, que no podia apartarla de mi memoria; finalmente, no me faltaron medios para entender quien él era y la calidad de su persona, y qué hacia en la Corte, ó donde iba; y lo que saqué en limpio fue que se llamaba Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, caballero de esta ciudad mas noble que rico, y que iba á estudiar á Salamanca: en seis dias que allí estuvo tuve órden de escribirle quien yo era y la mucha hacienda que tenia, y que de mi hermosura se podia certificar viéndome en la iglesia; escribile asimismo que entendia que este mi tio me queria casar con un primo mio, porque la hacienda se quedase en casa, hombre no de mi gusto ni de mi condicion.

como es verdad: dijele asimismo que la ocasion en mi le ofrecia sus cabellos, que los tomase, y que no diese lugar, en no hacello, al arrepentimiento, y que no tomase de mi facilidad ocasion para no estimarme. Respondió, despues de haberme visto no sé cuantas veces en la iglesia, que por mi persona sola sin los adornos de la nobleza y de la riqueza me hiciera señora del mundo si pudiera. y que me suplicaba durase firme algun tiempo en mi amorosa intencion, lo menos hasta que él dejase en Salamanca á un amigo suyo que con él de esta ciudad habia partido á seguir el estudio. Respondile que si haria, porque en mi no era èl amor importuno ni indiscreto que presto nace y presto se muere: dejóme entonces por honrado, pues no quiso faltar á su amigo: y con lágrimas como enamorado, que yo se las vi verter pasando por mi calle el dia que se partió sin dejarme, y

yo me fui con él sin partirme. Otro dia, ¡ quien podrá creer esto ! ¡ que de rodeos tienen las desgracias para alcanzar mas presto á los desdichados ! digo, que otro dia concertó mi tio que volviésemos á Italia, sin poderme escusar, ni valerme el fingirme enferma, porque el pulso y la color me hacian sana : mi tio no quiso creer que de enferma, sino de mal contenta del casamiento, buscaba trazas para no partirme. En este tiempo le tuve para escribir á Andrea lo que me habia sucedido, y que era forzoso el partirme, pero que yo procuraria pasar por esta ciudad, donde pensaba fingirme endemoniada y dar lugar con esta traza á que él le tuviese de dejar á Salamanca y venir a Luca, adonde á pesar de mi tio y aun de todo el mundo seria mi esposo : así que, en su diligencia estaba mi ventura y aun la suya si queria mostrarse agradecido. Si las cartas llega-

ron á sus manos, que si debieron llegar porque los portes las hacen ciertas, antes de tres dias ha de estar aquí: yo por mi parte he hecho lo que he podido; una legion de demonios tengo en el cuerpo, que lo mismo es tener una onza de amor en el alma cuando la esperanza desde lejos la anda haciendo cocos. Esta es, señoras mias, mi historia; esta mi locura; esta mi enfermedad; mis amorosos pensamientos son los demonios que me atormentan; paso hambre porque espero hartura; pero con todo eso la desconfianza me persigue, porque como dicen en Castilla, *á los desdichados se les suelen helar las migas entre la boca y la mano.* Haced, señoras, de modo que acrediteis mi mentira y fortalezcais mis discursos, haciendo con mi tio que puesto que yo no sane, no me ponga en camino por algunos dias: quizá permitirá el Cielo que llegue el de mi contento con la ve-

nida de Andrea. No habrá para qué preguntar si se admiraron ó no los oyentes de la historia de Isabela, pues la historia misma se trae consigo la admiracion para ponerla en las almas de los que la escuchan. Ruperta, Auristela, Constanza y Feliz Flora le ofrecieron de fortalecer sus designios, y de no partirse de aquel lugar hasta ver el fin de ellos; pues á buena razon no podia tardar mucho.

—

CAPITULO XXI.

Priesa se daba la hermosa Isabela Castrucho á revalidar su demonio, y priesa se daban las cuatro ya sus amigas á fortalecer su enfermedad, afirmando con todas las razones que podian de que verdaderamente era el demonio el que hablaba en su cuerpo; porque se vea quien es el amor, pues hace parecer endemoniados á los amantes. Estando en esto, que seria casi al anochecer, volvió el mó-

dico á hacer la segunda visita, y acaso trajo con él á Juan Bautista Marulo, padre de Andrea el enamorado; y al entrar del aposento de la enferma, dijo: Vea V. señor Juan Baptista Marulo, la lástima de esta doncella, y si merece que en su cuerpo de ángel se ande esparciendo el demonio; pero una esperanza nos consuela, y es que nos ha dicho que presto saldrá de aqui, y dará por señal de su salida la venida del señor Andrea vuestro hijo, que por instantes aguarda. Asi me lo han dicho, respondió el señor Juan Bautista, y holgariame yo que cosas mias fuesen paraninfos de tan buenas nuevas. Gracias á Dios y á mi diligencia, dijo Isabela, que si no fuera por mi, él se estuviera ahora quedo en Salamanca haciendo lo que Dios se sabe: créame, señor Juan Bautista que está presente, que tiene un hijo mas hermoso que santo, y menos estudiante que galan, que

mal hayan las galas y las atildaduras de los mancebos que tanto daño hacen en la república, y mal hayan juntamente las espuelas que no son de rodaja, y los acicates que no son puntiagudos, y las mulas de alquiler que no se aventajan á las postas: con estas fue ensartando otras razones equívocas, conviene á saber, de dos sentidos, que de una manera los entendian sus secretarias y de otra las demas circunstantes; ellas las interpretaban verdaderamente, y los demas como desconcertados disparates. ¿Donde vistes vos, señora, dijo Marulo, á mi hijo Andrea? fue en Madrid ó en Salamanca? No fue sino en Illescas, dijo Isabela, cogiendo guindas la mañana de San Juan al tiempo que alboreaba; mas si va á decir verdad, que es milagro que yo la diga, siempre le veo y siempre le tengo en el alma. Aun bien, replicó Marulo, que esté mi hijo cogiendo guindas y no es-

pulgándose, que es mas propio de los estudiantes. Los estudiantes que son caballeros, respondió Isabela, de pura fantasía pocas veces se espulgan, pero muchas se rascan; que estos animalejos que se usan en el mundo tan de ordinario, son tan atrevidos, que así se entran por las calzas de los príncipes, como por las frazadas de los hospitales. Todo lo sabes, malino, dijo el médico; bien parece que eres viejo, y esto encaminando sus razones al demonio que pensaba que tenia Isabela en el cuerpo. Estando en esto, que no parece sino que el mismo Satanas lo ordenaba, entró el tio de Isabela con muestras de grandísima alegría, diciendo: ¡Albricias, sobrina mia, albricias, hija de mi alma! que ya ha llegado el señor Andrea Marulo, hijo del señor Juan Bautista que está presente. Ea, dulce esperanza mia, cúmplenos la que nos has dado, de que has de quedar libre en vién

dole: ea, demonio maldito, *va de retro, exi foras*, sin que lleves pensamiento de volver á esta estancia, por mas barrida y escombrada que la veas. Venga, venga, replicó Isabela, ese putativo Ganimedes, ese contrahecho Adónis, y déme la mano de esposo, libre, sano y sin cautela; que yo le he estado aquí aguardando mas firme que roca puesta á las ondas del mar, que la tocan, mas no la mueven.

Entró de camino Andrea Marulo, á quien ya en casa de sus padres le habian dicho la enfermedad de la estranjera Isabela, y de como le esperaba para darle por seña de la salida del demonio. El mozo, que era discreto y estaba prevenido por las cartas que Isabela le envió á Salamanca, de lo que habia de hacer, si la alcanzaba en Luca, sin quitarse las espuelas acudió á la posada de Isabela y entró por su estancia como atontado y loco, diciendo: A fuera, á

fuera; á fuera. aparta, aparta, aparta: que entra el valeroso Andrea, cuadrillero mayor de todo el infierno, si es que no basta de una escuadra. Con este alboroto y voces casi quedaron admirados los mismos que sabian la verdad del caso. tanto que dijo el médico y aun su mismo padre: Tan demonio es este, como el que tiene Isabela; y su tio dijo: Esperábamos á este mancebo para nuestro bien, y creo que ha venido para nuestro mal. Sosiégate, hijo, sosiégate, dijo su padre, que parece que estás loco. ¿No lo ha de estar, dijo Isabela, si me ve á mi? ¿no soy yo por ventura el centro donde reposan sus pensamientos? no soy yo el blanco donde asestan sus deseos? Si por cierto, dijo Andrea, sí, que vos sois señora de mi voluntad, descanso de mi trabajo, y vida de mi muerte; dadme la mano de ser mi esposa, señora mia, y sacadme de la esclavitud en que

me veo, á la libertad de verme debajo de vuestro yugo: dadme la mano, digo otra vez, bien mio, y alzadme de la humildad de ser Andrea Marulo á la alteza de ser esposo de Isabela Castrucho: vayan de aquí fuera los demonios que quisieren estorbar tan sabroso nudo, y no procuren los hombres apartar lo que Dios junta. Tú dices bien, señor Andrea, replicó Isabela, y sin que aquí intervengan trazas, máquinas ni embelecos, dame esa mano de esposo y recibeme por tuya. Tendió la mano Andrea, y en aquel instante alzó la voz Auristela, y dijo: Bien se la pueden dar, que para en uno son.

Pasmado y atónito tendió tambien la mano su tio de Isabela y trabó de la de Andrea, y dijo: ¿Qué es esto, señores? ¿Usase en este pueblo que se case un diablo con otro? Que no, dijo el médico, que esto debe de ser burlando para que el diablo se vaya, porque no es po-

sible que este caso que va sucediendo pueda ser prevenido por entendimiento humano. Con todo eso, dijo el tio de Isabela, quiero saber de la boca de entrambos qué lugar le darémos á este casamiento, el de la verdad ó el de la burla. El de la verdad, respondió Isabela, porque ni Andrea Marulo está loco ni yo endemoniada; yo le quiero y escojo por mi esposo, si es que él me quiere y me escoge por su esposa. No loco ni endemoniado, sino con mi juicio entero, tal cual Dios ha sido servido de dármele; y diciendo esto tomó la mano de Isabela y ella le dió la suya y con dos síes quedaron indubitablemente casados. ¿Qué es esto, dijo Castrucho? ¡otra vez aqui de Dios! ¿como, y es posible que así se deshonren las canas de este viejo? No las puede deshonrar, dijo el padre de Andrea, ninguna cosa mia: yo soy noble, y no demasiadamente rico; no

tan pobre que haya menester á nadie; no entro ni salgo en este negocio: sin mi sabiduría se han casado los muchachos, que en los pechos enamorados la discrecion se adelanta á los años; y si las mas veces los mozos en sus acciones disparan, muchas aciertan; y cuando aciertan, aunque sea acaso, esceden con muchas ventajas á las mas consideradas: pero mírese con todo eso, si lo que aquí ha pasado puede pasar adelante, porque si se puede deshacer, las riquezas de Isabela no han de ser parte para que yo procure la mejora de mi hijo. Dos sacerdotes que se hallaron presentes dijeron que era válido el matrimonio; presupuesto, que si con parecer de locos le habian comenzado, con parecer de verdaderamente cuerdos le habian confirmado. Y de nuevo le confirmamos, dijo Andrea, y lo mismo dijo Isabela; oyendo lo cual su tio, se le cayeron las alas del corazon

y la cabeza sobre el pecho ; y dando un profundo suspiro , vueltos los ojos en blanco , dió muestras de haberle sobrevenido un mortal parasismo : llováronle sus criados al lecho ; levantóse del suyo Isabela ; llevóla Andrea á casa de su padre como á su esposa; y de allí á dos dias entraron por la puerta de una iglesia un niño , hermano de Andrea Marulo , á bautizar , Isabela y Andrea á casarse , y á enterrar el cuerpo de su tio ; porque se vean cuan estraños son los sucesos de esta vida: unos á un mismo punto se bautizan, otros se casan y otros se entierran : con todo eso se puso luto Isabela , porque esta que llaman muerte , mezcla los tálamos con las sepulturas y las galas con los lutos. Cuatro dias mas estuvieron en Luca nuestros peregrinos y la escuadra de nuestros pasajeros, que fueron regalados de los desposados y del noble Juan Bautista Marulo. Y aquí dió fin nuestro autor al tercero libro de esta historia.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO I.

Disputóse entre nuestra peregrina escuadra, no una sino muchas veces, si el casamiento de Isabela Castrucho con tantas máquinas fabricado podia ser valedero; á lo que Periandro muchas veces dijo que si, cuanto mas que no les tocaba á ellos la averiguacion de aquel caso: pero lo que á él le habia descontentado era la junta del bautismo, casamiento y la sepultura, y la ignorancia del médico, que no atinó con la traza de Isabela ni con el peligro de su tio. Unas veces

trataban en esto y otras en referir los peligros que por ellos habian pasado: andaban Croriano y Ruperta su esposa atentísimos inquiriendo quien fuesen Periandro y Auristela, Antonio y Constanza, lo que no hacian por saber quien fuesen las tres damas francesas, que desde el punto que las vieron, fueron de ellos conocidas. Con esto, á mas que medianas jornadas, llegaron á Aquapendente, lugar cercano á Roma, á la entrada de la cual villa, adelantándose un poco Periandro y Auristela de los demas, sin temor de que nadie los escuchase ni oyese, Periandro habló á Auristela de esta manera: Bien sabes, ó señora, que las causas que nos movieron á salir de nuestra patria y á dejar nuestro regalo, fueron tan justas como necesarias: ya los aires de Roma nos dan en el rostro, ya las esperanzas que nos sustentan nos bullen en las almas, ya, ya hago

cuenta que me veo en la dulce posesion esperada: mira, señora, que será bien que dés una vuelta á tus pensamientos, y escudriñando tu voluntad mires si estás en tu entereza primera, ó si lo estarás despues de haber cumplido tu voto, de de lo que yo no dudo, porque tu Real sangre no se engendró entre promesas mentirosas ni entre dobladas trazas: de mí te sé decir, ó hermosa Sigismunda, que este Periandro que aquí ves, es el Pérsiles que en la casa del Rey mi padre viste, aquel, digo, que te dió palabra de ser tu esposo en los alcázares de su padre, y te la cumplirá en los desiertos de Libia si allí la contraria fortuna nos llevase.

Ibale mirando Auristela atentisimamente, maravillada de que Periandro dudase de su fe, y asi le dijo: Sola una voluntad, ó Persiles, he tenido en toda mi vida, y esa habrá dos años que te la

entregué, no forzada sino de mi libre albedrío, la cual tan entera y firme está agora como el primer dia que te hice señor de ella; la cual, si es posible que se aumente, se ha aumentado y crecido entre los muchos trabajos que hemos pasado: de que tú estés firme en la tuya, me mostraré tan agradecida, que en cumpliendo mi voto haré que se vuelvan en posesion tus esperanzas. Pero dime, ¿qué harémos despues que una misma coyunda nos ate y un mismo yugo oprima nuestros cuellos? Lejos nos hallamos de nuestras tierras, no conocidos de nadie en las agenas, sin arrimo que sustente la biedra de nuestras incomodidades: no digo esto porque me falte el ánimo de sufrir todas las del mundo como esté contigo; sino dígolo porque cualquiera necesidad tuya me ha de quitar la vida: hasta aquí, ó poco menos de hasta aquí, padecia mi alma en sí sola:

pero de aquí adelante padeceré en ella y en la tuya, aunque he dicho mal en partir estas dos almas, pues no son mas que una. Mira, señora, respondió Periandro, como no es posible que ninguno fabrique su fortuna, puesto que dicen que cada uno es el artífice de ella desde el principio hasta el cabo; así yo no puedo responderte agora lo que harémos despues que la buena suerte nos junte: rómpase agora el inconveniente de nuestra division, que despues de juntos, campos hay en la tierra que nos sustenten y chozas que nos recojan y hatos que nos encubran; que á gozarse dos almas que son una, como tú hás dicho, no hay contentos con que igualarse, ni dorados techos que mejor nos alberguen: no nos faltará medio para que mi madre la Reina sepa donde estámos, ni á ella le faltará industria para socorrernos: y en tanto esa cruz de diamantes

que tienes, y esas dos perlas inestimables comenzarán á darnos ayudas, sino que temo que al deshacernos de ellas, se ha de deshacer nuestra máquina, porque, ¿como se ha de creer que prendas de tanto valor se encubran debajo de una esclavina? Y por venir dándoles alcance la demas compañía, cesó su plática, que fue la primera que habian habiado en cosas de su gusto, porque la mucha honestidad de Auristela jamás dió ocasion á Periandro á que en secreto la hablase: y con este artificio y seguridad notable pasaron la plaza de hermanos entre todos cuantos hasta allí los habian conocido: solamente en el desalmado y ya muerto Clodio pasó la malicia tan adelante, que llegó á sospechar la verdad.

Aquella noche llegaron una jornada antes de Roma, y en un meson, adonde siempre les solia acontecer maravillas, les aconteció esta, si es que así puede

llamarse: estando todos sentados á una mesa, la cual la solicitud del huésped y la diligencia de sus criados tenian abundantemente proveida, de un aposento del meson salió un gallardo peregrino con unas escribanías sobre el brazo izquierdo, y un cartapacio en la mano; y habiendo hecho á todos la debida cortesía, en lengua castellana dijo: Este trage de peregrino que visto, el cual trae consigo la obligacion de que pida limosna al que lo trae, me obliga á que os la pida, y tan aventajada y tan nueva, que sin darme joya alguna ni prendas que lo valgan, me habeis de hacer rico: yo, señores, soy un hombre curioso; sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad Mercurio y Apolo; algunos años me he dado al ejercicio de la guerra, y algunos otros y los mas maduros en el de las letras: en los de la guerra he alcanzado algun buen nom-

bre, y por los de las letras he sido algun tanto estimado; algunos libros he impreso, de los ignorantes no condenados por malos, ni de los discretos han dejado de ser tenidos por buenos; y como la necesidad, segun se dice, es maestra de avivar los ingenios, este mio, que tiene un nô sé qué de fantástico é inventivo, ha dado en una imaginacion algo peregrina y nueva, y es que á costa agena quiero sacar un libro á luz, cuyo trabajo sea, como he dicho, ageno y el provecho mio; el libro se ha de llamar: *Flor de aforismos peregrinos*, conviene a saber, sentencias sacadas de la misma verdad, en esta forma: cuando en el camino ó en otra parte topo alguna persona cuya presencia muestre ser de ingenio y de prendas, le pido me escriba en este cartapacio algun dicho agudo, si es que le sabe, ó alguna sentencia que lo parezca; y de esta manera tengo ajun-

tados mas de trescientos aforismos, todos dignos de saberse y de imprimirse, y no en nombre mio, sino de su mismo autor que lo firmó de su nombre despues de haberlo dicho. Esta es la limosna que pido, y la que estimaré sobre todo el oro del mundo. Dadnos, señor español, respondió Periandro, alguna muestra de lo que pedis por quien nos guiemos; que en lo demas seréis servido como nuestros ingenios lo alcanzaren. Esta mañana, respondió el español, llegaron aquí y pasaron de largo un peregrino y una peregrina españoles, á los cuales por ser españoles declaré mi deseo, y ella me dijo que pusiese de mi mano (porque no sabia escribir) esta razon:

Mas quiero ser mala con esperanza de ser buena, que buena con propósito de ser mala.

Y díjome que firmase. *La peregrina*

de Talavera. Tampoco sabia escribir el peregrino, y me dijo que escribiese:

No hay carga mas pesada que la muger liviana.

Y firmé por él, *Bartolomé el Manchego.* De este modo son los aforismos que pido; y los que espero de esta gallarda compañía serán tales, que realcen á los demas y les sirvan de adorno y de esmalte. El caso está entendido, respondió Croriano; y por mí, tomando la pluma al peregrino y el cartapacio, quiero comenzar á salir de esta obligacion, y escribió:

Mas hermoso parece el soldado muerto en la batalla, que sano en la huida.

Y firmó, *Croriano.* Luego tomó la pluma Periandro y escribió:

Dichoso es el soldado que cuando está peleando sabe que le está mirando su príncipe.

Y firmó. Sucedióle el bárbaro Antonio, y escribió:

La honra que se alcanza por la guerra, como se graba en láminas de bronce y con puntas de acero, es mas firme que las demas honras.

Y firmóse, *Antonio el Bárbaro.* Y como allí no habia mas hombres, rogó el peregrino que tambien aquellas damas escribiesen, y fue la primera que escribió Ruperta y dijo:

La hermosura que se acompaña con la honestidad es hermosura; y la que no, no es mas de un buen parecer.

Y firmó. Segundóla Auristela, y tomando la pluma, dijo:

La mejor dote que puede llevar la muger principal es la honestidad, porque la hermosura y la riqueza el tiempo la gasta ó la fortuna la deshace.

Y firmó; á quien siguió Constanza escribiendo:

No por el suyo, sino por el parecer ageno, ha de escoger la muger el marido

Y firmó. Feliz Flora escribió tambien, y dijo:

A mucho obligan las leyes de la obediencia forzosa, pero á mucho mas las fuerzas del gusto.

Y firmó; y siguiendo Belarminia, dijo:

La muger ha de ser como el armiño, dejandose ántes prender que enlodarse.

Y firmó. La última que escribió fue la hermosa Deleasir, y dijo:

Sobre todas las acciones de esta vida tiene imperio la buena ó la mala suerte, pero mas sobre los casamientos.

Esto fue lo que escribieron nuestras damas y nuestros peregrinos, de lo que el español quedó agradecido y contento: y preguntándole Periandro si sabia algun aforismo de memoria de los que tenia allí escritos, le dijese: á lo que respondió que solo uno diria que le habia dado gran gusto por la firma del que lo habia escrito, que decia:

No desees, y serás el mas rico hombre del mundo.

Y la firma decia: Diego de Ratos, corcovado, zapatero de viejo en Tordesillas, lugar en Castilla la Vieja, junto á Valladolid. Por Dios, dijo Antonio, que la firma está larga y tendida, y que el aforismo es el mas breve y compendioso que pueda imaginarse; porque está claro que lo que se desea es lo que falta, y el que no desea no tiene falta de nada, y así será el mas rico del mundo. Algunos otros aforismos dijo el español que hicieron sabrosa la conversacion y la cena. Sentóse el peregrino con ellos, y en el discurso de la cena dijo: No daré el privilegio de este mi libro á ningun librero en Madrid si me da por el dos mil ducados, que allí no hay ninguno que no quiera los privilegios de balde, ó á lo menos por tan poco precio, que no le luzca al autor del libro: verdad es que tal vez

suelen comprar un privilegio y imprimir un libro con quien piensan enriquecer y pierden en él el trabajo y la hacienda: pero el de estos aforismos escrito se lleva en la frente la bondad y la ganancia.

CAPITULO II.

Bien podia intitularse el libro del Peregrino Español, *Historia peregrina sacada de diversos autores:* y dijera verdad segun habian sido y iban siendo los que la componian, y no les dio poco que reir la firma de Diego de Ratos, el zapatero de viejo, y aun tambien les dió que pensar el dicho Bartolome el manchego que dijo: *que no habia carga mas pesada que la muger liviana*, señal que le debia de

pesar ya la que llevaba en la moza de Talavera. En esto fueron hablando otro dia que dejaron al español moderno y nuevo autor de nuevos y esquisitos libros: y aquel mismo dia vieron á Roma, alegrándoles las almas, de cuya alegría redundaba salud en los cuerpos. Alborozáronse los corazones de Periandro y de Auristela, viéndose tan cerca del fin de su deseo: los de Groriano y Ruperta y los de las tres damas francesas ansi mismo por el buen suceso que prometia el fin próspero de su viaje, entrando a la parte de este gusto los de Constanza y Antonio: heriales el sol por zenit, á cuya causa, puesto que está mas apartado de la tierra que en ninguna otra sazon del dia, hiere con mas calor y vehemencia y habiendoles convidado una cercana selva que a su mano derecha se descubria, determinaron de pasar en ella el rigor de la siesta que les amenazaba y aun qui

zá la noche, pues les quedaba lugar demasiado para entrar el dia siguiente en Roma: hiciéronlo así: y mientras mas entraban por la selva adelante la amenidad del sitio, las fuentes que de entre las yerbas salian, los arroyos que por ella cruzaban les iban confirmando en su mismo propósito.

Tanto habian entrado en ella, cuanto volviendo los ojos vieron que estaban ya encubiertos á los que por el real camino pasaban, y haciéndoles la variedad de los sitios variar en la imaginacion, cual escogerian, segun eran todos buenos y apacibles, alzó á caso los ojos Auristela, y vió pendiente de la rama de un verde sauce un retrato del grandor de una cuartilla de papel, pintado en una tabla no mas del rostro, de una hermosísima muger, y reparando un poco en él, conoció claramente ser su rostro el del retrato, y admirada y suspensa se le ense

ñó á Periandro. A este mismo instante dijo Croriano, que todas aquellas hierbas manaban sangre, y mostró los pies en caliente sangre teñidos. El retrato que luego descolgó Periandro, y la sangre que mostraba Croriano los tuvo confusos á todos, y en deseo de buscar así el dueño del retrato como de la sangre. No podia pensar Auristela quién, donde ó cuando pudiese haber sido sacado su rostro, ni se acordaba Periandro que el criado del duque de Nemurs le habia dicho que el pintor que sacaba los de las tres damas francesas, sacaria tambien el de Auristela con no mas de haberla visto, que si de esto él se acordara, con facilidad diera en la cuenta de lo que no alcanzaba. El rastro que siguieron de la sangre llevó á Croriano y á Antonio que le seguian, hasta ponerlos entre unos espesos árboles que alli cerca estaban, donde vieron al pie de uno un gallardo peregrino senta

do en el suelo, puestas las manos casi sobre el corazon y todo lleno de sangre, vista que les turbó en gran manera. y mas cuando llegándose á él Croriano, le alzó el rostro, que sobre los pechos tenia derribado y lleno de sangre. y limpiándosele con un lienzo conoció sin duda alguna ser el herido el Duque de Nemurs, que no bastó el diferente traje en que le hallaba para dejar de conocerle: tanta era la amistad que con él tenia. El Duque herido, ó á lo menos el que parecia ser el Duque, sin abrir los ojos, que con la sangre los tenia cerrados, con mal pronunciadas palabras dijo: Bien hubieras hecho, ó quien quiera que seas, enemigo mortal de mi descanso, si hubieras alzado un poco mas la mano y dádome en mitad del corazon, que allí si que hallaras el retrato mas vivo y mas verdadero que el que me hiciste quitar del pecho y colgar en el árbol, porque no

me sirviese de reliquia y de escudo en nuestra batalla. Hallóse Constanza en este hallazgo, y como naturalmente era de condicion tierna y compasiva, acudió á mirarle la herida, y á tomarle la sangre, antes que á tener cuenta con las lastimosas palabras que decia. Casi otro tanto le sucedió á Periandro y á Auristela, porque la misma sangre les hizo pasar adelante á buscar el origen de donde procedia, y hallaron entre unos verdes y crecidos juncos tendido otro peregrino, cubierto casi todo de sangre, escepto el rostro que descubierto y limpio tenia; y así sin tener necesidad de limpiársele, ni de hacer diligencias para conocerle, conocieron ser el príncipe Arnaldo que mas desmayado que muerto estaba. La primera señal que dió de vida fue probarse á levantar diciendo: No le llevarás, traidor, porque el retrato es mio por ser el de mi alma; tú le has re-

bado, y sin haberte yo ofendido en cosa, me quieres quitar la vida.

Temblando estaba Auristela con la no pensada vista de Arnaldo, y aunque las obligaciones que le tenia le impelian á que á él se llegase, no osaba por la presencia de Periandro, el cual tan obligado como cortés, asió de las manos del Príncipe, y con voz no muy alta, por no descubrir lo que quizá el Príncipe querria que se callase, le dijo: Volved en vos, señor Arnaldo, y veréis que estais en poder de vuestros mayores amigos; y que no os tiene tan desamparado el Cielo que no os podais prometer mejora de vuestra suerte: abrid los ojos, digo, y veréis á vuestro amigo Periandro, y á vuestra obligada Auristela tan deseosos de serviros como siempre; contadnos vuestra desgracia y todos vuestros sucesos, y prometeos de nosotros todo cuanto nuestra industria y fuerzas alcan

zaren: decidnos si estais herido, y quien os hirió, y en que parte, para que luego se procure vuestro remedio. Abrió en esto los ojos Arnaldo, y conociendo á los dos que delante tenia, como pudo, que fue con mucho trabajo, se arrojó á los pies de Auristela, puesto que abrazado tambien á los de Periandro, que hasta en aquel punto guardó el decoro á la honestidad de Auristela, en la cual puestos los ojos dijo: No es posible que no seas tú, señora, la verdadera Auristela y no imágen suya, porque no tendria ningun espíritu licencia ni ánimo para ocultarse debajo de apariencia tan hermosa: Auristela eres sin duda, y yo tambien sin ella soy aquel Arnaldo que siempre ha deseado servirte: en tu busca vengo, porque si no es parando en tí, que eres mi centro, no tendrá sosiego el alma mia.

En el tiempo que esto pasaba, ya habian dicho á Croriano y á los demas el

hallazgo del otro peregrino, y que daba tambien señales de estar mal herido: oyendo lo cual Constanza, habiendo tomado ya la sangre al Duque, acudió á ver lo que habia menester el segundo herido, y cuando conoció ser Arnaldo, quedó atónita y confusa, y supliendo su discrecion su sobresalto, sin entrar en otras razones le dijo que le descubriese sus heridas: á lo que Arnaldo respondió con señalarle con la mano derecha el brazo izquierdo, señal de que allí tenia la herida. Desnudóle luego Constanza, y hallósele por la parte superior atravesado de parte á parte: tomóle luego la sangre que aun corria, y dijo á Periandro como el otro herido que allí estaba era el Duque de Nemurs, y que convenia llevarlos al pueblo mas cercano donde fuesen curados, porque el mayor peligro que tenian era la falta de la sangre. Al oir Arnaldo el nombre del Duque, se

estremeció todo, y dió lugar á que los frios zelos se entrasen hasta el alma por las calientes venas casi vacías de sangre; y así dijo sin mirar lo que decia: Alguna diferencia hay de un Duque á un Rey; pero en el estado del uno ni del otro, ni aun en el de todos los monarcas del mundo, cabe el merecer á Auristela; y añadió y dijo: No me lleven adonde llevaren al Duque, que la presencia de los agraviadores no ayuda nada á las enfermedades de los agraviados. Dos criados traia consigo Arnaldo y otros dos el Duque, los cuales por órden de sus señores los habian dejado allí solos, y ellos se habian adelantado á un lugar allí cercano para tenerles aderezado alojamiento, cada uno de por si, porque aun no se conocian. Miren tambien, dijo Arnaldo, si en un árbol de estos que están aqui á la redonda, está pendiente un retrato de Auristela sobre quien ha sido la batalla que en-

tre mí y el Duque hemos pasado; quítese y déseme, porque me cuesta mucha sangre y de derecho es mio. Casi esto mismo estaba diciendo el Duque á Ruperta y á Croriano y á los demas que con él estaban; pero á todos satisfizo Periandro diciendo que él le tenia en su poder como en depósito, y que le volveria en mejor coyuntura á cuyo fuese. ¿Es posible, dijo Arnaldo, que se puede poner en duda la verdad de que el retrato sea mio? ¿No sabe ya el Cielo que desde el punto que vi el original le trasladé en mi alma? Pero téngale mi hermano Periandro, que en su poder no tendrán entrada los zelos, las iras y las soberbias de sus pretensores: y llévenme de aqui, que me desmayo. Luego acomodaron en qué pudiesen ir los dos heridos, cuya vertida sangre mas que la profundidad de las heridas les iba poco á poco quitando la vida; y asi los llevaron al lugar donde

sus criados les tenian el mejor alojamiento que pudieron, y hasta entonces no habia conocido el Duque ser el príncipe Arnaldo su contrario.

CAPITULO III.

Envidiosas y corridas estaban las tres damas francesas de ver que en la opinion del Duque estaba estimado el retrato de Auristela mucho mas que ninguno de los suyos, que el criado que envió á retratarlas, como se ha dicho, les dijo que consigo los traia entre otras joyas de mucha estima, pero que en el de Auristela idolatraba : razones y desengaño que las lastimó las almas ; que nunca las hermo

sas reciben gusto, sino mortal pesadumbre de que otras hermosuras igualen á las suyas, ni aun que se les comparen, porque la verdad que comunmente se dice de que toda comparacion es odiosa, en la de las bellezas viene á ser odiosísima, sin que amistades, parentescos, calidades y grandezas se opongan al rigor de esta maldita envidia, que así puede llamarse la que encendia las comparadas hermosuras; dijo ansimismo que viniendo el Duque su señor desde Paris, buscando á la peregrina Auristela, enamorado de su retrato, aquella mañana se habia sentado al pie de un árbol con el retrato en las manos; que así hablaba con el muerto, como con el original vivo: y que estando así, habia llegado el otro peregrino tan paso por las espaldas, que pudo bien oir lo que el Duque con el retrato hablaba, sin que yo y otro compañero mio lo pudiésemos estorbar, porque

estábamos algo desviados. En fin, corrímos á advertir al Duque que le escuchaban ; volvió el Duque la cabeza y vió al peregrino , el cual sin hablar palabra, lo primero que hizo fue arremeter al retrato y quitársele de las manos al Duque , que como le cogió de sobresalto , no tuvo lugar de defenderle como él quisiera , y lo que le dijo fue , á lo menos lo que yo pude entender : Salteador de celestiales prendas, no profanes con tus sacrilegas manos la que en ellas tienes ; deja esa tabla , donde está pintada la hermosura del Cielo, ansi porque no la mereces, como por ser ella mia. Eso no , respondió el otro peregrino ; y si de esta verdad no puedo darte testigos , remitiré su falta á los filos de mi estoque , que en este bordon traigo oculto. Yo si que soy el verdadero posesor de esta incomparable belleza . pues en tierras bien remotas de la que ahora estamos , la compré con mis teso-

ros, y la adore con mi alma, y he servido á su original con mi solicitud y con mis trabajos.

El Duque entonces volviéndose á nosotros, nos mandó con imperiosas razones, los dejásemos solos, y que viniésemos á este lugar, donde le esperásemos, sin tener osadia de volver solamente el rostro á mirarles: lo mismo mandó el otro peregrino á los dos que con él llegaron, que segun parece, tambien son sus criados; con todo esto hurté algun tanto la obediencia á su mandamiento y la curiosidad me hizo volver los ojos, y vi que el otro peregrino colgaba el retrato de un arbol, no porque puntualmente lo viese, sino porque lo conjeturé, viendo que luego desenvainando del bordon que tenia un estoque, ó á lo menos una arma que lo parecia, acometió a mi señor, el cual le salió á recibir con otro estoque, que yo se que en el bordon

traia. Los criados de entrambos quisimos volver á despartir la contienda: pero yo fui de contrario parecer, diciéndoles que pues era igual y entre dos solos, sin temor ni sospecha de ser ayudados de nadie, que los dejásemos y siguiésemos nuestro camino, pues en obedecerles no errábamos, y en volver quizá sí: ahora sea lo que fuere, pues no sé si el buen consejo ó la cobardia nos emperezó los pies y nos ató las manos, ó si la lumbre de los estoques, hasta entonces aun no sangrientos, nos cegó los ojos, que no acertábamos á ver el camino que habia desde allí al lugar de la pendencia, sino el que habia al de este adonde ahora estamos: llegamos aquí, hicimos el alojamiento con priesa, y con mas animoso discurso volvimos á ver lo que habia hecho la suerte de nuestros dueños; hallámoslos cual habeis visto, donde, si vuestra llegada no los socorriera, bien

sin provecho habia sido la nuestra. Esto dijo el criado, y esto escucharon las damas, y esto sintieron de manera, como si fueran amantes verdaderas del Duque; y al mismo instante se deshizo en la imaginacion de cada una la quimera y máquina, si alguna habia hecho ó levantado de casarse con el Duque, que ninguna cosa quita ó borra el amor mas presto de la memoria, que el desden en los principios de su nacimiento: que el desden en los principios del amor tiene la misma fuerza que tiene la hambre en la vida humana: á la hambre y al sueño se rinde la valentia, y al desden los mas gustosos deseos. Verdad es que esto suele ser en los principios, que despues que el amor ha tomado larga y entera posesion del alma, los desdenes y desengaños le sirven de espuelas para que con mas ligereza corra á poner en efecto sus pensamientos. Curáronse los heridos; y dentro de

ocho dias estuvieron para ponerse en camino y llegar á Roma, de donde habian venido cirujanos á verlos.

En este tiempo supo el Duque como su contrario era Príncipe heredero del reino de Dinamarca, y supo ansimismo la intencion que tenia de escogerla por esposa: esta verdad calificó en él sus pensamientos, que eran los mismos que los de Arnaldo. Parecióle que la que era estimada para Reina, lo podia ser para Duquesa; pero entre estos pensamientos, entre estos discursos y imaginaciones se mezclaban los zelos de manera, que le amargaban el gusto y le turbaban el sosiego: en fin, se llegó el dia de su partida, y el Duque y Arnaldo, cada uno por su parte, entró en Roma, sin darse á conocer á nadie, y los demas peregrinos de nuestra compañia llegando á la vista de ella desde un alto montecillo

la descubrieron ; y hincados de rodillas, como á cosa sacra la adoraron, cuando de entre ellos salió una voz de un peregrino que no conocieron, que con lágrimas en los ojos comenzó á decir de esta manera:

¡O grande, o poderosa, o sacrosanta,
Alma ciudad de Roma! á ti me inclino
Devoto, humilde y nuevo peregrino,
A quien admira ver belleza tanta.
Tu vista, que á tu fama se adelanta,
Al ingenio suspende, aunque divino,
De aquel que a verte y adorarte vino
Con tierno afecto y con desnuda planta.
La tierra de tu suelo, que contemplo
Con la sangre de Martires mezclada,
Es la reliquia universal del suelo.
No hay parte en ti que no sirva de ejemplo
De santidad, así como trazada
De la ciudad de Dios al gran modelo.

Cuando acabó de decir este soneto el

peregrino, se volvió á los circunstantes diciendo: Habrá pocos años que llegó á esta santa ciudad un poeta español, enemigo mortal de sí mismo, y deshonra de su nacion, el cual hizo y compuso un soneto en vituperio de esta insigne ciudad y de sus ilustres habitadores: pero la culpa de su lengua pagare su garganta, si le cogieran: yo, no como poeta, sino como cristiano, casi como en descuento de su cargo, he compuesto el que habeis oido. Rogóle Periandro que le repitiese, hizolo asi, alabáronsele mucho, bajaron del recuesto, pasaron por los prados de Madama, entraron en Roma por la puerta del Pópulo, besando primero una y muchas veces los umbrales y márgenes de la entrada de la ciudad santa, antes de la cual llegaron dos Judios á uno de los criados de Croriano, y le preguntaron si toda aquella escuadra de gente tenia estancia conocida y prepara-

da donde alojarse ; sino, que ellos se la darian tal, que pudiesen en ella alojarse príncipes : porque habeis de saber, señor, dijeron, que nosotros somos judíos, yo me llamo Zabulon, y mi compañero Abiud ; tenemos por oficio adornar casas de todo lo necesario, segun y como es la calidad del que quiere habitarlas, y allí llega su adorno, donde llega el precio que se quiere pagar por ellas. A lo que el criado respondió : Otro compañero mio desde ayer está en Roma con intencion que tenga preparado el alojamiento, conforme á la calidad de mi amo y de todos aquellos que aquí vienen. Que me maten, dijo Abiud, si no es este el francés que ayer se contentó con la casa de nuestro compañero Manases, que la tiene aderezada como casa real. Vamos pues adelante, dijo el criado de Croriano, que mi compañero debe de estar por aquí esperando á ser nuestra guia, y cuan-

do la casa que tuviere no fuere tal, nos encomendarémos á la que nos diere el señor Zabulon. Con esto pasaron adelante, y á la entrada de la ciudad vieron los Judíos á Manases, su compañero, y con él al criado de Croriano; por donde vinieron en conocimiento que la posada que los Judios habian pintado, era la rica de Manases; y así alegres y contentos guiaron á nuestros peregrinos, que estaba junto al arco de Portugal.

Apenas entraron las francesas damas en la ciudad, cuando se llevaron tras sí los ojos de casi todo el pueblo, que por ser dia de estacion, estaba llena aquella calle de nuestra Señora del Pópulo de infinita gente: pero la admiracion que comenzó á entrar poco á poco en los que á las damas francesas miraban, se acabó de entrar mucho á mucho en los corazones de los que vieron á la sin par Auristela y á la gallarda Constanza, que á su

lado iba, bien así como van por iguales paralelos dos lucientes estrellas por el cielo: tales iban, que dijo un Romano, que á lo que se cree debia de ser poeta: Yo apostaré que la diosa Vénus, como en los tiempos pasados, vuelve á esta ciudad á ver las reliquias de su querido Eneas. Por Dios, que hace mal el señor Gobernador de no mandar que se cubra el rostro de esta movible imágen: ¿quiere por ventura que los discretos se admiren, que los tiernos se deshagan, y que los necios idolatren? Con estas alabanzas tan hipérboles como no necesarias, pasando adelante el gallardo escuadron, llegó al alojamiento de Manases, bastante para alojar á un poderoso príncipe y á un mediano ejército.



CAPITULO

Estendióse aquel mismo dia la llegada de las damas francesas por toda la ciudad, con el gallardo escuadron de los peregrinos ; especialmente se divulgó la desigual hermosura de Auristela , encareciéndola, si no como ella era , á lo menos cuanto podian las lenguas de los mas discretos ingenios : al momento se coronó la casa de los nuestros de mucha gente que los llevaba la curiosidad y el deseo de ver

tanta belleza junta, segun se habia publicado. Llegó esto á tanto estremo, que desde la calle pedian á voces se asomasen á las ventanas las damas y las peregrinas, que reposando, no querian dejarse ver: especialmente clamaban por Auristela, pero no fue posible que se dejase ver ninguna de ellas.

Entre la demas gente que llegó á la puerta, llegaron Arnaldo y el Duque con sus hábitos de peregrinos; y apenas se hubo visto el uno al otro cuando á entrambos les temblaron las piernas y les palpitaron los pechos: conociólos Periandro desde la ventana, dijoselo á Croriano, y los dos juntos bajaron á la calle para estorbar, en cuanto pudiesen, la desgracia que podian temer de dos tan zelosos amantes. Periandro se pasó con Arnaldo y Croriano con el Duque; y lo que Arnaldo dijo á Periandro, fue: Uno de los cargos mayores que Auristela me

tiene, es el sufrimiento que tengo consintiendo que este caballero francés, que dicen ser el Duque de Nemurs, esté como en posesion del retrato de Auristela, que puesto que está en tu poder, parece que es con voluntad suya, pues yo no le tengo en el mio: mira, amigo Periandro, esta enfermedad que los amantes llaman zelos, que la llamaran mejor desesperacion rabiosa, entran á la parte con ella la envidia y el menosprecio; y cuando una vez se apodera del alma enamorada, no hay consideracion que la sosiegue, ni remedio que la valga; y aunque son pequeñas las causas que la engendran, los efectos que hace son tan grandes, que por lo menos quitan el seso y por lo mas la vida: que mejor es al amante zeloso el morir desesperado, que vivir con zelos; y el que fuere amante verdadero no ha de tener atrevimiento para pedir zelos á la cosa amada; y puesto que llegue á tanta

perfeccion que no los pida, no puede dejarlos de pedir á sí mismo, digo á su misma ventura, de la cual es imposible vivir seguro; porque las cosas de mucho precio y valor tienen en continuo temor, al que las posee ó al que las ama, de perderlas; y esta es una pasion que no se aparta del alma enamorada como accidente inseparable. Aconséjote, ó amigo Periandro, si es que puede dar consejo quien no le tiene para sí, que consideres que soy Rey, y que quiero bien, y que por mil esperiencias estás satisfecho y enterado de que cumpliré con las obras cuanto con palabras he prometido, de recebir á la sin par Auristela tu hermana, sin otra dote que la grande que ella tiene en su virtud y hermosura; y que no quiero averiguar la nobleza de su linaje, pues está claro que no habia de negar naturaleza los bienes de la fortuna á quien tantos dió de sí misma: nunca en

humildes sugetos, ó pocas veces, hacen su asiento virtudes grandes ; y la belleza del cuerpo muchas veces es indicio de la belleza del alma ; y para reducirme á un término solo, te digo lo que otras veces te he dicho, que adoro á Auristela, ora sea del linaje del cielo, ora de los ínfimos de la tierra : y pues ya está en Roma, adonde ella ha librado mis esperanzas, sé tú, ó hermano mio, parte para que me las cumpla, que desde aqui parto mi corona y mi reino contigo ; y no permitas que yo muera escarnecido de este Duque, ni menospreciado de la que adoro.

A todas estas razones, ofrecimientos y promesas respondió Periandro diciendo : Si mi hermana tuviera culpa en las causas que este Duque ha dado á tu enojo, si no la castigara, á lo menos la riñera, que para ella fuera un gran castigo ; pero como sé que no la tiene, no tengo que

responderte: en esto de haber librado tus esperanzas en su venida á esta ciudad, como no sé adonde llegan las que te ha dado, no sé qué responderte: de los ofrecimientos que me haces y me has hecho estoy tan agradecido como me obliga el ser tú el que los haces, y yo á quien se hacen; porque, con humildad sea dicho, ó valeroso Arnaldo, quizá esta pobre muceta de peregrino sirve de nube, que por pequeña que sea suele quitar los rayos al sol: y por ahora sosiégate, que ayer llegámos á Roma, y no es posible que en tan breve espacio se hayan fabricado discursos, dado trazas y levantado quimeras que reduzcan nuestras acciones á los felices fines que deseamos: huye en cuanto te fuere posible de encontrarte con el Duque, porque un amante desdeñado y flaco de esperanzas suele tomar ocasion del despecho para fabricarlas, aunque sea en daño de lo que bien quiere. Ar-

naldo le prometió que así lo haria, y le ofreció prendas y dineros para sustentar la autoridad y el gasto, ansí el suyo como el de las damas francesas. Diferente fue la plática que tuvo Croriano con el Duque; pues toda se resolvió en que habia de cobrar el retrato de Auristela, ó habia de confesar Arnaldo no tener parte en él: pidió tambien á Croriano fuese intercesor con Auristela le recibiese por esposo, pues su estado no era inferior al de Arnaldo, ni en la sangre le hacia ventaja ninguna de las mas ilustres de Europa: en fin, él se mostró algo arrogante y algo zeloso, como quien tan enamorado estaba. Croriano se lo ofreció ansimismo, y quedó en darle la respuesta que dijese Auristela al proponerle la ventura que se le ofrecia de recibirle por esposo.

CAPITULO V.

De esta manera los dos contrarios zelosos y amantes, cuyas esperanzas tenian fundadas en el aire, se despidieron, el uno de Periandro y el otro de Croriano, quedando ante todas cosas en reprimir sus ímpetus y disimular sus agravios, á lo menos hasta tanto que Auristela se declarase; de la cual cada uno esperaba que habia de ser en su favor, pues al ofrecimiento de un reino y al de un es

lado tan rico como el del Duque bien se podia pensar que habia de titubear cualquier firmeza, y mudarse el propósito de escoger otra vida, por ser muy natural el amarse las grandezas y apetecerse la mejoría de los estados: especialmente suele ser este deseo mas vivo en las mugeres. De todo esto estaba bien descuidada Auristela, pues todos sus pensamientos por entonces no se estendian á mas que á enterarse en las verdades que á la salvacion de su alma convenian: que por haber nacido en partes tan remotas, y en tierras adonde la verdadera fe católica no está en el punto tan perfecto como se requiere, tenia necesidad de acrisolarla en su verdadera oficina. Al apartarse Periandro de Arnaldo llegó á él un hombre español y le dijo: Segun traigo las señas, si es que vuesa merced es español para vuesa merced viene esta carta. Púsole una en las manos, cerrada, cu-

yo sobrescrito decia: *Al ilustre señor Antonio de Villaseñor*, por otro nombre llamado el *Bárbaro*. Preguntóle Periandro que quien le habia dado aquella carta: respondióle el portador que un español que estaba preso en la cárcel que llaman Torre de Nona, y por lo menos condenado á ahorcar por homicida, él y otra su amiga, muger hermosa, llamada *la Talaverana*. Conoció Periandro los nombres, y casi adivinó sus culpas y respondió: Esta carta no es para mí, sino para este peregrino que hácia acá viene; y fue asi, porque en aquel instante llegó Antonio, á quien Periandro dió la carta: y apartándose los dos á una parte, la abrió y vió que asi decia:

Quien en mal anda, en mal para: de dos pies, aunque el uno esté sano, si el otro está cojo, tal vez cojea: que las malas compañias no siempre pueden enseñar buenas costumbres: la que yo trabe con la

Talaverana, que no debiera, me tiene á mí y á ella sentenciados de remate para la horca; el hombre que la sacó de España la halló aquí en Roma en mi compañía, recibió pesadumbre de ello, asentóle la mano en mi presencia, y yo que no soy amigo de burlas ni de recibir agravios, sino de quitarlos, volví por la moza, y á puros palos maté á su agraviador. Estando en la fuga de esta pendencia, llegó otro peregrino que por el mismo estilo comenzó á tomarme la medida de las espaldas: dice la moza que conoció que el que me apaleaba era un su marido, de nacion polaco, con quien se habia casado en Talavera; y temiéndose que en acabando conmigo habia de comenzar por ella, porque le tenia agraviado, no hizo mas de echar mano á un cuchillo, de dos que traia consigo siempre en la vaina, y llegándose á el bonitamente se le clavó por los riñones, ha

ciéndole tales heridas que no tuvieran necesidad de maestro : en efecto, el amigo á palos y el marido á puñaladas, en un instante concluyeron la carrera mortal de su vida. Prendiéronnos al mismo punto, y trajéronnos á esta cárcel, donde quedamos muy contra nuestra voluntad: tomáronnos la confesion ; confesámos nuestro delito, porque no le podiamos negar; y con esto ahorramos el tormento que aquí llaman tortura; sustancióse el proceso, dándose mas priesa á ello de la que quisiéramos; ya está concluso y nosotros sentenciados á destierro, sino que es de esta vida para la otra. Digo, señor, que estamos sentenciados á ahorcar, de lo que está tan pesarosa la Talaverana, que no lo puede llevar en paciencia; la cual besa á vuesa merced las manos, y á mi señora Constanza, y al señor Periandro, y á mi señora Auristela; y dice que ella se holgara de estar libre pa-

ra ir á besárselas á vuesas mercedes á sus casas: dice tambien que si la sin par Auristela pone aldas en cinta y quiere tomar á su cargo nuestra libertad, que le será fácil, porque ¿qué pedirá su grande hermosura que no lo alcance aunque lo pida á la dureza misma? y añade mas, y es, que si vuesas mercedes no pudieren alcanzar el perdon, á lo menos procuren alcanzar el lugar de la muerte, y que como ha de ser en Roma, sea en España; porque está informada la moza que aquí no llevan los ahorcados con la autoridad conveniente, porque van á pie, y apenas los ve nadie, y así apenas hay quien les rece una Ave Maria, especialmente si son españoles los que ahorcan; y ella querria, si fuese posible, morir en su tierra y entre los suyos, donde no faltaria algun pariente que de compasion le cerrase los ojos. Yo tambien digo lo mismo, porque soy amigo de acomodarme

á la razon, porque estoy tan mohino en esta cárcel, que á trueco de escusar la pesadumbre que me dan las chinches en ella, tomaria por buen partido que me sacasen á ahorcar mañana; y advierto á vuesa merced, señor mio, que los jueces de esta tierra no desdicen nada de los de España; todos son corteses y amigos de dar y recibir cosas justas, y que cuando no hay parte que solicite la justicia, no dejan de llegarse á la misericordia, la cual si reina en todos los valerosos pechos de vuesas mercedes, que si debe de reinar, sugeto hay en nosotros en que se muestre, pues estamos en tierra agena, presos en la cárcel, comidos de chinches y de otros animales inmundos, que son muchos por pequeños, y enfadan como si fuesen grandes; y sobre todo nos tienen ya en cueros y en la quinta esencia de la necesidad solicitadores, procuradores y escribanos, de quien Dios nues-

tro señor nos libre por su bondad : amen. Aguardando la respuesta, quedamos con tanto deseo de recibirla buena, como le tienen los cigoñinos en la torre esperando el sustento de sus madres.» Y firmaba : = *El desdichado Bartolomé Manchego.*

En estremo dio la carta gusto á los dos que la habian leido, y en estremo les fatigó su afliccion : y luego diciéndole al que la habia llevado dijese al preso que se consolase y tuviese esperanza de su remedio, porque Auristela y todos ellos, con todo aquello que dádivas y promesas pudiesen, le procurarian ; y al punto fabricaron las diligencias que habian de hacerse : la primera fue que Croriano hablase al Embajador de Francia, que era su pariente y amigo, para que no se ejecutase la pena tan presto, y diese lugar el tiempo á que le tuviesen los ruegos y las so-

licitudes; determinó tambien Antonio de escribir otra carta en respuesta de la suya á Bartolomé, con que de nuevo se renovase el gusto que les habia dado la suya; pero comunicando este pensamiento con Auristela y con su hermana Constanza, fueron las dos de parecer que no se la escribiese, porque á los afligidos no se ha de añadir afliccion, y podria ser que tomasen las burlas por veras, y se affigiesen con ellas: lo que hicieron, fue dejar todo el cargo de aquella negociacion sobre los hombros y diligencia de Croriano y en las de Ruperta su esposa, que se lo rogó ahincadamente; y en seis dias ya estaban en la calle Bartolomé y la Talaverana: que adonde interviene el favor y las dádivas, se allanan los riscos y se deshacen las dificultades.

En este tiempo le tuvo Auristela de informarse de todo aquello que á ella le parecia que le faltaba por saber de la

fe católica, á lo menos de aquello que en su patria escuramente se platicaba: halló con quien comunicar su deseo por medio de los penitenciarios, con quien hizo su confesion entera, verdadera y llana, y quedó enseñada y satisfecha de todo lo que quiso, porque los tales penitenciarios, en la mejor forma que pudieron, le declararon todos los principales y mas convenientes misterios de nuestra santa fe. Comenzaron desde la envidia y soberbia de Lucifer, y de su caida con la tercera parte de las estrellas que cayeron con él en los abismos, caida que dejó vacas y vacías las sillas del Cielo, que las perdieron los ángeles malos por su necia culpa: declaráronle el medio que Dios tuvo para llenar estos asientos criando al hombre, cuya alma es capaz de la gloria que los ángeles malos perdieron; discurrieron por la verdad de la creacion del hombre y

del mundo, y por el misterio sagrado y amoroso de la Encarnacion; y con razones sobre la razon misma bosquejaron el profundísimo misterio de la santísima Trinidad. Contaron como convino que la segunda persona de las tres, que es la del Hijo, se hiciese hombre; para que como hombre Dios pagase por el hombre, y Dios pudiese pagar como Dios, cuya union hipostática solo podia ser bastante para dejar á Dios satisfecho de la culpa infinita cometida, que Dios infinitamente se habia de satisfacer, y el hombre finito por sí no podia, y Dios en sí solo, era incapaz de padecer, pero juntos los dos llegó el caudal á ser infinito y ansi lo fue la paga: mostráronle la muerte de Cristo, los trabajos de su vida, desde que se mostró en el pesebre hasta que se puso en la cruz: exageráronle la fuerza y eficacia de los sacramentos, y señaláronle con el dedo la segunda tabla de

nuestro naufragio, que es la penitencia, sin la cual no hay abrir la senda del Cielo que suele cerrar el pecado: mostráronle asimismo á Jesucristo Dios vivo, sentado á la diestra del Padre, estando tan vivo y entero como en el Cielo, sacramentado en la tierra, cuya santísima presencia no la puede dividir ni apartar ausencia alguna; porque uno de los mayores atributos de Dios, que todos son iguales, es el estar en todo lugar por potencia, por esencia y por presencia: aseguráronle infaliblemente la venida de este Señor á juzgar el mundo sobre las nubes del Cielo, y asimismo la estabilidad y firmeza de su Iglesia, contra quien pueden poco las puertas, ó por mejor decir, las fuerzas del infierno: trataron del poder del sumo pontífice, visorey de Dios en la tierra y llavero del Cielo: finalmente, no les quedó por decir cosa que vieron que convenia

para darse á entender y para que Auristela y Periandro los entendiesen. Estas lecciones ansi alegraron sus almas, que las sacó de sí mismas y se las llevó á que paseasen los Cielos, porque solo en ellos pusieron sus pensamientos.

CAPITULO VI.

Con otros ojos se miraron de allí adelante Auristela y Periandro; á lo menos con otros ojos miraba Periandro á Auristela, pareciéndole que ya ella habia cumplido el voto que la trajo á Roma, y que podia libre y desembarazadamente recebirle por esposo; pero si medio gentil amaba Auristela la honestidad, despues de catequizada la adoraba, no porque viese iba contra ella en casarse, sino por

no dar indicios de pensamientos blandos, sin que precediesen antes ó fuerzas ó ruegos. Tambien estaba mirando si por alguna parte le descubria el Cielo alguna luz que le mostrase lo que habia de hacer despues de casada; porque pensar volver á su tierra, lo tenia por temeridad y por disparate, á causa que el hermano de Periandro que la tenia destinada para ser su esposa, quizá viendo burladas sus esperanzas, tomaria en ella y en su hermano Periandro venganza de su agravio. Estos pensamientos y temores la traian algo flaca y algo pensativa: las damas francesas visitaron los templos, y anduvieron las estaciones con pompa y majestad, porque Croriano, como se ha dicho, era pariente del Embajador de Francia, y no les faltó cosa que para mostrar ilustre decoro fuese necesaria, llevando siempre consigo á Auristela y á Constanza; y ninguna vez salian de casa

que no las seguia casi la mitad del pueblo de Roma : y sucedió que pasando un dia por una calle que se llamaba *Bancos* , vieron en una pared de ella un retrato entero de pies á cabeza, de una muger que tenia una corona en la cabeza , aunque partida por medio la corona, y á los pies un mundo, sobre el cual estaba puesta; y apenas la hubieron visto, cuando conocieron ser el rostro de Auristela tan al vivo dibujado, que no les puso en duda de conocerla.

Preguntó Auristela admirada ¿cuyo era aquel retrato, y si se vendia acaso? Respondió el dueño, que, segun despues se supo, era un famoso pintor, que él vendia aquel retrato, pero no sabia de quien fuese : solo sabia que otro pintor su amigo se le habia hecho copiar en Francia, el cual le habia dicho ser de una doncella estranjera que en hábitos de peregrina pasaba á Roma. ¿Qué significa, res

pondió Auristela, haberla pintado con corona en la cabeza y los pies sobre aquella esfera, y mas estando la corona partida? Eso, señora, dijo el dueño, son fantasías de pintores ó caprichos, como los llaman: quizá quieren decir que esta doncella merece llevar la corona de hermosura, y que ella va hollando aquel mundo; pero yo quiero decir que dice que vos, señora, sois su original, y que mereceis corona entera, y no mundo pintado sino real y verdadero. ¿Qué pedís por el retrato? preguntó Constanza. A lo que respondió el dueño: Dos peregrinos están aquí que el uno de ellos me ha ofrecido mil escudos de oro, y el otro dice que no lo dejará por ningun dinero; yo no he concluido la venta por parecerme que se están burlando, porque la exhorbitancia del ofrecimiento me hace estar en duda. Pues no lo esteis, replicó Constanza, que esos dos peregrinos, si son los dos

que yo imagino, bien pueden doblar el precio y pagaros á toda vuestra satisfacion.

Las damas francesas, Ruperta, Croriano y Periandro quedaron atónitos de ver la verdadera imágen del rostro de Auristela en el del retrato: cayó la gente que el retrato miraba, en que parecia al de Auristela; y poco á poco comenzó á salir una voz, que todos y cada una de por si afirmaba: Este retrato que se vende es el mismo de esta peregrina que va en este coche; ¿para qué queremos ver al traslado, sino al original? y asi comenzaron á rodear el coche, que los caballos no podian ir adelante ni volver atrás, por lo cual dijo Periandro: Auristela hermana, cúbrete el rostro con algun velo, porque tanta luz ciega y no nos deja ver por donde caminamos. Hizolo asi Auristela, y pasaron adelante; pero no por esto dejó de seguirlos mucha gente que

esperaba á que se quitase el velo para verla como deseaba. Apenas se hubo quitado de allí el coche, cuando se llegó al dueño del retrato Arnaldo en sus hábitos de peregrino, y dijo: Yo soy el que os ofrecí los mil escudos por este retrato; si le quereis dar, traedle y veníos conmigo, que yo os los daré luego de oro en oro. A lo que otro peregrino, que era el Duque de Nemurs, dijo: No repareis, hermano, en precio, sino veníos conmigo y proponed en vuestra imaginacion el que quisiéredes, que yo os le daré luego de contado. Señores, respondió el pintor, concertaos los dos en cual le ha de llevar, que yo no me desconcertaré en el precio, puesto que pienso que antes me habeis de pagar con el deseo que con la obra.

A estas pláticas estaba atenta mucha gente, esperando en qué habia de parar aquella compra; porque ver ofrecer millaradas de ducados á dos al parecer po-

bres peregrinos, pareciales cosa de burla. En esto dijo el dueño: El que le quisiere, déme señal y guie, que yo ya le descuelgo para llevársele: oyendo lo cual Arnaldo, puso la mano en el seno, y sacó una cadena de oro con una joya de diamantes que de ella pendia, y dijo: Tomad esta cadena, que con esta joya vale mas de dos mil escudos, y traedme el retrato. Esta vale diez mil, dijo el Duque dándole una de diamantes al dueño del retrato, y traédmele a mi casa. ¡Santo Dios! dijo uno de los circunstantes: ¿qué retrato puede ser este, que hombres estos, y que joyas estas? Cosa de encantamiento parece aquesta: por eso os aviso, hermano pintor, que deis un toque á la cadena y hagais esperiencia de la fineza de las piedras antes que deis vuestra hacienda; que podria ser que la cadena y las joyas fuesen falsas; porque del encarecimiento que de su valor han he-

cho, bien se puede sospechar. Enojáronse los Príncipes; pero por no echar mas en la calle sus pensamientos, consintieron en que el dueño del retrato se enterase en la verdad del valor de las joyas.

Andaba revuelta toda la gente de *Bancos*, unos admirando el retrato, otros preguntando quien fuesen los peregrinos, otros mirando las joyas, y todos atentos esperando quien habia de quedar con el retrato; porque les parecia que estaban de parecer los dos peregrinos de no dejarle por ningun precio. Diérale el dueño por mucho menos de lo que le ofrecian si se le dejaran vender libremente. Pasó en esto por *Bancos* el Gobernador de Roma, oyó el murmurio de la gente, preguntó la causa, vió el retrato y vió las joyas; y pareciéndole ser prendas de mas que de ordinarios peregrinos, esperando descubrir algun secreto, las hizo depositar, y llevar el retrato á su casa, y prender

a los peregrinos. Quedóse el pintor confuso viendo menoscabadas sus esperanzas, y su hacienda en poder de la justicia, donde jamás entró alguna que, si saliese, fuese con aquel lustre con que habia entrado.

Acudió el pintor á buscar á Periandro y á contarle todo el suceso de la venta y del temor que tenia no se quedase el Gobernador con el retrato, el cual de un pintor que le habia retratado en Portugal de su original, le habia el comprado en Francia; cosa que le pareció a Periandro posible, por haber sacado otros muchos en el tiempo que Auristela estuvo en Lisboa: con todo eso le ofreció por él cien escudos, con que quedase a su riesgo el cobrarle. Contentose el pintor; y aunque fue tan grande la baja de ciento á mil, le tuvo por bien vendido y mejor pagado. Aquella tarde, juntándose con otros españoles peregrinos, fue

á andar las siete iglesias, entre los cuales peregrinos acertó á encontrarse con el poeta que dijo el soneto al descubrirse Roma: conociéronse y abrazáronse, y preguntáronse de sus vidas y sucesos; el poeta peregrino le dijo que el dia antes le habia sucedido una cosa digna de contarse por admirable: y fue que habiendo tenido noticia de que un monseñor clérigo de la Cámara, curioso y rico, tenia un museo el mas estraordinario que habia en el mundo, porque no tenia figura de personas que efectivamente hubiesen sido ni entonces lo fuesen, sino unas tablas preparadas para pintarse en ellas los personajes ilustres que estaban por venir, especialmente los que habian de ser en los venideros siglos poetas famosos: entre las cuales tablas habia visto dos, que en el principio de ellas estaba escrito en la una, *Torcuato Taso*; y mas abajo un poco decia: *Je-*

rusalen libertada : en la otra estaba escrito : *Zarate* ; y mas abajo : *Cruz y Constantino*. Preguntéle al que me las enseñaba qué significaban aquellos nombres : respondióme que se esperaba que presto se habia de descubrir en la tierra la luz de un poeta que se habia de llamar *Torcuato Taso*, el cual habia de cantar á *Jerusalen recuperada* con el mas heróico y agradable plectro que hasta entonces ningun poeta hubiese cantado, y que casi luego le habia de suceder un español llamado *Francisco Lopez de Zarate*, cuya voz habia de llenar las cuatro partes de la tierra, y cuya armonía habia de suspender los corazones de las gentes, cantando la invencion de la *Cruz de Cristo, con las guerras del emperador Constantino*, poema verdaderamente heróico y religioso, y digno del nombre de poema. A lo que replicó Periandro: Duro se me hace de creer que de tan atrás se to

me el cargo de aderezar las tablas donde se hayan de pintar los que están por venir; aunque en efecto en esta ciudad, cabeza del mundo, están otras maravillas de mayor admiracion: ¿y habrá otras tablas aderezadas para mas poetas venideros? preguntó Periandro. Si, respondió el peregrino, pero no quise detenerme á leer los títulos, contentándome con los dos primeros; pero asi á bulto miré tantos, que me doy á entender que en la edad, cuando estos vengan, que segun me dijo el que me guiaba, no puede tardar, ha de ser grandísima la cosecha de todo género de poetas: encamínelo Dios, como él fuere mas servido. Por lo menos, respondió Periandro, el año que es abundante de poesia, suele serlo de hambre, porque *dámele poeta y dártele he pobre*, si ya la naturaleza no se adelanta á hacer milagros; y síguese la consecuencia; hay muchos poetas, luego

hay muchos pobres: hay muchos pobres, luego caro es el año.

En esto iban hablando el peregrino y Periandro, cuando llegó á ellos Zabulon el judio, y dijo á Periandro que aquella tarde le queria llevar á ver á Hipólita la ferraresa, que era una de las mas hermosas mugeres de Roma y aun de toda Italia. Respondióle Periandro que iria de muy buena gana; lo cual no le respondiera, si como le informó de la hermosura, le informara de la calidad de su persona; porque la alteza de la honestidad de Periandro no se abalanzaba ni abatia á cosas bajas, por hermosas que fuesen; que en esto la naturaleza habia hecho iguales y formado en una misma turquesa á él y á Auristela; de la cual se recató para ir á ver á Hipólita, á quien el Judio le llevó mas por engaño que por voluntad; que tal vez la curiosidad hace tropezar y caer de ojos al mas honesto recato.

CAPITULO VII.

Con la buena crianza, con los ricos ornamentos de la persona, y con los aderezos y pompa de la casa se cubren muchas faltas; porque no es posible que la buena crianza ofenda, ni el rico ornato enfade, ni el aderezo de la casa no contente. Todo esto tenia Hipólita, dama cortesana, que en riquezas podia competir con la antigua Flora, y en cortesía con la misma buena crianza: no era po-

sible que fuese estimada en poco de quien la conocia, porque con la hermosura encantaba, con la riqueza se hacia estimar, y con la cortesía, si así se puede decir, se hacia adorar: cuando el amor se viste de estas tres calidades, rompe los corazones de bronce, abre las bolsas de hierro, y rinde las voluntades de mármol, y mas si á estas tres cosas se les añade el engaño y la lisonja, atributos convenientes para las que quieren mostrar á la luz del mundo sus donaires. ¿Hay por ventura entendimiento tan agudo en el mundo, que estando mirando una de estas hermosas que pinto, dejando á una parte las de su belleza, se ponga á discurrir las de su humilde trato? La hermosura en parte ciega, y en parte alumbra: tras la que ciega, corre el gusto; tras la que alumbra, el pensar en la enmienda. Ninguna de estas cosas consideró Periandro al entrar en casa de Hipólita; pero como tal

vez sobre descuidados cimientos suele levantar amor sus máquinas, esta sin pensamiento alguno se fabricó, no sobre la voluntad de Periandro sino en la de Hipólita, que con estas damas que suelen llamar del vicio, no es menester trabajar mucho para dar con ellas donde se arrepientan sin arrepentirse.

Ya habia visto Hipólita á Periandro en la calle, y ya le habia hecho movimientos en el alma su bizarria, su gentileza, y sobre todo, el pensar que era español, de cuya condicion se prometia dádivas imposibles y concertados gustos; y estos pensamientos los habia comunicado con Zabulon, y rogádole se lo trajese á casa, la cual tenia tan aderezada, tan limpia y tan compuesta, que mas parecia que esperaba ser tálamo de bodas, que acogimiento de peregrinos. Tenia la señora Hipólita, que con este nombre la llamaban en Roma, como si lo fuera, un ami

go llamado Pirro, calabrés, hombre acuchillador, impaciente, facineroso, cuya hacienda libraba en los filos de su espada, en la agilidad de sus manos, y en los engaños de Hipólita, que muchas veces con ellos alcanzaba lo que queria, sin rendirse á nadie; pero en lo que mas Pirro aumentaba su vida, era en la diligencia de sus pies, que los estimaba en mas que las manos; y de lo que él mas se preciaba, era de traer siempre asombrada á Hipólita en cualquier condicion que se le mostrase, ora fuese amorosa, ora fuese áspera, que nunca falta á estas palomas duendas milanos que las persigan, ni pájaros que las despedacen: ¡ miserable trato de esta mundana y simple gente! Digo pues que este caballero, que no tenia de serlo mas que el nombre, se halló en casa de Hipólita al tiempo que entraron en ella el Judío y Periandro: apartóle á parte Hipólita y díjole:

Vete con Dios, amigo, y llévate esta cadena de oro de camino, que este peregrino me envió con Zabulon esta mañana. Mira lo que haces Hipólita, respondió Pirro, que á lo que se me trasluce, este peregrino es español, y soltar él de su mano, sin haber tocado la tuya, esta cadena que debe de valer cien escudos, gran cosa me parece y mil temores me sobresaltan. Llévate tú, ó Pirro, la cadena, dijo ella, y déjame á mí el cargo de sustentarla y de no volverla á pesar de todas sus españolerias.

Tomó la cadena que le dió Hipólita Pirro, que para el efecto la habia hecho comprar aquella mañana, y sellándole la boca con ella, mas que de paso le hizo salir de casa: luego Hipólita libre y desembarazada de su corma, suelta de sus grillos, se llegó á Periandro y con desenfado y donaire, lo primero que hizo fue echarle los brazos al cuello, diciéndole:

En verdad que tengo de ver si son tan valientes los Españoles como tienen la fama. Cuando Periandro vió toda aquella desenvoltura, creyó que toda la casa se le habia caido á cuestas, y poniéndole la mano delante el pecho á Hipólita, la detuvo y la apartó de sí, y le dijo: Estos hábitos que visto, señora Hipólita, no permiten ser profanados, ó á lo menos yo no lo permitiré en ninguna manera; y los peregrinos, aunque sean españoles, no están obligados á ser valientes cuando no les importa: pero mirad, señora, en que quereis que muestre mi valor, sin que á los dos perjudique, y seréis obedecida sin replicaros en nada. Paréceme, respondió Hipólita, señor peregrino, que ansi lo sois en el alma como en el cuerpo: pero, pues segun decis haréis lo que os dijere, como a ninguno de los dos perjudique, entraos conmigo en esta cuadra, que os quiero enseñar una lonja

y un camarin mio. A lo que respondió Periandro: Aunque soy español, soy algun tanto medroso, y mas os temo á vos sola, que á un ejército de enemigos: haced que nos haga otro la guia, y llevadme do quisiéredes. Llamó Hipólita á dos doncellas suyas y á Zabulon el judio, que á todo se halló presente, y mandólas que guiasen á la lonja; abrieron la sala, y á lo que despues Periandro dijo, estaba la mas bien aderezada que pudiese tener algun principe rico y curioso en el mundo: *Parrasio, Polignoto*, *Apéles*, *Ceuxis y Timantes* tenian alli lo perfecto de sus pinceles, comprado con los tesoros de Hipólita, acompañados de los del devoto *Rafael de Urbino*, y de los del divino *Michael Angelo*, riquezas donde las de un gran principe deben y pueden mostrarse: los edificios reales, los alcázares soberbios, los templos magnificos y las pinturas valientes son propias y verdaderas

señales de la magnanimidad y riqueza de los príncipes, prendas en efecto contra quien el tiempo apresura sus alas y apresta su carrera, como émulas suyas, que á su despecho están mostrando la magnificencia de los pasados siglos. ¡O Hipólita, solo buena por esto! si entre tantos retratos que tienes, tuvieras uno de tu buen trato y dejaras en el suyo á Periandro, que asombrado, atónito y confuso andaba mirando en qué habia de parar la abundancia que en la lonja veia en una limpísima mesa que de cabo á cabo la tomaba la música que de diversos géneros de pájaros en riquísimas jaulas estaban haciendo una confusa: pero agradable armonía: en fin, á él le pareció que todo cuanto habia oido decir de los *huertos Espérides*, de los de la *Maga Falerina*, de los *Pensiles famosos*, ni de todos los otros que por fama fuesen conocidos en el mundo, no llegaban al adorno de

aquella sala y de aquella lonja; pero como él andaba con el corazon sobresaltado, que bien haya su honestidad que se le aprensaba entre dos tablas, no se le mostraban las cosas como ellas eran, antes cansado de ver cosas de tanto deleite y enfadado de ver que todas ellas se encaminaban contra su gusto, dando de mano á la cortesía, probó á salirse de la lonja, y se saliera si Hipólita no se lo estorbara, de manera que le fue forzoso mostrar con las manos y ásperas palabras ser algo descortés: trabó de la esclavina de Periandro, y abriéndole el jubon le descubrió la cruz de diamantes que de tantos peligros hasta allí habia escapado; y asi deslumbró la vista á Hipólita, como el entendimiento: la cual viendo que se le iba, á despecho de su blanda fuerza, dió en un pensamiento que si le supiera revalidar y apoyar algun tanto mejor, no le fuera bien de ello á Periandro; el cual

dejando la esclavina en poder de la nueva Egipcia, sin sombrero, sin bordon, sin ceñidor ni esclavina se puso en la calle, que el vencimiento de tales batallas consiste mas en el huir que en el esperar: púsose ella asimismo á la ventana, y á grandes voces comenzó á apellidar la gente de la calle diciendo: Ténganme á ese ladron, que entrando en mi casa como humano me ha robado una prenda divina que vale una ciudad. Acertaron á estar en la calle dos de la guarda del pontífice que dicen pueden prender en fragante, y como la voz era de ladron, facilitaron su dudosa potestad, y prendieron á Periandro; echáronle mano al pecho, y quitándole la cruz le santiguaron con poca decencia: paga que da la justicia á los nuevos delincuentes, aunque no se les averigue el delito.

Viéndose pues Periandro puesto en cruz sin su cruz, dijo a los Tudescos en

su misma lengua que él no era ladron, sino persona principal, y que aquella cruz era suya, y que viesen que su riqueza no podia ser de Hipólita, y que les rogaba le llevasen ante el Gobernador, que él esperaba con brevedad averiguar la verdad del caso: ofrecióles dineros, y con esto y con habelles hablado en su lengua con que se reconcilian los ánimos que no se conocen, los Tudescos no hicieron caso de Hipólita, y asi llevaron á Periandro delante del Gobernador; viendo lo cual Hipólita se quitó de la ventana, y casi arañándose el rostro dijo á sus criadas: ¡Ay hermanas! y que necia he andado! A quien pensaba regalar he lastimado, á quien pensaba servir he ofendido; preso va por ladron, el que lo ha sido de mi alma: mirad que caricias, mirad que halagos son hacer prender al libre y disfamar al honrado: y luego les contó como llevaban preso al peregrino

dos de la guarda del Papa: mandó asimismo que la aderezasen luego el coche, que queria ir en su seguimiento y disculpalle, porque no podia sufrir su corazon verse herir en las mismas niñas de sus ojos, y que antes queria parecer testimoñera que cruel; que de la crueldad no tendria disculpa y del testimonio sí, echando la culpa al amor que por mil disparates descubre y manifiesta sus deseos, y hace mal á quien bien quiere.

Cuando ella llegó á casa del Gobernador le halló con la cruz en las manos, examinando á Periandro sobre el caso; el cual como vió á Hipólita dijo al Gobernador: Esta señora que aqui viene ha dicho que esta cruz que vuesa merced tiene yo se la he robado, y yo diré que es verdad cuando ella dijere de que es la cruz, que valor tiene, y cuantos diamantes la componen; porque si no es que se lo dicen los ángeles ó alguno otro es-

píritu que lo sepa, ella no lo puede saber, porque no la ha visto sino en mi pecho, y una vez sola. ¿Qué dice la señora Hipólita á esto? dijo el Gobernador; y esto cubriendo la cruz, porque no tomase las señas de ella. La cual respondió: Con decir que estoy enamorada, ciega y loca, quedará este peregrino disculpado, y yo esperando la pena que el señor Gobernador quisiere darme por mi amoroso delito; y le contó punto por punto lo que con Periandro le habia pasado, de lo que se admiró el Gobernador, antes del atrevimiento, que del amor de Hipólita, que á semejantes sugetos son propios los lascivos disparates; afeóle el caso, pidio á Periandro la perdonase, dióle por libre, y volvióle la cruz, sin que en aquella causa se escribiese letra alguna, que no fue ventura poca. Quisiera saber el Gobernador quien eran los peregrinos que habian dado las joyas en prendas del retrato de

Auristela, y asimismo quien era él y quien Auristela: á lo que respondió Periandro: El retrato es de Auristela mi hermana; los peregrinos pueden tener joyas mucho mas ricas; esta cruz es mia, y cuando me dé el tiempo lugar y la necesidad me fuerce, diré quien soy, que el decirlo agora no está en mi voluntad sino en la de mi hermana: el retrato que V. tiene, ya se le tengo comprado al pintor por precio convenible, sin que en la compra hayan intervenido pujas, que se fundan mas en rencor y en fantasía, que en razon. El Gobernador dijo que él se queria quedar con él por el tanto, por añadir con él á Roma cosa que aventajase á la de los mas escelentes pintores que la hacian famosa. Yo se le doy á vuesamerced, respondió Periandro, por parecerme que en darle tal dueño le doy la honra posible: agradeciósele el Gobernador, y aquel dia dió por libres á Ar

naldo y á el Duque, y les volvió sus joyas, y él se quedó con el retrato, porque estaba puesto en razon que se habia de quedar con algo.



CAPITULO VIII.

Mas confusa que arrepentida volvio Hipólita á su casa, pensativa y además enamorada, que aunque es verdad que en los principios de los amores los desdenes suelen ser parte para acabarlos, los que usó con ella Periandro le avivaron mas los deseos: pareciale á ella que no habia de ser tan de bronce un peregrino, que no se ablandase con los regalos que pensaba hacerle: pero hablando consigo

se dijo á sí misma: Si este peregrino fuera pobre, no trajera consigo cruz tan rica, cuyos muchos y ricos diamantes sirven de claro sobrescrito de su riqueza: de modo, que la fuerza de esta roca no se ha de tomar por hambre: otros ardides y mañas son menester para rendirla; ¿no seria posible que este mozo tuviese en otra parte ocupada el alma? no seria posible que esta Auristela no fuese su hermana? no seria posible que las finezas de los desdenes que usa conmigo los quisiese asentar y poner en cargo á Auristela? ¡Válame Dios! que me parece que en este punto he hallado el de mi remedio: alto, muera Auristela, descúbrase este encantamiento, á lo menos veamos el sentimiento que este montaraz corazon hace; pongamos siquiera en plática este designio, enferme Auristela, quitemos su sol delante de los ojos de Periandro, veamos si faltando la hermosura,

causa primera de adonde el amor nace, falta tambien el mismo amor; que podria ser que dando yo lo que á este le quitare, quitándole á Auristela viniese á reducirse á tener mas blandos pensamientos; por lo menos probarlo tengo, ateniéndome á lo que se dice, que no daña el tentar las cosas que descubren algun rastro de provecho.

Con estos pensamientos algo consolada llegó á su casa, donde halló á Zabulon, con quien comunicó todo su designio, confiada en que tenia una muger de la mayor fama de hechicera que habia en Roma, pidiéndole, habiendo antes precedido dádivas y promesas, hiciese con ella no que mudase la voluntad de Periandro, pues sabia qae esto era imposible, sino que enfermase la salud de Auristela, y con limitado término si fuese menester le quitase la vida. Esto dijo Zabulon ser cosa facil al poder y sabiduria

de su muger ; recibió no sé cuanto por primera paga, y prometió que desde otro dia comenzaria la quiebra de la salud de Auristela. No solamente Hipólita satisfizo á Zabulon, sino amenazóle asimismo ; y á un judio dádivas ó amenazas le hacen prometer y aun hacer imposibles. Periandro contó a Croriano, Ruperta, á Auristela, y á las tres damas francesas, á Antonio y á Constanza su prision, los amores de Hipólita, y la dádiva que habia hecho del retrato de Auristela al Gobernador.

No le contentó nada á Auristela los amores de la Cortesana, porque ya habia oido decir que era una de las mas hermosas mugeres de Roma, de las mas libres, de las mas ricas y mas discretas: y las musarañas de los zelos, aunque no sea mas de una y sea mas pequeña que un mosquito, el miedo la representa en el pensamiento de un amante mayor que

el monte Olimpo; y cuando la honestidad ata la lengua de modo que no puede quejarse, da tormento al alma con las ligaduras del silencio, de modo que á cada paso anda buscando salidas para dejar la vida del cuerpo. Segun otra vez se ha dicho, ningun otro remedio tienen los zelos que oir disculpas, y cuando estas no se admiten, no hay que hacer caso de la vida, la cual perdiera Auristela mil veces, antes que formar una queja de la fe de Periandro. Aquella noche fue la primera vez que Bartolomé y la Talaverana fueron á visitar á sus señores, no libres, aunque ya lo estaban de la cárcel, sino atados con mas duros grillos que eran los del matrimonio, pues se habian casado, que la muerte del polaco puso en libertad á Luisa, y á él le trajo su destino á venir peregrino á Roma: antes de llegar á su patria halló en Roma á quien no traia intencion de buscar, acor-

dándose de los consejos que en España le habia dado Periandro : pero no pudo estorbar su destino, aunque no le fabricó por su voluntad.

Aquella noche asimismo visitó Arnaldo á todas aquellas señoras, y dió cuenta de algunas cosas que en el volver á buscarles, despues que apaciguó la guerra de su patria, le habian sucedido : contó como llegó á la isla de las Ermitas, donde no habia hallado á Rutilio, sino á otro ermitaño en su lugar, que le dijo que Rutilio estaba en Roma ; dijo asimismo que habia tocado en la isla de los Pescadores, y hallado en ella libres, sanas y contentas á las desposadas y á los demas que con Periandro, segun ellos dijeron, se habian embarcado; contó como supo de oidas que Policarpa era muerta, y Sinforosa no habia querido casarse ; dijo como se tornaba á poblar la isla Bárbara, confirmándose sus moradores en la

creencia de su falsa profecía; advirtió como Mauricio y Ladislao su yerno con su hija Transila, habian dejado su patria y pasádose á vivir mas pacificamente á Inglaterra; dijo tambien como habia estado con Leopoldio rey de los Danaos despues de acabada la guerra, el cual se habia casado por dar sucesion á su reino; y que habia perdonado á los dos traidores que llevaba presos cuando Periandro y sus pescadores le encontraron, de quien mostró estar muy agradecido por el buen termino y cortesía que con él tuvieron; y entre los nombres que le era forzoso nombrar en su discurso, tal vez tocaba con el de los padres de Periandro, y tal con los de Auristela, con que les sobresaltaba los corazones y les traia á la memoria así grandezas como desgracias; dijo que en Portugal, especialmente en Lisboa, eran en suma estimacion tenidos sus retratos; contó asi-

mismo la fama que dejaba en Francia. en todo aquel camino, la hermosura de Constanza y de aquellas señoras damas francesas; dijo como Croriano habia grangeado opinion de generoso y discreto en haber escogido á la sin par Ruperta por esposa; dijo asimismo como en Luca se hablaba mucho en la sagacidad de Isabela Castrucho y en los breves amores de Andrea Marulo á quien con el demonio fingido trajo el Cielo á vivir vida de ángeles; contó como se tenia por milagro la caida de Periandro, y como dejaba en el camino á un mancebo peregrino, poeta, que no quiso adelantarse con él, por venirse de espacio, componiendo una comedia de los sucesos de Periandro y Auristela, que los sabia de memoria por un lienzo que habia visto en Portugal, donde se habian pintado, y que traia intencion firmisima de casarse con Auristela si ella quisiese. Agra

decióle Auristela su buen propósito, y aun desde allí le ofreció darle para un vestido, si acaso llegase roto, que un deseo de un buen poeta toda buena paga merece: dijo tambien que habia estado en casa de la señora Constanza y Antonio, y que sus padres y abuelos estaban buenos y solo fatigados de la pena que tenian de no saber de la salud de sus hijos, deseando volviese la señora Constanza á ser esposa del Conde su cuñado, que queria seguir la discreta eleccion de su hermano, ó ya por no dar los veinte mil ducados, ó ya por el merecimiento de Constanza, que era lo mas cierto; de que no poco se alegraron todos, especialmente Periandro y Auristela, que como á sus hermanos los querian.

De esta plática de Arnaldo se engendraron en los pechos de los oyentes nuevas sospechas de que Periandro y Auristela debian de ser grandes personajes:

porque de tratar de casamientos de condes y de millaradas de ducados, no podian nacer sino sospechas ilustres y grandes. Contó tambien como habia encontrado en Francia á Renato, el caballero francés vencido en la batalla contra derecho, y libre y victorioso por la conciencia de su enemigo: en efecto, pocas cosas quedaron de las muchas que en el gran progreso de esta historia se han contado, en quien él se hubiese hallado, que allí no las volviese á traer á la memoria, trayendo tambien la que tenia de quedarse con el retrato de Auristela, que tenia Periandro contra la voluntad del Duque y contra la suya, puesto que dijo que por no dar enojo á Periandro, disimularia su agravio. Ya le hubiera yo deshecho, respondió Periandro, volviendo, señor Arnaldo, el retrato, si entendiera fuera vuestro: la ventura y su diligencia se le dieron al Duque; vos se le qui-

tastes por fuerza, y así no teneis de qué quejaros; los amantes están obligados á no juzgar sus causas por la medida de sus deseos, que tal vez no los han de satisfacer, por acomodarse con la razon que otra cosa les manda: pero yo haré de manera, que quedando vos, señor Arnaldo, contento, el Duque quede satisfecho; y será con que mi hermana Auristela se quede con el retrato, pues es mas suyo que de otro alguno. Satisfizole á Arnaldo el parecer de Periandro, y ni mas ni menos á Auristela: con esto cesó la plática, y otro dia por la mañana comenzaron á obrar en Auristela los hechizos, los venenos, los encantos y la malicia de la judía, muger de Zabulon.

CAPITULO IX.

No se atrevió la enfermedad á acometer rostro á rostro á la belleza de Auristela, temerosa no espantase tanta hermosura la fealdad suya; y así la acometió por las espaldas, dándole en ellas unos calofrios al amanecer, que no la dejaron levantar aquel dia; luego, luego se le quitó la gana de comer, y comenzó la viveza de sus ojos á amortiguarse, y el desmayo que con el tiempo suele llegar á

los enfermos, se sembró en un punto por todos los sentidos de Constanza, haciendo el mismo efecto en los de Periandro, que luego se alborotaron y temieron todos los males posibles, especialmente los que temen los poco venturosos. No habia dos horas que estaba enferma, y ya se le parecian cárdenas las encarnadas rosas de sus mejillas, verde el carmin de sus labios, y topacios las perlas de sus dientes; hasta los cabellos le pareció que habian mudado de color, estrechándose las manos, y casi mudado el asiento y encaje natural de su rostro: y no por esto le parecia menos hermosa, porque no la miraba en el lecho en que yacia, sino en el alma, donde la tenia retratada: llegaban á sus oidos, á lo menos llegaron de alli á dos dias, sus palabras entre debiles acentos formadas y pronunciadas con turbada lengua; asustáronse las señoras francesas, y el cuidado de atender á la

salud de Auristela fue de tal modo, que tuvieron necesidad de tenerle de sí mismas. Llamáronse médicos, escogiéronse los mejores, á lo menos los de mejor fama, que la buena opinion califica la acertada medicina, y así suele haber médicos venturosos como soldados bien afortunados: la buena suerte y la buena dicha, que todo es uno, tambien puede llegar á la puerta del miserable en un saco de sayal, como en un escaparate de plata: pero ni en plata, ni en lana, no llegaba ninguna á las puertas de Auristela, de lo que discretamente se desesperaban los dos hermanos Antonio y Constanza. Esto era al revés en el Duque, que como el amor que tenia en el pecho se habia engendrado de la hermosura de Auristela, así como la tal hermosura iba faltando en ella, iba en él faltando el amor, el cual muchas raices ha de haber echado en el alma para tener fuerzas

para llegar hasta el márgen de la sepultura con la cosa amada: feísima es la muerte, y quien mas á ella se llega es la dolencia, y amar las cosas feas parece cosa sobrenatural y digna de tenerse por milagro. Auristela en fin iba enflaqueciendo por momentos y quitando las esperanzas de su salud á cuantos la conocian: solo Periandro era el solo, solo el firme, solo el enamorado, solo aquel que con intrépido pecho se oponia á la contraria fortuna y á la misma muerte, que en la de Auristela le amenazaba.

Quince dias esperó el Duque de Nemurs á ver si Auristela mejoraba, y en todos ellos no hubo ninguno que á los médicos no consultase de la salud de Auristela, y ninguno se la aseguró, porque no sabian la causa precisa de su dolencia; viendo lo cual las damas francesas no hacian del Duque caso alguno, el cual viendo tambien que el ángel de luz

de Auristela se habia vuelto el de tinieblas, fingiendo algunas causas que si no del todo, en parte le disculpaban, un dia llegándose á Auristela en el lecho donde enferma estaba, delante de Periandro le dijo: Pues la ventura me ha sido tan contraria, hermosa señora, que no me ha dejado conseguir el deseo que tenia de recibirte por mi legítima esposa, antes que la desesperacion me traiga á términos de perder el alma, como me ha traido á los de perder la vida, quiero por otro camino probar mi ventura, porque sé cierto que no tengo de tener ninguna buena, aunque la procure, y así sucediéndome el mal que no procuro, vendré á perderme y á morir desdichado y no desesperado: mi madre me llama, tieneme prevenida esposa, obedecerla quiero, y entretener el tiempo del camino tanto, que halle la muerte lugar de acometerme, pues ha de hallar en mi

alma las memorias de tu hermosura y de tu enfermedad, y quiera Dios que no diga las de tu muerte. Dieron sus ojos muestra de algunas lágrimas; no pudo responderle Auristela, ó no quiso, por no errar en la respuesta delante de Periandro: lo mas que hizo, fue poner la mano debajo de su almohada y sacar su retrato y volvérsele al Duque, el cual le besó las manos por tan gran merced; pero alargando la suya Periandro, se le tomó y le dijo: Si de ello no te disgustas, ó gran señor, por lo que bien quieres, te suplico me le prestes, porque yo pueda cumplir una palabra que tengo dada, que sin ser en perjuicio tuyo, será grandemente en el mio si no lo cumplo. Volvióselo el Duque con grandes ofrecimientos de poner por él la hacienda, la vida y la honra, y mas si mas pudiese; y desde allí se desvió de los dos hermanos con pensamiento de no verlos mas en Roma

discreto amante y el primero quizá que haya sabido aprovecharse de las guedejas que la ocasion ofrecia. Todas estas cosas pudieran despertar á Arnaldo para que considerara cuan menoscabadas estaban sus esperanzas, y cuan á pique de acabar con toda la máquina de sus peregrinaciones; pues, como se ha dicho, la muerte casi habia pisado las ropas de Auristela, y estuvo muy determinado de acompañar al Duque, si no en su camino, á lo menos en su propósito, volviéndose á Dinamarca; mas el amor y su generoso pecho no dieron lugar á que dejase á Periandro sin consuelo y á su hermana Auristela en los postreros límites de la vida, á quien visitó y de nuevo hizo ofrecimientos con determinacion de aguardar á que el tiempo mejorase los sucesos á pesar de todas las sospechas que le sobrevenian.



CAPITULO X.

Contentísima estaba Hipólita de ver que las artes de la cruel judía tan en daño de la salud de Auristela se mostraban, porque en ocho dias la pusieron tan otra de la que ser solia, que ya no la conocian sino por el órgano de la voz, cosa que tenia suspensos á los médicos y admirados á cuantos la conocian. Las señoras francesas atendian á su salud con tanto cuidado, como si fueran sus queridas hermanas, especialmente Feliz Flora, que con particular aficion la queria. Llegó á

tanto el mal de Auristela, que no conteniéndose en los términos de su jurisdiccion, pasó á la de sus vecinos; y como ninguno lo era tanto como Periandro, el primero con quien encontró fue con él, no porque el veneno y maleficios de la perversa judía obrasen en él derechamente y con particular asistencia, como en Auristela para quien estaban hechos, sino porque la pena que él sentia de la enfermedad de Auristela era tanta, que causaba en él el mismo efecto que en Auristela, y así se iba enflaqueciendo, que comenzaron todos á dudar de la vida suya, como de la de Auristela: viendo lo cual Hipólita y que ella misma se mataba con los filos de su espada, adivinando con el dedo de donde procedia el mal de Periandro, procuró darle remedio, dándosele á Auristela, la cual ya flaca, ya descolorida, parecia que estaba llamando su vida á las aldabas de las puertas de la

muerte, y creyendo sin duda que por momentos la abririan, quiso abrir y preparar la salida á su alma por la carrera de los sacramentos, bien como ya instruida en la verdad católica; y asi haciendo las diligencias necesarias, con la mayor devocion que pudo dió muestras de sus buenos pensamientos, acreditó la integridad de sus costumbres, dió señales de haber aprendido bien lo que en Roma la habian enseñado; y resignándose en las manos de Dios, sosegó su espíritu y puso en olvido reinos, regalos y grandezas.

Hipólita pues habiendo visto, como está ya dicho, que muriéndose Auristela moria tambien Periandro, acudió á la judia á pedirle que templase el rigor de los hechizos que consumian á Auristela, ó los quitase del todo; que no queria ella ser inventora de quitar con un golpe solo tres vidas, pues muriendo Auristela, moria Periandro, y muriendo Periandro

ella tambien quedaria sin vida: hizolo así la judía, como si estuviera en su mano la salud ó la enfermedad agena, ó como si no dependieran todos los males que llaman de pena de la voluntad de Dios, como no dependen los males de culpa: pero Dios, obligándole, si así se puede decir, por nuestros mismos pecados, para castigo de ellos permite que pueda quitar la salud agena esta que llaman hechicería, con que lo hacen las hechiceras, usando mezclas y venenos que con tiempo limitado quitan la vida á la persona que quieren, sin que tenga remedio de escusar este peligro, porque le ignora, y no se sabe de donde procede la causa de tan mortal efecto: así que para guarecer de estos males la gran misericordia de Dios ha de ser la maestra la que ha de aplicar la medicina.

Comenzó pues Auristela á dejar de empeorar, que fue señal de su mejoria; co-

menzó el sol de su belleza á dar señales y vislumbres de que volvia á amanecer en el cielo de su rostro; volvieron á despuntar las rosas en sus mejillas, y la alegría en sus ojos; ahuyentáronse las sombras de su melancolía; volvió á enterarse en el órgano suave de su voz; afinóse el carmin de sus labios; convirtió en marfil la blancura de sus dientes, que volvieron á ser perlas como antes lo eran; en fin, en poco espacio de tiempo volvió á ser toda hermosa, toda bellísima, toda agradable, y toda contenta; y estos mismos efectos redundaron en Periandro y en las damas francesas y en los demas, Croriano y Ruperta, Antonio y su hermana Constanza, cuya alegría ó tristeza caminaba al paso de la de Auristela; la cual dando gracias al Cielo por la merced y regalos que le iba haciendo, asi en la enfermedad como en la salud, un dia llamó á Periandro, y estando solos por cuidado

y de industria, de esta manera le dijo: Hermano mio, pues ha querido el Cielo que con este nombre tan dulce y tan honesto ha dos años que te he nombrado, sin dar licencia al gusto ó al descuido para que de otra suerte te llamase que tan honesta y tan agradable no fuese, querria que esta felicidad pasase adelante, y que solos los términos de la vida la pusiesen término; que tanto es una ventura buena cuanto es duradera, y tanto es duradera cuanto es honesta: nuestras almas, como tú bien sabes y como aquí me han enseñado, siempre están en continuo movimiento, y no pueden parar sino en Dios como en su centro; en esta vida los deseos son infinitos, y unos se encadenan de otros, y se eslabonan, y van formando una cadena que tal vez llega al Cielo, y tal se sume en el infierno: si te pareciere, hermano, que este lenguaje no es mio, y que va fuera de la enseñanza

que me han podido enseñar mis pocos años y mi remota crianza, advierte que en la tabla rasa de mi alma ha pintado la esperiencia y escrito mayores cosas, principalmente ha puesto que en solo conocer y ver á Dios está la suma gloria, y todos los medios que para este fin se encaminan son los buenos, son los santos, son los agradables, como son los de la caridad, de la honestidad y el de la virginidad: yo á lo menos así lo entiendo, y juntamente con entenderlo así, entiendo que el amor que me tienes es tan grande, que querrás lo que yo quisiere. Heredera soy de un reino, y ya tú sabes la causa porque mi querida madre me envió en casa de los Reyes tus padres, por asegurarme de la grande guerra de que se temia; de esta venida se causó el de venirme yo contigo tan sujeta á tu voluntad, que no he salido de ella un punto; tú has sido mi padre, tú mi hermano, tú mi

sombra, tú mi amparo, y finalmente tú mi Angel de guarda, y tú mi enseñador y mi maestro; pues me has traido á esta ciudad, donde he llegado á ser cristiana como debo: querria agora, si fuese posible, irme al Cielo sin rodeos, sin sobresaltos y sin cuidados, y esto no podrá ser si tú no me dejas la parte que yo misma te he dado, que es la palabra y la voluntad de ser tu esposa: déjame, señor, la palabra, que yo procuraré dejar la voluntad aunque sea por fuerza, que para alcanzar tan gran bien como es el Cielo, todo cuanto hay en la tierra se ha de dejar, hasta los padres y los esposos. Yo no te quiero dejar por otro: por quien te dejo es por Dios, que te dará á sí mismo, cuya recompensa infinitamente escede á que me dejes por él: una hermana tengo pequeña, pero tan hermosa como yo, si es que se pueda llamar hermosa la mortal belleza; con ella te podrás casar y al-

canzar el reino que á mí me toca, y con esto haciendo felices mis deseos, no quedarán defraudados del todo los tuyos. ¿Qué! ¿Inclinas la cabeza, hermano? Ah! qué! ¿pones los ojos en el suelo? desagrádante estas razones? parécente descaminados mis deseos? Dímelo, respóndeme; por lo menos sepa yo tu voluntad, quizá templaré la mia, y buscaré alguna salida á tu gusto, que en algo con el mio se conforme.

Con grandísimo silencio estuvo escuchando Periandro á Auristela, y en un breve instante formó en su imaginacion millares de discursos, que todos vinieron á parar en el peor que para él pudiera ser, porque imaginó que Auristela le aborrecia, porque aquel mudar de vida no era sino porque á él se le acabara la suya, pues bien debia saber que en dejando ella de ser su esposa, él no tenia para que vivir en el mundo: y fue y vino

con esta imaginacion con tanto ahinco, que sin responder palabra á Auristela se levantó de donde estaba sentado, y con ocasion de salir á recibir á Feliz Flora y á la señora Constanza que entraban en el aposento, se salió de él y dejó á Auristela, no sé si diga arrepentida, pero sé que quedó pensativa y confusa.



CAPITULO XI.

Las aguas en estrecho vaso encerradas, mientras mas priesa se dan á salir, mas despacio se derraman, porque las primeras impelidas de las segundas se detienen, y unas á otras se niegan el paso hasta que hace camino la corriente y se desagua; lo mismo acontece en las razones que concibe el entendimiento de un lastimado amante, que acudiendo tal vez todas juntas á la lengua, las unas á las

otras impiden y no sabe el discurso con cuales se dé primero á entender su imaginacion, y así muchas veces callando dice mas de lo que querria. Mostróse esto en la poca cortesía que hizo Periandro á los que entraron á ver á Auristela, el cual lleno de discursos, preñado de conceptos, colmado de imaginaciones, desdeñado y desengañado se salió del aposento de Auristela sin saber ni querer, ni poder responder palabra alguna á las muchas que ella le habia dicho: llegaron á ella Antonio y su hermana, y halláronla como persona que acaba de despertar de un pesado sueño, y que entre sí estaba diciendo con palabras distintas y claras: mal he hecho, ¿pero qué importa? ¿no es mejor que mi hermano sepa mi intencion? ¿no es mejor que yo deje con tiempo los caminos torcidos y las dudosas sendas y tienda el paso por los atajos llanos que con distincion clara nos están

mostrando el felice paradero de nuestra jornada? Yo confieso que la compañía de Periandro no me ha de estorbar de ir al cielo, pero tambien siento que iré mas presto sin ella; si que mas me debo yo á mí, que no á otro, y al interes del cielo y de gloria se han de posponer los del parentesco, cuanto mas que yo no tengo ninguno con Periandro. Advierte, dijo á esta sazon Constanza, hermana Auristela, que vas descubriendo cosas que podrian ser parte, que desterrando nuestras sospechas, á ti te dejasen confusa: si no es tu hermano Periandro, mucha es la conversacion que con él tienes, y si lo es, no hay para que te escandalices de su compañía.

Acabó á esta sazon de volver en sí Auristela, y oyendo lo que Constanza le decia quiso enmendar su descuido; pero no acertó, pues para soldar una mentira, por muchas se atropella y siempre queda

la verdad en duda, aunque mas viva la sospecha: No sé, hermana, dijo Auristela, lo que me he dicho, ni sé si Periandro es mi hermano ó si no; lo que te sabré decir es, que es mi alma por lo menos, por él vivo, por el respiro, por él me muevo, y por él me sustento, conteniéndome con todo esto en los términos de la razon, sin dar lugar á ningun vario pensamiento, ni á no guardar todo honesto decoro, bien así como le debe guardar una muger principal á un tan principal hermano. No te entiendo, señora Auristela, la dijo á esta sazon Antonio, pues de tus razones tanto alcanzo ser tu hermano Periandro, como si no lo fuese; dinos ya quien es y quien eres, si es que puedes decillo; que agora sea tu hermano ó no lo sea, por lo menos no podeis negar ser principales, y en nosotros, digo en mi y en mi hermana Constanza, no está tan en niñez la espe-

riencia, que nos admire ningun caso que nos contares, que puesto que ayer salímos de la isla Bárbara, los trabajos que has visto que hemos pasado, han sido nuestros maestros en muchas cosas, y por pequeña muestra que se nos dé, sacamos el hilo de los mas árduos negocios, especialmente en los que son de amores, que parece que los tales consigo mismo traen la declaracion. ¿Qué mucho que Periandro no sea tu hermano, y qué mucho que tú seas su legítima esposa? ¿y qué mucho otra vez, que con honesto y casto decoro os hayais mostrado hasta aquí limpísimos al Cielo y honestísimos á los ojos de los que os han visto? no todos los amores son precipitados, ni atrevidos, ni todos los amantes han puesto la mira de su gusto en gozar á sus amadas, sino con las potencias de su alma: y siendo esto así, señora mia, otra vez te suplico nos digas, quien eres y

quien es Periandro, el cual segun le ví salir de aquí, él lleva un volcan en los ojos y una mordaza en la lengua. Ay desdichada! replicó Auristela, y cuan mejor me hubiera sido que me hubiera entregado al silencio eterno, pues callando escusára la mordaza que dices que lleva en su lengua: indiscretas somos las mugeres, mal sufridas y peor calladas; mientras callé. en sosiego estuvo mi alma: hablé y perdíle y para acabarle de perder y para que juntamente se acabe la tragedia de mi vida, quiero que sepais vosotros, pues el Cielo os hizo verdaderos hermanos, que no lo es mio Periandro ni ménos es mi esposo, ni mi amante, á lo menos de aquellos que corriendo por la carrera de su gusto, procuran parar sobre la honra de sus amadas; hijo de Rey es: hija y heredera de un reino soy; por la sangre somos iguales, por el estado alguna ven-

taja le hago, por la voluntad ninguna, y con todo esto nuestras intenciones se responden y nuestros deseos con honestísimo afecto se están mirando: sola la ventura es la que turba y confunde nuestras intenciones, y la que por fuerza hace que esperemos en ella, y porque el nudo que lleva á la garganta Periandro, me aprieta la mia, no os quiero decir mas por agora, señores, sino suplicaros, me ayudeis á buscalle, que pues él tuvo licencia para irse sin la mia, no querrá volver sin ser buscado. Levanta pues, dijo Constanza, y vamos á buscalle, que los lazos con que amor liga á los amantes, no los deja alejar de lo que bien quieren: ven, que presto le hallarémos, presto le verás, y mas presto llegarás á tu contento: si quieres tener un poco los escrúpulos que te rodean, dales de mano, y dala de esposa á Periandro, que igualándole contigo, pondrá silencio á

cualquiera murmuracion : levantóse Auristela y en compañía de Feliz Flora, Constanza y Antonio, salieron á buscar á Periandro, y como ya en la opinion de los tres era reina, con otros ojos la miraban y con otro respeto la servian. Periandro, en tanto que era buscado, procuraba alejarse de quien le buscaba; salió de Roma á pie, y solo, si ya no se tiene por compañía la soledad amarga, los suspiros tristes y los continuos sollozos, que estos y las varias imaginaciones no le dejaban un punto : Ay! iba diciendo entre si, hermosisima Sigismunda, Reina por naturaleza, bellisima por privilegio y por merced de la misma naturaleza, discreta sobre modo y sobre manera agradable, y cuan poco te costaba, ó señora, el tenerme por hermano, pues mis tratos y pensamientos jamás desmintieran la verdad de serlo, aunque la misma malicia lo quisiera averiguar, aunque en sus tra-

zas se desvelára : si quieres que te lleven al Cielo sola y señora, sin que tus acciones dependan de otro que de Dios, y de tí misma, sea en buen hora, pero quisiera que advirtieras, que no sin escrúpulo de pecado puedes ponerte en el camino que deseas sin ser mi homicida : dejáras, ó señora, á cargo del silencio y del engaño tus pensamientos, y no me los declaráras á tiempo que habias de arrancar con las raices de mi amor mi alma, la cual por ser tan tuya te dejo á toda tu voluntad, y de la mia me destierro; quédate en paz, bien mio, y conoce que el mayor que te puedo hacer, es dejarte. Llegóse la noche en esto y apartándose un poco del camino, que era el de Nápoles, oyó el sonido de un arroyo, que por entre unos árboles corria, á la margen del cual arrojándose de golpe en el suelo, puso en silencio la lengua, pero no dió treguas á sus suspiros.

CAPITULO XII.

Donde se dice quien eran Periandro y Auristela.

Parece que el bien y el mal distan tan poco el uno del otro, que son como dos líneas concurrentes, que aunque parten de apartados y diferentes principios, acaban en un punto. Sollozando estaba Periandro en compañía del manso arroyuelo y de la clara luz de la noche; haciánle los árboles compañía y un aire blando y fresco le enjugaba las lágrimas, llevábale la imaginacion Auristela, y la esperanza de tener remedio de sus males el viento, cuando llegó á sus oidos una voz estranjera que escuchándola con atencion, vió que en lenguage de su patria,

sin poder distinguir si murmuraba ó si cantaba y la curiosidad le llevó cerca, y cuando lo estuvo, oyó que eran dos personas, las que no cantaban ni murmuraban, sino que en plática corriente estaban razonando; pero lo que mas le admiró fue hablasen en lengua de Noruega, estando tan apartados de ella: acomodóse detrás de un árbol, de tal forma, que él y el árbol hacian una misma sombra: recogió el aliento y la primera razon que llegó á sus oidos fue: no tienes, señor, para que persuadirme, de que en dos mitades se parte el dia entero de Noruega, porque yo he estado en ella algun tiempo, donde me llevaron mis desgracias, y sé que la mitad del año se lleva la noche y la otra mitad el dia; el que sea esto asi, yo lo sé; él porque sea asi, ignoro. A lo que respondió: si llegamos á Roma, con una esfera te haré tocar con la mano la causa de ese

maravilloso efecto, tan natural en aquel clima, como lo es en este ser el dia y la noche de veinte y cuatro horas: tambien te he dicho como en la última parte de Noruega, casi debajo del polo ártico, está la isla que se tiene por última en el mundo, á lo menos por aquella parte, cuyo nombre es Tile, á quien Virgilio llamó Tule, en aquellos versos, que dicen en el libro 1 Georg.

................................*Ac tua nautae*
Numina sola colant: tibi serviat ultima
Thule.

Que Tule en griego, es lo mismo que Tile en latin. Esta isla es tan grande, ó poco menos que Inglaterra, rica y abundante de todas las cosas necesarias para la vida humana: mas adelante, debajo del mismo Norte, como trescientas leguas de Tile, esta la isla llamada Frislanda, que habrá cuatrocientos años que se descubrió á los ojos de las gentes, tan

grande, que tiene nombre de reino y no pequeño. De Tile es Rey y señor, Maximino, hijo de la Reina Eustoquia, cuyo padre, no ha muchos meses que pasó de esta á mejor vida, el cual dejó dos hijos, que el uno es el Maximino que te he dicho, que es el heredero del reino, y el otro un generoso mozo, llamado Pérsiles, rico de los bienes de la naturaleza sobre todo estremo, y querido de su madre sobre todo encarecimiento, y no sé yo con cual poder te encarecer las virtudes de este Pérsiles, y así quédense en su punto, que no será bien que con mi corto ingenio las menoscabe, que puesto que el amor que le tengo por haber sido su ayo y criádole desde niño, me pudiera llevar á decir mucho, todavia será mejor callar, por no quedar corto.

Esto escuchaba Periandro, y luego cayó en la cuenta que el que le alababa no podia ser otro que Serafido, un ayo su-

yo, y que asimismo el que le escuchaba era Rutilio, segun la voz y las palabras que de cuando en cuando respondia: si se admiró ó no, á la buena consideracion lo dejo, y mas cuando Serafido, que era el mismo que habia imaginado Periandro, oyó que dijo: Eusebia, reina de Frislanda, tenia dos hijas de estremada hermosura, principalmente la mayor, llamada Sigismunda, que la menor llamábase Eusebia como su madre, donde naturaleza cifró toda la hermosura, que por todas las partes de la tierra tiene repartida, á la cual no sé yo con que designio, tomando ocasion de que la querian hacer guerra ciertos enemigos suyos, la envió á Tile, en poder de Eustoquia, para que seguramente y sin los sobresaltos de la guerra en su casa se criase, puesto que yo para mí tengo que no fue esta la ocasion principal de envialla, sino para que el príncipe Ma-

ximino se enamorase de ella y la recibiese por su esposa, que de las estremadas bellezas se puede esperar que vuelvan en cera los corazones de mármol, y junten en uno los estremos que entre sí están mas apartados; á lo menos, si esta mi sospecha no es verdadera, no me la podrá averiguar la esperiencia, porque sé que el príncipe Maximino muere por Sigismunda, la cual á la sazon que llegó á Tile, no estaba en la isla Maximino, á quien su madre la Reina envió el retrato de la doncella y la embajada de su madre, y él respondió que la regalasen y la guardasen para su esposa. Respuesta que sirvio de flecha que atravesó las entrañas de mi hijo Pérsiles, que este nombre le adquirió la crianza que en el hice: desde que la oyó no supo oir cosas de su gusto; perdió los brios de su juventud, y finalmente encerró en el honesto silencio todas las acciones que le hacian me-

morable y bien querido de todos, y sobre todo vino á perder la salud y á entregarse en los brazos de la desesperacion de ella; visitáronle médicos, que como no sabian la causa de su mal, no acertaban con su remedio, que como no muestran los pulsos el dolor de las almas, es dificultoso y casi imposible entender la enfermedad que en ellas asiste: la madre, viendo morir á su hijo, sin saber quien le mataba, una y muchas veces le preguntó le descubriese su dolencia, pues no era posible sino que él supiese la causa, pues sentia los efectos: tanto pudieron estas persuasiones, tanto las solicitudes de la doliente madre, que vencida la pertinacia, ó la firmeza de Pérsiles, le vino á decir como él moria por Sigismunda, y que tenia determinado de dejarse morir antes que ir contra el decoro que á su hermano se le debia, cuya declaracion resucitó en la Reina su muerta

alegría, y dió esperanzas á Pérsiles de remediarle, si bien se atropellase el gasto de Maximino, pues por conservar la vida, mayores respetos se han de posponer que el enojo de un hermano: finalmente, Eustequia habló á Sigismunda, encareciéndole lo que se perdia en perder la vida Pérsiles, sugeto en donde todas las gracias del mundo tenian su asiento, bien al revés del de Maximino, á quien la aspereza de sus costumbres en algun modo le hacian aborrecible, levantóle en esto algo mas testimonios de los que debiera, y subió de punto, con los hipérboles que pudo, las bondades de Pérsiles. Sigismunda, muchacha, sola y persuadida, lo que respondió, fue que ella no tenia voluntad alguna, ni tenia otra consejera que la aconsejase sino á su misma honestidad, que como esta se guardase, dispusiesen á su voluntad de ella; abrazóla la Reina, contó su respuesta a Pérsi

les, y entre los dos concertaron que se ausentasen de la isla, antes que su hermano viniese; á quien darian por disculpa, cuando no la hallase, que habia hecho voto de venir á Roma á enterarse en ella de la Fe católica, que en aquellas partes septentrionales andaba algo de quiebra; jurándole primero Pérsiles que en ninguna manera iria en dicho ni en hecho contra su honestidad: y así colmándoles de joyas y de consejos, los despidió la Reina, la cual despues me contó todo lo que hasta aqui te he contado.

Dos años, poco mas, tardó en venir el príncipe Maximino á su reino, que anduvo ocupado en la guerra que siempre tenia con sus enemigos; preguntó por Sigismunda, y el no hallarla fue hallar su desasosiego: supo su viaje, y al momento se partió en su busca, si bien confiado de la bondad de su hermano, pero temeroso de los recelos, que por ma

ravilla se apartan de los amantes : como su madre supo su determinacion, me llamó aparte y me encargó la salud, la vida y la honra de su hijo, y me mandó me adelantase á buscarle y á darle noticia de que su hermano le buscaba. Partióse el príncipe Maximino en dos gruesísimas naves, y entrando por el estrecho Hercúleo con diferentes tiempos y diversas borrascas, llegó á la isla de Tinacria, y desde allí á la gran ciudad de Partnope; y ahora queda no lejos de aquí en un lugar llamado Terrachina, último de los de Nápoles, y primero de los de Roma; queda enfermo, porque le ha cogido esto que llaman mutacion, que le tiene á punto de muerte; yo desde Lisboa, donde me embarqué, traigo noticia de Persiles y Sigismunda, porque no pueden ser otros una peregrina y un peregrino, de quien la fama viene pregonando tan grande estruendo de hermo

sana, que si no son Pérsiles y Sigismunda, deben de ser ángeles humanados. Si como los nombras, respondió el que escuchaba á Serafido. Pérsiles y Sigismunda, los nombraras Periandro y Auristela, pudiera darte nueva certísima de ellos, porque ha muchos dias que los conozco, en cuya compañía he pasado muchos trabajos; y luego le comenzó á contar los de la Isla Bárbara con otros algunos. En tanto se venia el dia, y en tanto Periandro, porque allí no le hallasen, los dejó solos y volvió á buscar á Auristela para contar la venida de su hermano y tomar consejo de lo que debian de hacer para huir de su indignacion, teniendo á milagro haber sido informado en tan remoto lugar de aquel caso; y así lleno de nuevos pensamientos, volvió a los ojos de su contrita Auristela, y á las esperanzas casi perdidas de alcanzar su deseo.

CAPITULO XIII.

Entretiénese el dolor y el sentimiento de las recien dadas heridas en la cólera y en la sangre caliente, que despues de fria fatiga de manera que rinde la paciencia del que la sufre: lo mismo acontece en las pasiones del alma, que en dando el tiempo lugar y espacio para considerar en ellas, fatigan hasta quitar la vida: dijo su voluntad Auristela á Periandro, cumplió con su deseo, y satis-

fecha de haberle declarado, esperaba su cumplimiento, confiada en la rendida voluntad de Periandro, el cual, como se ha dicho, librando la respuesta en su silencio, se salió de Roma y le sucedió lo que se ha contado: conoció á Rutilio, el cual contó á su ayo Serafido toda la historia de la Isla Bárbara, con las sospechas que tenia de que Auristela y Periandro fuesen Sigismunda y Pérsiles: díjole asimismo que sin duda los hallarian en Roma, á quien desde que los conoció, venian encaminados con la disimulacion y cubierta de ser hermanos: preguntó muchísimas veces á Serafido la condicion de las gentes de aquellas islas remotas, de donde era Rey Maximino, y Reina la sin par Auristela.

Volvióle á repetir Serafido, como la isla de Tile ó Tule, que ahora vulgarmente se llama Islanda, era la última de aquellos mares septentrionales, puesto

que un poco mas adelante está otra isla, como te he dicho, llamada Frislanda, que descubrió Nicolás Temo, Veneciano, el año de mil trescientos y ochenta, tan grande como Sicilia, ignorada hasta entonces de los antiguos, de quien es Reina Eusebia, madre de Sigismunda, que yo busco: hay otra isla asimismo poderosa y casi siempre llena de nieve que se llama Groelanda; á una punta de la cual está fundado un monasterio debajo del título de santo Tomás; en el cual hay religiosos de cuatro naciones, Españoles, Franceses, Toscanos y Latinos: enseñan sus lenguas á la gente principal de la isla para que en saliendo de ella sean entendidos por do quiera que fueren: está como he dicho, la isla sepultada en nieve, y encima de una montañuela está una fuente, cosa maravillosa y digna de que se sepa, la cual derrama y vierte de si tanta abundancia de agua

y tan caliente, que llega al mar y por muy gran espacio dentro de él, no solamente le desnieva; pero la calienta de modo, que se recogen en aquella parte increible infinidad de diversos pescados, de cuya pesca se mantiene el monasterio y toda la isla, que de allí saca sus rentas y provechos: esta fuente engendra asimismo unas piedras conglutinosas, de las cuales se hace un betun pegajoso, con el cual se fabrican las casas como si fuesen de duro mármol. Otras cosas te pudiera decir, dijo Serafido á Rutilio, de estas islas que ponen en duda su crédito; pero en efecto son verdaderas.

Todo esto que no oyó Periandro, lo contó despues Rutilio, que ayudado de la noticia que de ellas Periandro tenia, muchos las pusieron en el verdadero punto que merecian; llegó en esto el dia, y hallóse Periandro junto á la iglesia y tem

plo magnífico, y casi el mayor de la Europa, de San Pablo, y vió venir hácia sí alguna gente en monton, á caballo y á pie; y llegando cerca conoció que los que venian eran Auristela, Feliz Flora, Constanza y Antonio su hermano, y asimismo Hipólita, que habiendo sabido la ausencia de Periandro, no quiso dejar a que otra llevase las albricias de su hallazgo, y así siguió los pasos de Auristela, encaminados por la noticia que de ellos dió la muger de Zabulon el Judio, bien como aquella que tenia amistad con quien no la tiene con nadie: llegó en fin Periandro al hermoso escuadron, saludó á Auristela, notóle el semblante del rostro, y halló mas mansa su riguridad y mas blandos sus ojos: contó luego públicamente lo que aquella noche le habia pasado con Serafido su ayo y con Rutilio; dijo como su hermano el príncipe Maximino quedaba en Terrachina enfer

mo de la mutacion, y con propósito de venirse á curar á Roma y con autoridad disfrazada y nombre trocado á buscarlos: pidió consejo á Auristela y á los demás de lo que haria: porque de la condicion de su hermano el príncipe no podia esperar ningun blando acogimiento. Pasmóse Auristela con las no esperadas nuevas, desaparecieronse en un punto, así las esperanzas de guardar su integridad y buen propósito, como de alcanzar por mas llano camino la compañía de su querido Periandro. Todos los demás circunstantes discurrieron en su imaginacion que consejo darian á Periandro, y la primera que salió con el suyo, aunque no se lo pidieron, fue la rica y enamorada Hipólita, que le ofreció llevarle á Nápoles con su hermana Auristela y gastar con ellos cien mil y mas ducados que su hacienda valia: oyó este ofrecimiento Pirro el Calabrés, que allí estaba, que fue

lo mismo que oir la sentencia irremisible de su muerte, que en los rufianes no engendra zelos el desdén, sino el interés: y como éste se perdia con los cuidados de Hipólita, por momentos iba tomando la desesperacion posesion de su alma, en la cual iba atesorando òdio mortal contra Periandro, cuya gentileza y gallardía, aunque era tan grande, como se ha dicho, á él le parecia mucho mayor, porque es propia condicion del zeloso parecerle magníficas y grandes las acciones de sus rivales.

Agradeció Periandro á Hipôlita, pero no admitió su generoso ofrecimiento; los demas no tuvieron lugar de aconsejarle nada, porque llegaron en aquel instante Rutilio y Serafido, y entrambos a dos, apenas hubieron visto á Periandro, cuando corrieron á echarse á sus pies, porque la mudanza del hábito no le pudo mudar la de su gentileza: teniale abra-

zado Rutilio por la cintura y Serafido por el cuello: lloraba Rutilio de placer y Serafido de alegría; todos los circunstantes estaban atentos mirando el estraño y gozoso recibimiento; solo en el corazon de Pirro andaba la melancolía, atenaceándole con tenazas mas ardiendo que si fueran de fuego; y llegó á tanto estremo el dolor que sintió de ver engrandecido y honrado á Periandro, que sin mirar lo que hacia, ó quizá mirándolo muy bien, metió mano á su espada, y por entre los brazos de Serafido se la metió á Periandro por el hombro derecho con tal furia y fuerza, que le salió la punta por el izquierdo, atravesándole poco menos que al soslayo, de parte á parte. La primera que vió el golpe fue Hipólita, y la primera que gritó fue su voz, diciendo: ¡Ay traidor, enemigo mortal mio! y como has quitado la vida á quien no merecia per-

derla para siempre? Abrió los brazos Serafido, soltólos Rutilio, calientes ya en su derramada sangre y cayó Periandro en los de Auristela, la cual faltándole la voz á la garganta, el aliento á los suspiros y las lágrimas á los ojos, se le cayó la cabeza sobre el pecho y los brazos á una y otra parte. Este golpe, mas mortal en la apariencia que en el efecto, suspendió los ánimos de los circunstantes, y les robó la color de los rostros, dibujandoles la muerte en ellos, que ya por la falta de la sangre á mas andar se entraba por la vida de Periandro, cuya falta amenazaba á todos el último fin de sus dias, á lo menos Auristela la tenia entre los dientes y la queria escupir de los labios: Serafido y Antonio arremetiéron á Pirro, y á despecho de su fiereza y fuerzas le asieron, y con gente que se llegó, le caviaron á la prision, y el Gobernador de allí á cua-

tro dias le mandó llevar á la horca por incorregible y asesino, cuya muerte dió la vida á Hipólita, que vivió de allí adelante.



CAPITULO XIV.

Es tan poca la seguridad con que se gozan los humanos gozos, que nadie se puede prometer en ellos un mínimo punto de firmeza: Auristela arrepentida de haber declarado su pensamiento á Periandro, volvió á buscarle alegre: por pensar que en su mano y en su arrepentimiento estaba el volver á la parte que quisiese la voluntad de Periandro, porque se imaginaba ser ella el clavo de la

rueda de su fortuna, y la esfera del movimiento de sus deseos; y no estaba engañada, pues ya los traia Periandro en disposicion de no salir de los de Auristela; pero mirad los engaños de la variable fortuna. Auristela en tan pequeño instante como se ha visto, se ve otra de lo que antes era, pensaba reir y está llorando, pensaba vivir y ya se muere: creia gozar de la vista de Periandro, y ofrécesele á los ojos la del Principe Maximino su hermano, que con muchos coches y grande acompañamiento entraba en Roma por aquel camino de Terrachina, y llevándole la vista el escuadron de gente que rodeaba al herido Periandro, llegó su coche á verlo, y salió á recibirle Serafido, diciéndole: ¡oh Principe Maximino, y que malas albricias espero de las nuevas que pienso darte: este herido que ves en los brazos de esta hermosa doncella es tu hermano Pérsiles, y ella

es la sin par Sigismunda hallada de tu diligencia á tiempo tan áspero y en sazon tan rigurosa, que te han quitado la ocasion de regalarlos, y te han puesto en la de llevarlos á la sepultura. No irán solos, respondió Maximino, que yo les haré compañía, segun vengo, y sacando la cabeza fuera del coche conoció á su hermano, aunque tinto y lleno de sangre de la herida: conoció asimismo á Sigismunda por entre la perdida color de su rostro, porque el sobresalto que le turbó sus colores no le afeó sus facciones: hermosa era Sigismunda antes de su desgracia, pero hermosísima estaba despues de haber caido en ella, que tal vez los accidentes del dolor suelen acrecentar la belleza.

Dejóse caer del coche sobre los brazos de Sigismunda, ya no Auristela sino la Reina de Frislanda, y en su imaginacion tambien Reina de Tile: que estas mudan

zas tan estrañas caen debajo del poder de aquella que comunmente es llamada fortuna, que no es otra cosa sino un firme disponer del Cielo. Habíase partido Maximino con intencion de llegar á Roma á curarse con mejores médicos que los de Terrachina, los cuales le pronosticaron que antes que en Roma entrase le habia de saltear la muerte; en esto mas verdaderos y esperimentados que en saber curarle, verdad es, que el mal que causa la mutacion pocos le saben curar: en efecto, frontero al templo de S. Pablo, en mitad de la campaña rasa, la fea muerte salió al encuentro del gallardo Pérsiles y le derribó en tierra y enterró á Maximino, el cual viéndose á punto de muerte, con la mano derecha asió la izquierda de su hermano y se la llegó á los ojos, y con su izquierda le asió de la derecha y se la juntó con la de Sigismunda, y con voz turbada y aliento mortal y cansado,

dijo : de vuestra honestidad, verdaderos hijos y hermanos mios, creo que entre vosotros está por saber esto ; aprieta, ó hermano, estos párpados, y ciérrame estos ojos en perpetuo sueño, y con esotra mano aprieta la de Sigismunda, y séllala con el sí que quiero que la dés de esposo ; y sean testigos de este casamiento la sangre que estás derramando y los amigos que te rodean ; el reino de tus padres te queda, el de Sigismunda heredas, procura tener salud y goces los años infinitos.

Estas palabras tan tiernas, tan alegres y tan tristes avivaron los espíritus de Pérsiles, y obedeciendo el mandamiento de su hermano, apretándole la muerte, con la mano le cerró los ojos, y con la lengua entre triste y alegre pronunció el sí y le dió de ser su esposo á Sigismunda : hizo el sentimiento de la improvisa y dolorosa muerte en los presentes su efecto, y

comenzaron á ocupar los suspiros el aire, y á regar las lágrimas el suelo. Recogieron el cuerpo muerto de Maximino y llevaronle á San Pablo, y el medio vivo de Pérsiles en el coche del muerto le volvieron á curar á Roma, donde no hallaron á Belarmina ni á Deleasir, que se habian ido ya á Francia con el Duque. Mucho sintió Arnaldo el nuevo y estraño casamiento de Sigismunda: muchisimo le pesó de que se hubiesen malogrado tantos años de servicio, de buenas obras hechas en órden á gozar pacífico de su sin igual belleza; y lo que mas le tarazaba el alma eran las no creidas razones del maldiciente Clodio, de quien él á su despecho hacia tan manifiesta prueba: confuso, atónito y espantado estuvo, por irse sin hablar palabra á Pérsiles y Sigismunda, mas considerando ser reyes y la disculpa que tenian y que sola esta ventura estaba guardada para él, determinó

ir á verles y ansí lo hizo : fue muy bien recibido y para que del todo no pudiese estar quejoso, le ofrecieron á la infanta Eusebia, para su esposa, hermana de Sigismunda, á quien él aceptó de buena gana y se fuera luego con ellos si no fuera por pedir licencia á su padre, que en los casamientos graves y en todos es justo se ajuste la voluntad de los hijos con la de los padres. Asistió á la cura de la herida de su cuñado en esperanza, y dejándole sano se fue á ver á su padre, y prevenir fiestas para la entrada de su esposa. Feliz Flora determinó de casarse con Antonio el Bárbaro, por no atreverse á vivir entre los parientes del que habia muerto Antonio : Croriano y Ruperta, acabada su romería, se volvieron á Francia, llevando bien que contar del suceso de la fingida Auristela : Bartolomé el manchego y la castellana Luisa se fueron a Nápoles, donde se dice acabaron mal,

porque no vivieron bien. Pérsiles depositó á su hermano en S. Pablo, recogió á todos sus criados, volvió á visitar los templos de Roma, acarició á Constanza á quien Sigismunda dió la cruz de diamantes, y la acompañó hasta dejarla casada con el Conde su cuñado; y habiendo besado los pies al Pontífice sosegó su espíritu y cumplió su voto, y vivió en compañía de su esposo Pérsiles hasta que los biznietos le alargaron los dias, pues los vió en su larga y feliz posteridad.



FIN.






249


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm